300 Dias

Leo Williams

300 Días

Leo Williams

Título original: *300 Días.*

Autor: Leo Williams.

Todos los derechos reservados.

© Leo Williams, 2014.

© de esta edición: Amazon.com, Inc or its affiliates.

Adaptación de la cubierta: Lara Giménez.

Primera edición: octubre de 2014.

ISBN-10: 15-0273-250-5

ISBN-13: 978-15-0273-250-7

Los personajes y los hechos narrados en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia no intencionada por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares de la propiedad intelectual, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Este libro se lo dedico a Gala,

aunque probablemente no lo leerá nunca.

Índice

Día 1 – Como un fénix –
Día 2 – Selene Price –
Día 5 – Número desconocido –
Día 8 – Una compañera extraña –
Día 12 – El secreto de la luna –
Día 15 – 285 días más –
Día 16 – Fotografías –
Día 17 – Puntos de vista –
Día 21 – La propuesta –
Día 28 – Innombrable –
Día 31 – Planteamientos –
Día 33 – El viaje –
Día 34 – En el mar –
Día 35 – Pide un deseo –
Día 36 – Noche blanca –
Día 44 – Fin del viaje –
Día 51 – Cicatrices y tiempo –
Día 53 – La carta –
Día 60 – La oscuridad se traga a las personas –
Día 63 – Algo va mal –
Día 64 – El problema de Selene –
Día 66 – La familia Price –
Día 70 – Unidad de cuidados intensivos –
Día 71 – Gente buena, gente mala –
Día 72 – Miedo a las tormentas –
Día 73 – El sol y la luna –
Día 77 – Cuestión de persuasión –
Día 85 – Relación de adictos –
Día 86 – Rous Vergant –
Día 92 – Oferta aceptada –
Día 93 – Nuevo hogar –
Día 98 – Negociaciones –
Día 100 – Miedo –
Día 101 – Conocerse mejor –
Día 103 – A la luz de una vela –
Día 105 – El despertar del pasado –
Día 111 – Mi ángel –
Día 116 – La irrupción de Kenzo –
Día 121 – Tiempo presente, tiempo pasado –

Día 125 – La elegancia y la gracia –
Día 134 – Encuentro furtivo –
Día 139 – La amenaza –
Día 140 – Irreemplazable –
Día 141 – Preocupación –
Día 142 – Mirada interior –
Día 143 – Recuerdo material –
Día 144 – Accidentado –
Día 145 – Una disculpa turbia –
Día 146 – Juego sucio –
Día 147 – Ultimátum –
Día 150 – Días contados –
Día 168 – El trance de la tristeza –
Día 172 – Lágrimas de tinta –
Día 180 – Ausencia –
Día 183 – Promesas marchitas –
Día 184 – Desilusión –
Día 199 – Un nuevo significado –
Día 201 – Peajes de vida –
Día 202 – El sueño de Rous –
Día 203 – Amistad –
Día 209 – Sonrisas en alcohol –
Día 213 – Caza de sentimientos –
Día 215 – El mecanismo de la emoción –
Día 217 – Fantasmas –
Día 225 – Reencuentro –
Día 226 – Derribar, reconstruir –
Día 233 – Cruzada voluntaria –
Día 235 – Colaboración –
Día 242 – Antes negro, ahora rojo –
Día 243 – La grabación –
Día 245 – Afán por la verdad –
Día 251 – Maltrato –
Día 252 – Las lágrimas ocultas de Selene –
Día 253 – La dificultad de amar –
Día 260 – Encuentro programado –
Día 272 – La revelación de Gala –
Día 273 – La trampa de Rous –
Día 274 – Encerrado –
Día 275 – Lacayo –
Día 276 – Manipuladora –
Día 277 – Maldad en cadena –
Día 278 – Deseo oscuro –
Día 279 – Amargura –

Día 280 – Liberación –
Día 281 – Intranquilidad –
Día 282 – Alarma –
Día 283 – Todo o nada –
Día 294 – La hora de la luz –
Día 295 – Un final digno –
Día 300 – Fin de plazo –
Agradecimientos

Día 1 – Como un fénix –

"*No se puede tocar fondo en la ruina ni alcanzar el cielo en la gloria. No hay final que no signifique un comienzo, no hay dolor que no signifique un alivio. El fuego no puede curar una quemadura, ni el hielo hacer cicatrizar una herida. Destruimos con la finalidad de volver a construir, seguimos los pasos de un plano mejorado de nuestro propio pasado, cambiamos las bisagras a los párpados de nuestros ojos. No hay decisiones difíciles, sólo preguntas complicadas*".

Cada día leo esas palabras al despertar. Las anoté en un trozo de hoja cualquiera hace un par de semanas y desde entonces son mi impulso para seguir adelante. Estoy sentado en el escritorio de mi cuarto intentado redactarlas de nuevo en un papel limpio, pero no consigo hacerlo con una caligrafía que me satisfaga.

Mi propio intento de perfeccionismo me da dolor de cabeza.

Acaba de empezar el verano y el calor comienza a ser asfixiante. En esta ciudad el bochorno es húmedo, de ese tipo que te cuece y te pone de mal humor. Llevo varios años viviendo en Stella y siempre he preferido sus inviernos gélidos. La gente le tiene miedo a la soledad, por eso la mayoría prefieren las estaciones cálidas donde pueden salir más y relacionarse. Yo no tengo ese problema, me he criado como hijo único en una casa donde estaba bien cuidado pero pasaba mucho tiempo solo. Mi padre quería que me llamara Dan porque, desde su punto de vista, era un nombre sencillo que no admitía acortamientos. Mi madre me puso Axel porque estuvo dieciocho horas de parto y su esfuerzo estaba por encima de los gustos de mi padre.

Ya hace casi dos años que me marche de casa y tengo que admitir que les echo de menos. Con diecinueve años, decidí irme después de una riña familiar en la que yo no estaba dispuesto a ceder y estuve vagando por las calles dos días. No hice maletas, me fui con lo puesto

y ochocientos euros en la cartera.

Al no pasar mucho tiempo, hice las paces con ellos, pero no estaba dispuesto a volver. Me había ido a vivir con Roy, mi mejor amigo en aquel entonces, y la libertad que había adquirido no era algo a lo que estuviera dispuesto a renunciar. No era un adolescente hostigado por las normas de sus padres –no, ni mucho menos–, pero tengo un serio problema con ese concepto. Supongo que podría definirme a mí mismo como “Axel, el buscador de la libertad”, una idea tan ridícula que me hace reír y en la que sigo creyendo firmemente.

Ahora vivo solo.

Hace una semana que me he mudado a este piso pequeño que se encuentra cerca del rio. Dudo que llegue a los cuarenta y cinco metros cuadrados, pero es más que suficiente para mí solo. Trabajo de camarero en un bar que se encuentra a unas pocas manzanas y al que voy caminando todos los días por no disponer del dinero suficiente para comprarme un coche. Tampoco mantengo ninguna relación sentimental, ni siquiera una simple amistad, todo eso también lo he dejado atrás.

Llevo demasiado rato pensando y sólo he hecho garabatos en el papel. Me decido a dejar aparcada la tarea e ir a buscar algo frío en la nevera. De tanto darle vueltas a la cabeza me he quedado seco.

No importa lo que pase a partir de ahora, no importa si sólo ha quedado hollín y cenizas de mi pasado, volveré a comenzar caminando por encima de ellas de la misma forma que vuelve a nacer un ave fénix.

Día 2 – Selene Price –

El bar en el que trabajo no es muy grande. Los dueños son gente sencilla y amable a los que conozco desde hace mucho tiempo. Cuando me marché de casa vine a pedirles trabajo y me acogieron casi como si fuera parte de la familia. Es un lugar limpio y con buena comida en cuya entrada hay un letrero con letras amarillas que pone Awakening, su nombre.

El local tiene una pequeña terraza que en las épocas de calor siempre está llena de clientes con una jarra de cerveza espumosa. Los oigo reírse con carcajadas sonoras desde la barra donde estoy sacándole brillo perezosamente a una copa.

Me he quedado aquí porque desde hace un rato hay una chica bastante curiosa plantada delante de la puerta. Es de una estatura normal y sostiene una carpeta azul transparente entre sus brazos cruzados. Está de morros y el cabello de largas ondas negras que le envuelve el rostro le da la apariencia de una niña enfurruñada. Evidentemente, está esperando a alguien, y aunque no es asunto mío, tiene algo peculiar que me llama la atención, como si un aura sedosa se desprendiera de ella.

Cuando me mira, desvío la mirada hacia la copa.

Aunque me esfuerzo por fijar la vista en el cristal, no puedo evitar seguir observándola de reojo. Ella también me está mirando con cierto interés y se pasa un dedo por los labios, insegura. Veo que esboza lentamente una sonrisa y decide acercarse hacia mí con pasos decididos.

—Hola —me saluda amistosamente.

Alzo los ojos y al mismo tiempo que las cejas para mirarla.

—Hola.

—Me llamo Selene —continúa, ignorando mi aparente desinterés.

—Axel —dejó la copa y apoyo los codos en la barra—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Buscaba al dueño de este lugar.

—No está aquí. Supongo que volverá en un rato.

Selene frunce el ceño, no parece muy satisfecha con el tono con el que le hablo. Me pongo a limpiar el grifo de la cerveza dando por terminada la conversación, impulsado por una sensación que ni yo mismo entiendo a ser cortante con la chica. Ella parece comprender las palabras silenciosas de mi actitud, pero en vez de marcharse, se sienta en uno de los taburetes altos que quedan frente a mí.

—¿Eres el camarero de este bar? —me pregunta.

Su tono me abstrae de tal forma que no puedo evitar contestarle.

—Me parece que eso es evidente.

—He venido muchas veces a este sitio y nunca te había visto —repone incansable.

—Antes hacía pocos turnos, seguramente no habremos coincidido.

—Pues es una lástima, te sienta muy bien el negro —suspira apoyando la cabeza en una mano con aburrimiento.

Me la quedo mirando ante la naturalidad con la que ha expresado ese extraño piropo. El uniforme del bar es negro, tanto como lo es mi cabello y mis ojos oscuros. Nunca he prestado atención a mi apariencia mientras trabajo, pero no esperaba que me piropearan precisamente por su ausencia de color. Selene va vestida con una camiseta azul de tirantes y unos tejanos sencillos. Tiene un rostro ovalado y unos ojos marrones con un brillo avispado.

—¿No se supone que alguien vestido completamente de negro es un hombre sospechoso? —la interpeló incapaz de abstenerme de la conversación.

—O un gótico —añade con una sonrisa burlona—, pero no tienes pinta ni de una cosa ni de la otra.

—Los góticos son buena gente, sólo tienen una apariencia peculiar.

—¿Apariencia? No, no, no, no… No es sólo apariencia. El último año de instituto tenía una compañera de clase gótica que le tenía miedo a las bombillas e iba a clase con una mochila en forma de ataúd.

—¿Miedo a las bombillas?

—Creía que podía quemarse si la alumbraban muy de cerca.

—Eso es absurdo —admito escapándoseme una sonrisa.

—¿Ves? Y a ti que te preocupaba su apariencia.

Me sonríe y tengo que admitir que tiene una sonrisa muy bonita, un toque de luz en un rostro que ya de por sí me parece muy brillante.

—¿Has venido a buscar trabajo? —deduzco.

—Sí. ¿Os hace falta otra camarera?

—No, a no ser que intentes quitarme el puesto.

—No me considero tan mala persona, soy una chica buena —me dice con una expresión provocadora.

Evalúo sus palabras e intento discernir si lo que dice es cierto. Selene parece esperar mi respuesta con un semblante juguetón, como si yo fuera una pelota que puede hacer botar tanto como quiera. Después de unos segundos de silencio me decido a hacerle una pregunta.

—Stella es una ciudad muy grande, ¿por qué has escogido precisamente este bar?

—Me gusta el nombre. Cuando vine por primera vez a este sitio, entré sólo por el nombre del cartel —entrecierra los ojos ligeramente y enreda un mechón de cabello en uno de sus dedos—. Dicho así debe de parecer una tontería, pero me preguntaba qué clase de bar debía de ser llamándose Awakening.

—No me parece una tontería —disiento mirándola fijamente—. Yo también entré la primera vez atraído por el nombre.

—Bueno, tengo que admitir que además de por el nombre, aquel

día llovía y no tenía paraguas —se ríe suavemente soltándose el mechón—. ¿Hace mucho tiempo que trabajas aquí?

—Ya hace algún tiempo —le respondo de forma escueta.

—Y supongo que vives en Stella.

—Así es.

Tuerce la boca haciendo una mueca de insatisfacción.

—No eres muy hablador —me suelta.

—No suelo hacerlo en horario de trabajo.

—La vida de un camarero es dura —se mofa con un resoplido—. Antes casi dejas sin cristal la copa de tanto fregarla.

—Soy un chico limpio —le contestó haciendo el amago de una sonrisa.

—Ya veo que lo eres.

Sus grandes ojos marrones me contemplaban muy abiertos. La claridad de su mirada me sorprende y me incómoda, me observaba de una forma que me hace sentir vulnerable y transparente. Sólo es un instante, pero su manera de sondearme hace que me desconcierte y que curve los dedos hasta cerrarlos en puños.

—Axel… ¿Podrías darle mi currículum al dueño? —parpadeó como si su voz acabara de despertarme. Selene parece contrariada—. Creo que volveré a pasarme en otro momento.

—Se lo daré —me limito a responder.

—Gracias, Axel.

Deja la carpeta azul sobre la barra y se baja del taburete. Se despide con la mano deteniéndose en la puerta del bar para volver a mirarme con una expresión caprichosa que no sé cómo interpretar. Me quedo varios segundos mirando la salida después de que se marche, abstraído en unos pensamientos mudos. Cojo el portafolios que contiene sus datos y leo en voz baja su nombre.

—Selene Price…

Día 5 – Número desconocido –

Llevo toda la mañana mirando al techo mientras estoy tumbado en mi cama. Es domingo y hasta la noche no tengo que trabajar, tampoco tengo ningún otro lugar a donde ir. He contado varias veces los días que han pasado desde que tome la decisión de cambiar de vida. En estos últimos cinco días, me he esforzado por convertir mis recuerdos en paredes desnudas.

El sonido del móvil hace que suelte un bufido y me desperece. Alargo la mano hacia el cabezal plano de mi cama y cojo el teléfono intentando deducir a quien pertenece el número desconocido que aparece en pantalla. No me suena de nada y me inquieta el amplio abanico de opciones que se abre en mi mente.

Me decido a descolgar y una voz entusiasta suena por el altavoz.

—¡Axel!¡Soy Selene! Te llamo para decirte que me han dado el trabajo.

Su familiaridad me desconcierta y tardo unos segundos en recordar quién es. Recuerdo su nombre, Selene Price, la chica del bar que se dirigió a mí con aquel descaro coqueto para buscar un trabajo.

—Felicidades, Price —le digo sin ningún tipo de alegría—. ¿Cómo has conseguido mi número?

—Se lo he pedido a Ángel.

De nuevo esa confianza espontánea que parece brotar de Selene como un torrente. Ángel es el dueño del Awakening y aunque no me parece sorprendente que ella lo conozca, habla con un tonto tan cercano que parece que nos conociera a él y a mí de toda la vida.

—Creo que tendré que hablar con Ángel sobre mi privacidad.

—¡No te pongas así! —exclama mientras yo contengo un resoplido —. Tú también sabes cosas sobre mí, sabes mi apellido.

—Lo vi en tu currículum.

—Entonces seamos justos. ¿Tú cómo te apellidas?

—Moloch, me llamo Axel Moloch —me resigno a decir—. ¿Vas a escribir una reseña sobre mí o algo así?

—Podría, me encantan las reseñas.

—A mí me parece que sólo sirven para adelantar el final —sin estar seguro de cómo proseguir con la conversación o si debería cortarla, me decido a hacerle una pregunta directa para no dar más rodeos—. ¿Necesitas algo más, Selene?

—Había pensando en salir a celebrarlo, dar una vuelta por la ciudad.

—Es una buena idea, supongo…

—Me gustaría que me acompañaras —me interrumpe con decisión —. Ya que vamos a ser compañeros de trabajo me ha parecido que estaría bien. Podríamos quedar mañana, después de que termines tu turno.

—Oh… —al parecer se ha tomado la molestia de averiguar algo más que mi número de teléfono, también sabe mi horario—. Mañana estoy ocupado, Selene. Tal vez otro día.

—¿Y qué tal el martes? —insiste.

—Toda esta semana estoy ocupado, no tengo tiempo para salir —le aseguro de forma tajante—, pero aun así gracias por la invitación. Tengo que dejarte, me has pillado en un mal momento. Ya nos veremos en el trabajo.

—Está bien. Mi turno empieza mañana.

—Entonces hasta mañana, Selene.

—Hasta mañana, Axel.

Cuelgo y deposito de nuevo el móvil sobre el cabezal de la cama. Me tumbo sobre el colchón con las manos en la nuca para seguir contemplando el techo de mi habitación con la mente llena de pensamientos en blanco.

Día 8 – Una compañera extraña –

Esta noche el Awakening está bastante lleno. Con el verano empiezan los días de fiesta y más gente acude al bar con la finalidad de divertirse, distraerse de sus rutinas y sus problemas, ya sea con el alcohol o con la compañía de sus amigos. Creo que en un par de horas de trabajo habré cambiado casi cien manteles rojos para substituirlos por otros nuevos para los comensales que van llegando.

Selene de vez en cuando aparece cerca de mí revoloteando como una polilla. Está bastante distraída atendiendo las mesas y debo reconocer que no lo hace mal, es una chica habladora y abierta que cae bien a los clientes. Lleva el mismo uniforme que yo, unos pantalones y una camisa negra, pero su aspecto es mucho más luminoso y alegre. La observo mucho más de lo que debería y la mayoría de veces sin darme cuenta, algo que me fastidia y asumo al mismo tiempo.

He empezado a ordenar los cubiertos y a prepararlos para la siguiente ronda de comensales que está a punto de llegar. Selene se detiene justo a mi lado y me sonríe ampliamente a pesar de que está cansada de tanta actividad.

—¿Te parece que lo hago bien? —me pregunta.

—Muy bien —le reconozco—, pero eso deberías preguntárselo a Ángel.

—Ángel no me mira tanto como me miras tú.

El corazón me retumba con un quejido como si mis venas se hubieran quedado vacías. La miro con una expresión en la que se mezcla la sorpresa con el descontento y Selene sigue manteniendo la sonrisa hasta que mis labios se curvan en una mueca. Creo que lo más desagradable de todo es darme cuenta de que tiene razón.

—Selene, vas por mal camino —le advierto con un tono suave y

afilado.

—¿Qué tiene de malo este camino?

—Lo que tiene de malo es que si sigues por él puedes llevarte una sorpresa desagradable —me vuelvo completamente hacia ella haciéndose patente mi mayor estatura—. No te conozco de nada y no me fío de ti.

Me he esforzado en ser lo más amedrentador posible, pero Selene sólo a entrecerrado los ojos y me evalúa con un semblante ufano. Me pregunto por qué no me deja simplemente en paz y se va, por qué me aguanta la mirada y me hace sentir más incómodo a cada segundo que pasa.

—Yo te ofrecí una cita —me recuerda con un tono pensativo—, pero tú la rechazaste. Te he dado la oportunidad de conocerme.

—No tengo interés en conocerte, Selene.

—No, no es eso. Lo que quieres evitar es que yo te conozca a ti —sus iris marrones me parecen ahora más oscuros, menos brillantes y más profundos—. Me alejas porque tienes miedo a que alguien pueda ver a través de ti. ¿Qué te asusta tanto, Axel?

—Hay pocas cosas que me puedan asustar —le digo notando los labios secos.

—¿De verdad? A mí me parece que estás demasiado sólo para no saber que es el miedo.

—Tú eres la que no sabe lo que significa tener miedo —siseo con un tono agraz.

—Entonces, cuéntamelo este domingo a las seis. Cerca de la estación hay una cafetería que se llama Rayo de Luna, es uno de mis sitios preferidos en Stella —se aleja sin titubeos, colgándose una servilleta al hombro. Se detiene cuando ve que no le contesto y me contempla ladeando la cabeza—. Vendrás, ¿verdad?

Retraso algo más mi respuesta, pero ya he tomado la decisión.

—Sí, iré.

Día 12 – El secreto de la luna –

Creo que ya he estado antes en esta cafetería, me suenan las paredes azules y las mesas blancas de este pequeño local. De un sólo vistazo puedo apreciar la pulcritud del lugar y el gran cuadro que adorna la pared del fondo donde aparece una luna llena en medio de una noche oscura. Rayo de Luna se encuentra situado en la parte vieja de la ciudad, una parte que para mí siempre ha estado llena de encanto.

La cafetería está vacía a excepción de Selene que espera a que me siente mientras sostiene su taza de café con las dos manos. Retiro la silla y tomo asiento frente a ella en la estrecha mesa cuadrada. Me está mirando, observándome de una forma tan absorbente que tengo ganas de encogerme.

—Has venido —me dice.

—Te dije que vendría.

—No estaba segura —me dedica una sonrisa amable y más tranquila de lo que estoy acostumbrado a verla—. No sabía cómo convencerte, ni siquiera sé cómo hacerte sonreír cuando intento gastarte una broma.

Percibo una dulzura en su voz, una calidez que hace que se me escape la sonrisa que ella desea ver. Está satisfecha, pero no de la forma porfiada que acostumbra a mostrar. Hoy su rostro vuelve a parecerme muy brillante y veo que se ha cortado el cabello permitiéndome entrever sus pequeñas orejas. Va vestida de una forma muy elegante y el pañuelo violeta que adorna su cuello me llama la atención.

—Me gusta tu pañuelo —le digo.

—¡Oh! Es un regalo —se lleva la mano instintivamente al cuello—. Me encantan los pañuelos, es mi accesorio favorito.

—Te sienta bien.

—Tú has vuelto a venir vestido de negro —murmura.

—Creía que te gustaba como me sentaba el negro.

—Te queda bien —reafirma pasándose la mano por la mejilla para apartarse el cabello—, pero creo que podrías vestir con otros colores. Hay más cosas en ti que solamente negro.

—A mí me gusta como voy.

—Tal vez el gris —continúa ella, ignorándome.

—El gris… —dirijo mi mirada hacia mis manos y cierro los ojos al mismo tiempo que los puños—. Sí, quizás ahora el gris es mi color.

—Yo veo más colores en ti.

—¿Tanto puedes ver de mí? —Selene mantiene los labios apretados —. ¿Tan transparente soy para ti?

—No, no es así como funciona, pero hay algo que me dice que es así.

La cafetería sigue estando vacía y el sol de la tarde entra a raudales por las grandes vidrieras. Una melodía agradable, la combinación de una guitarra y una flauta, llegan a mis oídos desde algún reproductor de música que no sé dónde ubicar, pero que llenan todo el espacio de Rayo de Luna.

—¿Por qué me has traído a este lugar? —le pregunto.

—¿No lo sabes?

—Creo que tendrás que darme alguna pista.

—Por la luna —señala el gran cuadro que he visto al entrar—. Este lugar es como yo, se llama como yo. Quería saber si de verdad me tenías miedo, si de verdad no querías que me acercara a ti.

Reflexiono en lo que dice por un instante y me doy cuenta de que tiene razón. Esta cafetería tiene algo que me recuerda a la propia Selene, una luminosidad mezclada con melancolía que hace que me acuerde de ella.

—He venido, no te tengo miedo.

—Ya lo veo —al sonreír se le redondean las mejillas—. Me alegro de que sea así, Axel.

—¿Qué quieres de mi, Selene?

—¿Qué es lo que quiere la luna del sol, Axel?

—Su luz.

—Entonces ya sabes porque estás aquí.

—Pero… yo no tengo ninguna luz para dar —murmuro.

Selene abre ligeramente la boca como si tuviera la intención de hablar, pero en vez de eso, encoge los hombros y se sonroja dedicándome una sonrisa cálida. No lo comprendo, no la comprendo, pero me hace sentir bien.

Día 15 – 285 días más –

Al plegar de trabajar, Selene esta esperándome en la puerta con las manos enlazadas detrás de la espalda, meciéndose en la nana de sus pensamientos. Ahora siempre me espera al salir cuando acabábamos nuestro turno, pero nunca la he acompañado a casa porque silenciosamente sus ojos me dicen que no quiere que lo haga.

Al pasar junto a ella, se coloca junto a mí andando al mismo ritmo que yo. Nunca dejo que me acompañe más allá de un par de calles y tampoco le he preguntado más porque lo hace, simplemente es lo que quiere Selene. Soy muy escrupuloso con la dirección de mi domicilio, tengo motivos para serlo, y aunque tengo la sensación de que ella debe de saber incluso mi número de piso, tampoco nunca ha manifestado tener intención de seguirme.

—Hoy no vas de negro —me dice señalando mi camiseta.

—Me he cambiado al salir. Creía que preferías el gris.

—Ya te lo dije, quiero que pruebes más colores —se detiene y yo me detengo preguntándome que le pasa. Me pone las manos en el pecho y las desliza como si estuviera alisando unas arrugas invisibles —. En realidad, creo que te quedaría bien cualquier color que te pusieras.

—Selene… —carraspeo y me humedezco los labios dándome tiempo para no dirigirme a ella con un tono desagradable—. Selene, no me gusta que me toquen.

Ella aparta las manos de inmediato.

—Lo siento —se disculpa.

—No importa.

—Entonces… —empieza a caminar reanudando la conversación— creo que deberíamos probar más colores contigo. Podríamos hacer una

especie de lista para que te vistieras con uno diferente cada día.

—¿Qué problema tienes con mi forma de vestir? —me quejo.

—¡Ninguno, ninguno! —se ríe mientras yo enarco una ceja—. Es como un juego, creo que cada color puede sacar algo diferente de ti, quizás algo que ni tú mismo sabes, Axel.

—Sí, creo que me he convertido en una especie de juego para ti —mascullo.

—¡No seas cruel! Me gusta divertirme, pero te lo digo muy en serio.

—¿Y tú plan maestro es disfrazarme cada día con un color?

—Aja. Además, creo que deberíamos ponerle un límite de tiempo —añade.

—¿Un año tal vez?

—No, eso está demasiado visto, es poco original —hace una pausa y cuando veo que en su cara se forma una sonrisa juguetona sé que ya se ha decidido—. ¿Qué te parece si lo intentamos en trescientos días?

—Me parece bien. ¿Cuentan a partir de hoy?

—A partir del día antes de conocerme. Creo que ya has descubierto más colores que el negro desde entonces.

—Como quieras —hago un cálculo mental que no me resulta muy complicado ya que llevo contando los días desde que me mude a mi actual casa—. Quedan entonces unos doscientos ochenta y cinco días. ¿Te parecen suficientes?

—Serán suficientes —me asegura.

Día 16 – Fotografías –

Una vez más estoy en Rayo de Luna con Selene. Esta cafetería situada cerca de la estación de Stella parece ser uno de sus lugares favoritos. Debo reconocer que me gusta el café que me sirven, es fuerte y ligeramente afrutado, tiene un toque exótico que me complace y me relaja. Si pudiera me lo iría bebiendo a sorbitos tranquilamente, pero Selene me está acosando con su cámara nueva, intentando sacarme una fotografía.

—Axel, por favor, sólo una —me promete mientras me cubro la cara con las manos evitando el flash—. Si me dejas hacerte una sola fotografía donde salgas guapo te dejaré tranquilo, de verdad.

—No soy guapo y no me gustan las fotos —reniego.

—Los góticos le tienen miedo a las bombillas y tú a las cámaras de fotos. Cada día tenéis más cosas en común —se burla.

—No tengo buenos recuerdos de las fotografías.

—Todos nos hemos hecho alguna foto que luego nos trae malos recuerdos.

—No me refiero a eso —disiento mientras intento deducir cuando va a volver a apuntarme con la cámara—. Hubo un tiempo en el que me hice muchas fotografías, algunas me gustaban, otras me las hicieron sin permiso. Muchas de esas imágenes fueron a parar en manos equivocadas.

—Vaya… Pero algunas de esas fotos te gustaban, son recuerdos que seguro que valoras.

—Te equivocas. Son recuerdos que destruí.

—¿Las destruiste?

—Las quemé todas, no conservo ninguna fotografía —Selene me observa con preocupación—. No quería ninguno de esos recuerdos,

tenía que borrarlos del todo si quería empezar de nuevo.

—Yo también tengo recuerdos que quiero borrar —desvía la mirada cuando mis ojos buscan los suyos—, pero con el tiempo he aprendido a aceptarlos.

—¿Por qué?

—Porque forman parte de mi pasado —vuelve a mirarme—. No sería quien soy si no hubiera tenido ese pasado, tú no serías quien eres si no hubieras tenido el tuyo.

—A veces, hay que destruir para volver a construir.

—No se puede volver a nacer, Axel.

Mi mente divaga en las palabras que escribí, en aquellas que leo cada mañana al despertar. Selene parece tan convencida de lo que dice que me hace dudar, veo en su cara lo mucho que ha pensado en su propio pasado. Por primera vez, despierta mi curiosidad, deseo averiguar como una chica tan transparente puede tener una sonrisa que contiene promesas tan oscuras.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, el flash me deslumbra.

—¡Selene! —bramo indignado.

—Has salido muy bien —afirma complacida, mirando la pantalla de la cámara.

—Te acabo de decir que no quiero fotos —le espeto sin disimular mi irritación. Alargo la mano para quitarle el aparato de las manos, pero Selene se aleja—. Bórrala. ¡Ahora!

—No te he hecho una foto —disiente dirigiéndome una mirada inocente.

—¿Me tomas el pelo?

—No, claro que no —niega con la cabeza y luego me sonríe ampliamente—. Sólo he creado un recuerdo, el primer recuerdo sólido de tus nuevos días.

Día 17 – Puntos de vista –

—¿Sigues enfadado conmigo por lo de la fotografía? —me pregunta Selene haciendo morritos—. No es para tanto, ya sabes que soy un poco caprichosa.

—No sé para qué narices quieres una foto mía —gruño esquivándola y llevando un pedido a la mesa. Cuando termino de servir los platos y de recoger los vacíos, Selene me sigue esperando con los brazos en jarra detrás de la barra—. Si no te mueves te van a despedir del Awakening muy pronto.

—No lo creo, Ángel me ha cogido cariño.

—Te daré un consejo de vida: primero el dinero y los negocios, después el amor y el afecto.

—¿Ésa es tu filosofía?

—No —admito entrando a la cocina para recoger tres platos más. Salgo y se los entrego a Selene instándole a servirlos ella—. Quizás, me habría ido mejor si la hubiera aplicado, pero no soy tan déspota.

—¿Y qué te hace pensar que los demás si lo son?

—La experiencia —chasqueó los dedos y le señalo una mesa—. Ves a atender la mesa nueve antes de que eches raíces.

Se marcha resoplando y aprovecho la ocasión para cobrar a unos clientes. Son los días de Verbena, petardos y fuegos artificiales, el Awakening no puede estar más lleno y aunque Selene hace su labor muy eficientemente, lleva todo el día encantándose y dándome conversación. Dialogar con ella casi se ha convertido en un hábito y una desconcertante forma de relacionarme socialmente, desconcertante porque hablar con Selene es como jugar a una partida de póker, nunca sabes que jugada va a hacer y si al final todo no será más que un farol para ganar.

Cuando Selene regresa, reclama mi atención dándome un golpecito en el hombro.

—Todavía no he conocido a ninguno de tus amigos —me dice.

—Yo no tengo amigos.

—Pues eso es muy triste —declara con la misma naturalidad que si estuviera hablando del tiempo—. El de la mesa nueve tiene tu edad y parece simpático, le gustan los perritos calientes y les apasionan los videojuegos como a ti.

—¿De dónde has sacado esa conclusión?

—Fácil, a todos los tíos os parecen irresistibles los videojuegos.

Se me escapa una carcajada

—Si juegas sobre seguro no te vas a ganar la vida como detective, Selene.

—No espero ganarme la vida como detective, pero tú puedes ganar un amigo o al menos intentarlo —me reprende frunciendo los labios —. Se llama Kenzo. Acércate a la mesa y salúdale.

—Así que ya has decidido por tu cuenta que es apto para ser mi amigo.

—Me parece una buena persona.

—¿Tu sexto sentido? —me mofo. Selene me dirige tal mirada que parece que va saltarme encima para morderme la nariz—. ¡Ah! Sí, ya… La intuición femenina y todas esas cosas.

—¿Vas a ir o no? —insiste con impaciencia.

—Será mejor que no —le pongo otro plato en las manos y la volteo —. Creo que tú también necesitas unos cuantos amigos. Ves a saludar a Kenzo e inténtale hacer una foto, a lo mejor él si se deja.

Antes de escuchar la enérgica protesta que está a punto de formular, la empujo dándole una palmada en el trasero.

Día 21 – La propuesta –

Contemplo sin ningún tipo de pasión el tríptico que Selene despliega frente a mis ojos en nuestro rato de descanso. Reconozco el Coliseo y deduzco que se trata de un viaje a Roma, aparentemente un viaje organizado para dos personas. Cuando Selene observa mi expresión, en vez de ponerse de morros, esboza una sonrisa maliciosa.

—Tú y yo a Roma. Fácil, rápido y sencillo —recita.

—E imposible —apostillo.

—No empieces a aguarme la fiesta. ¿Qué ha pasado con eso de redescubrirte a ti mismo en esos trescientos días de límite?

—Creo recordar que era un asunto de colores.

—Ya, bueno. Colores, virtudes, defectos, cenas, viajes… Viene a ser todo lo mismo.

—Lo que viene a ser lo mismo es tu manía a inventarte leyes que no existen para hacer lo que te da la gana —repongo.

—Lo sé, soy adorable.

Me esfuerzo por no reírme, pero me resulta imposible. Selene se ríe al mismo tiempo que yo y acabo por asumir que esta chica puede conmigo. La risa ha hecho que se enciendan las mejillas y tiene un aspecto irresistible, tanto que me dan ganas de pellizcárselas y…

Me masajeo las sienes intentando borrar el pensamiento.

—Selene, no tengo dinero para ir a Roma.

—No te preocupes por eso, podemos apañárnoslas. Sólo necesitamos pagar el billete del barco, una vez estemos allí no me importa dormir en un banco.

—¿Un banco? —enarco la cejas incapaz de creer que lo diga en serio—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Evidentemente.

—Ya veo… —se ríe y le dedico una sonrisa torcida—. Nada de dormir en bancos pues. ¿Algún otro plan maestro de los tuyos?

—¿Eso significa que estás dispuesto a venir?

—No. Significa que quiero descubrir hasta que punto de absurdidad quieres llevar esa idea que se te ha cruzado por la cabeza.

—¿Absurdidad? —Selene adopta una postura desafiante—. Bien, si no quieres venir conmigo a Roma, tendrás que contarme por qué quemaste todas tus fotos.

—¿Ves? Ya empiezas a inventarte leyes —le digo sin tomármela en serio—. No y simplemente no. Ni voy a ir contigo a Roma ni voy a darte explicaciones de por qué quemé mis fotos.

—¿Tanto te fastidian las fotografías?

—Sí.

—En ese caso, tengo una oferta mejor —el brillo ladino de sus ojos me previene de sus intenciones—. Si me acompañas a Roma, borraré la foto que te hice delante de ti para que puedas estar seguro de que no te engaño.

—Esa maldita foto… —suspiro—. Está bien, trato hecho.

Día 25 – Sólo amigos –

Hoy la lluvia es la gobernadora del cielo. El Awakening está prácticamente vacío y tengo tiempo para escuchar el sonido del aguacero al acariciar los cristales del local. Selene se encuentra junto a una de las ventanas abiertas contemplando el exterior. La fuerza de la tormenta ha ido menguando y el aire ya no sacude las gotas de lluvia, pero el rostro agraciado de ella sigue salpicado por el agua.

—Te vas a resfriar —le advierto en susurro.

—No te preocupes, me encanta la lluvia.

—Sí —corroboro—, es hermosa.

—¿Alguna vez has paseado bajo la lluvia? —viene a mi mente un recuerdo y deduzco que mi semblante se ensombrece por como mira Selene—. Yo lo he hecho más de una vez, es una sensación libertadora.

—Recuerda que las noches de lluvia la luna no se ve y a la luna le gusta demasiado que la miren como para ceder su sitio a la lluvia.

—¡*Touché*! Ahora yo soy quien ocupa ese lugar en tu cabeza, ¿no es así?

—Me parece que eres un pelín pretenciosa —la reprendo sin negar sus palabras.

—Bueno… Somos amigos, ¿no?

—Quizás… pero eso no te da derecho a entrometerte en todos mis asuntos.

—No necesito ser tu amiga para entrometerme en tus asuntos —sus labios se curvan en una sonrisa irónica y yo se la devuelvo—. De verdad que creo que necesitas una amiga.

—Ya he tenido amigas y hubiese preferido no tenerlas —mascullo.

—Pero ninguna de ellas era yo —repone alargando una mano hacia mi cara. Se detiene al ver la advertencia de mi mirada, una

amonestación que le recuerda que no me gusta que me toquen—. ¿No podré tocarte nunca?

—No.

—¿Ni aunque seamos amigos? —insiste.

—Ya somos amigos y eso no quita que no me guste que me manoseen.

—Esto empieza a complicarse. Vamos a ir juntos de viaje a Roma y no voy a poder sacarme una foto contigo ni tampoco tocarte —sus ojos marrones se clavan en mí, enfurruñados—. Estoy decidiendo si precintarte antes de llegar al puerto.

—Eres una exagerada… ¿Cómo te lo has hecho para convencer a Ángel y lograr que nos de fiesta? Lleva un par de días más sonriente de lo normal cada vez que me mira y creo que tiene algo que ver contigo.

—Creo que Irene le ha dicho que estamos enrollados —dice mirándose las uñas.

Irene es la mujer de Ángel, la dueña del Awakening. Su sentido del humor ha encajado muy bien con el de Selene, exageradamente bien. Mi sensación de que me he convertido en el pasatiempo del bar ya está más que confirmada.

—Selene…

—Tranquilo, Axel —se aleja de la ventana para entrar en la cocina, guiñándome un ojo con picardía—. Sólo somos amigos.

Día 28 – Innombrable –

Los últimos días ha refrescado y el calor ha dejado de ser tan insoportable. Esta semana es la última que Selene y yo trabajamos antes de irnos a Roma. Todavía me pregunto cómo es posible que haya accedido a acompañarla en semejante viaje, pero cada vez que me formulo esa pregunta o alguna otra parecida, siento que se me lleva la corriente y que no tengo ganas de resistirme.

A pesar de que voy a pasar casi dos semanas con Selene, antes de marcharnos de la ciudad se ha empeñado en enseñarme otro de sus lugares favoritos de Stella. Selene se comporta conmigo como si su función fuera enseñarme a ver cosas que nunca he visto en mi propia ciudad. Dudo mucho que ella pueda imaginarse la cantidad de veces que he recorrido estas calles y en las circunstancias que lo he hecho.

—¿Queda mucho para llegar? —le pregunto.

—No, está cerca. Estoy casi seguro de que no habrás ido nunca.

—No he entrado en todos los locales de Stella, pero es difícil que me sorprendas con algo nuevo.

—A veces, no se trata de encontrar algo nuevo, sólo de ver con otros ojos algo que ya conoces.

Nos detenemos delante de lo que parece un elegante pub. No es muy tarde y el ambiente no está cargado como seguramente lo estará dentro de unas horas. Hoy es nuestro día de fiesta y le he prometido que la acompañaría a tomar algo si no era muy de noche. No me imagino a Selene hinchándose a chupitos a media madrugada, pero tampoco sería capaz de asegurarlo. Intento identificar el lugar y reconozco que no lo había visto nunca antes. Alzo los ojos para ver el nombre del pub y noto como la boca se me llena de un sabor amargo.

—No voy a entrar aquí —dictamino.

—¿Por qué?¿Qué tiene de malo este lugar? —me interpela confundida—. Ni siquiera tenía pensado pedir nada con alcohol.

—No tiene nada que ver con el local, sino con su nombre.

—Ah… —Selene dirige su mirada hacia el cartel—. Tampoco le veo nada de malo a su nombre. “Gala”, suena elegante, muy fino.

—Justamente como lo era ella.

—Te recuerda a alguien… —deduce sin dificultad—. ¿Era alguien especial para ti?

—Es alguien innombrable para mí.

Selene parece algo turbada, pero no tarda en pasar página con su habitual sencillez y comenzar a caminar hacia otro lugar. La sigo cabizbajo, con las manos en los bolsillos, pensando inevitablemente en Gala mientras Selene me observa de reojo con curiosidad.

—Es una lástima, me gustaba ese sitio —se lamenta con jovialidad —. De todos modos, no importa, me apetece más comerme una crep.

—¿Quieres ir a una crepería?

—Axel, francamente, creo que tardaré en llevarte a otro pub.

Día 31 – Planteamientos –

Sólo ha pasado un mes desde que conocí a Selene, pero desde que se cruzo en mi vida parece haberse convertido en la delineante de mi nuevo camino a seguir. Cada vez que la miro no puedo evitar sonreír, sentirme bien y estar tranquilo a su lado. Tengo que reconocer que su facilidad para percibir mis emociones y ver a través de mí me parece enigmática, despierta cada vez más mi curiosidad mientras más tiempo pasa.

He llamado a mis padres y les he dicho que me voy a Roma con una chica. He intentado explicarles como es Selene, pero en especial mi madre no se ha quedado muy convencida. Se ha dedicado a recordarme cosas que no quería recordar, pero no la culpo. Lo poco que mi madre sabe de mi historial de antiguas amigas no es demasiado bueno, suponiendo que se las pueda clasificar de amigas, ya que tampoco eran novias ni nada a lo que se le pueda dar nombre. Tanto mi padre como mi madre se han empeñado en pagarme el viaje y no me he resistido mucho, no quiero fulminar de golpe todos mis ahorros antes de lo necesario.

Me pregunto que se propondrá Selene y que espera conseguir en este viaje. Sé tan poco de ella, ni siquiera sé si tiene familia en Stella o que hacía antes de aparecer en el Awakening para pedir un trabajo. No le pregunto porque no quiero allanarle más el camino para que se atreva a preguntarme, aunque no estoy seguro de que eso vaya a servir en realidad.

Creo que será mejor que empiece a hacer la maleta.

Día 33 – El viaje –

Selene se pega al cristal del autobús en cuanto el barco aparece ante nuestros ojos. Me pone una mano en el brazo y me zarandea, vuelve a arrimarse al cristal y después vuelve a aproximar su rostro al mío con una sonrisa que se desborda. Está entusiasmada, está feliz, y tengo que admitir que me lo contagia.

Apenas habla cuando nos bajamos del vehículo y nos dirigimos al puerto, está demasiado ensimismada intentando grabarlo todo en su mente. Arrastra tras de sí una maleta más grande de lo necesario, al menos desde mi punto de vista, y aunque parece pesada y me he ofrecido a llevársela, ni siquiera me ha escuchado.

No es la primera vez que me subo a un barco, pero es evidente que si es la primera vez para Selene. Está nerviosa, se esfuerza en disimularlo, pero es así. Entrego el pasaporte al revisor junto con el billete para que examine que todo está en orden y me espero junto a ella cuando le llega su turno. Seguimos el camino que nos indican y empezamos a subir al barco mientras vigilo que Selene no se me pierda entre la multitud. Se la ve muy distraída y no puedo evitar sonreír al contemplarla.

—Axel, todo esto es muy grande —me dice arrimándoseme al brazo—. Creo que no voy a saber encontrar mi camarote.

—Déjame ver —le quito de las manos el papel que ha empezado a arrugar sin darse cuenta donde pone su número de habitación—. Creo que está cerca de la popa del barco, en el lado estribor. Desde allí podrás ver muy bien el mar.

—¿Sabes mucho de barcos?

—Un poco —veo que sigue arrimada a mi brazo, pero me compadezco de sus nervios y no le digo nada—. Vamos, te acompañaré a tu habitación.

De camino a su habitación pasamos por la avenida principal del barco y Selene me pide que le saque unas cuantas fotografías. Cuando tengo la cámara en mis manos no puedo evitar observar el aparato con recelo y recordar los disgustos que me ha traído. Soy consciente de que la fotografía que me saco en la cafetería Rayo de Luna se encuentra dentro de la memoria, pero me resisto a la tentación de borrarla.

Una vez se ha saciado de hacerse fotografías con todo aquello que llama su atención, avanzamos hasta la zona de los restaurantes donde le enseño donde está la cafetería y el bufet libre. En teoría voy a pasar la mayor parte del tiempo junto a Selene, pero me da la sensación que esta chica de naturaleza agitada no va a tener la suficiente paciencia para esperarme antes de ponerse a investigar el barco.

Cuando finalmente llegamos a su habitación, abro la puerta y le indico que pase dentro. Las paredes del camarote son de un color verde esmeralda y los muebles de madera dorada. Las sábanas blancas del colchón de matrimonio le dan un aspecto mullido y suave, parecido al de una nube de algodón. Junto a la puerta de entrada hay un pequeño baño con todo lo necesario y un armario ropero. En el espacio que hay entre la zona de la entrada y la cama han dispuesto un escritorio con un televisor.

Selene arroja la maleta sobre la cama y empieza a dar vueltas sobre sí misma, encantada.

—Axel, todo esto es maravilloso.

—Ni si quiera hemos llegado a Roma, pero me alegro de verte tan feliz.

—Soy muy feliz —se detiene para mirarme con ojos radiantes y una sonrisa llena de júbilo—. ¿Qué es lo primero que vamos a hacer hoy?

—El barco va a zarpar en breve y hasta dentro de dos días no llegaremos a Roma. Podemos ir a la cubierta y dar una vuelta si te apetece.

—¡Claro! En cinco minutos estaré lista.

—Selene, por favor —la freno con una media sonrisa—, deja que

primero llegue a mi habitación.

Día 34 – En el mar –

Desde la popa del barco contemplo la estela de nuestro paso por el mar. Mire a donde mire sólo veo agua extendiéndose hasta donde mi vista llega a alcanzar. Ya una vez estuve en alta mar –aunque no fue para hacer un viaje como este– y tuve la misma sensación reconfortante de estar escapando del mundo, de huir a un lugar donde nadie me iba a encontrar.

Para mi sorpresa, el viaje está resultando más tranquilo de lo que esperaba. Aunque Selene rebosa energía y recorre el barco como si fuera una exploradora, no es muy trasnochadora ni tan imprudente como aparenta. A diferencia de otros viajes que había hecho con amigos en el pasado, Selene prefiere atracar a la máquina de los helados que hartarse de vodka. Los dos primeros días son de navegación y no podemos salir del barco. Creí que llevarla al último piso e invitarla a un par de copas la distraería, pero en vez de eso, se quedó dormida. Ni mi compañía ni la música jazz lograron mantenerla despierta en cuanto probó el alcohol. Tuve que bajarla en brazos hasta su habitación, pero por suerte no lo recuerda.

Mi peor enemigo durante el principio de este viaje está siendo la comida. Intentó no abusar y no probar todo lo que me sirven durante la cena, tampoco me lleno el plato cuando comemos en el buffet libre, pero siento que puedo bajar las escaleras rodando si no voy con cuidado.

—Ya estoy aquí —me anuncia Selene acercándose con dos helados de vainilla—. Te he traído uno a ti también.

—Si como algo más creo que reventaré.

—Ah, bueno —se encoge de hombros y veo como empieza a comerse con toda naturalidad el que había sido mi helado—. Francamente, están deliciosos.

Día 35 – Pide un deseo –

Nunca antes había estado en Roma. Tuve la oportunidad de ir con mis padres algunos años atrás, pero en vez de eso, preferí quedarme en casa y aprovechar la ocasión para… dedicarme a otros pasatiempos. Ahora que estoy aquí y he podido contemplar con mis propios ojos la soleada y bulliciosa ciudad, me alegro de que Selene me haya invitado a acompañarla.

Ella posa junto a la Fontana de Trevi esperando que yo le saque una foto. Tener su cámara en las manos me sigue pareciendo una especie de burla que trato de ignorar centrándome en su figura. Selene está entre la multitud, frente a la Fontana, vestida con sus corsarios blancos y su pamela de paja trenzada a juego. Me demoro fingiendo buscar el enfoque adecuado sólo por el placer de poder observarla con licencia.

Le hago la foto y Selene se aproxima para evaluar el resultado. No dice nada, apoya la barbilla en mi hombro esperando que le muestre la foto. Se ha acostumbrado a tener conmigo esos contactos esporádicos aparentemente inocentes.

—Que bonita… —murmura separándose de mí y mirándome con ojos brillantes—. De todo lo que hay en Roma creo que la Fontana es lo que más me gusta.

—¿No prefieres el Vaticano?

—No —asegura entrelazando las manos detrás la espalda como para estirarse—, en el Vaticano no hay agua. Lo que más me gusta es la presencia del agua, el adorno de la fuente con el dios Neptuno cabalgando por encima de los mares… —Selene contempla la obra de arte con embelesamiento—. Quizás deberíamos pedir un deseo.

—¿Te refieres a la costumbre de arrojar monedas a la fuente? Eso no sirve de nada.

—Ya lo sé, pero me hace ilusión —se queda en silencio unos segundos evaluándome mientras en su rostro se perfila la sombra de una idea—. Si pudieras pedir un deseo, ¿qué pedirías, Axel?

La pregunta me pilla por sorpresa. Hace tiempo que no me planteo que deseo, he estado sumido durante demasiado tiempo en la oscuridad de mis propios pensamientos. Los últimos años me he dejado llevar por la corriente, por las acciones y las ambiciones de los que me rodeaban, incluso ahora parece que es Selene quien lleva el rumbo de mi barco. No obstante, no tardo en encontrar la respuesta que espera mi inquisitiva acompañante.

—Lo que más deseo es ser libre de mi pasado, olvidarlo por completo —al decirlo en voz alta siento que me vuelvo transparente y que los ojos marrones de Selene, inmersos en un extraño ciclón de emociones, absorben todo lo que hay en mí—. ¿Y tú? ¿Tú que deseo pedirías, Selene?

No me contesta. Abre su monedero y saca dos monedas iguales que me enseña con la palma de la mano abierta. Antes de que pueda interpelarla de nuevo, cierra los ojos y lanza el dinero al agua de espaldas a la fuente. Cuando vuelve a abrir los párpados, veo una tristeza en su mirada que nunca antes había visto.

—Si yo pudiera pedir un deseo, pediría que las personas fueran buenas.

Día 36 – Noche blanca –

—Deberías estar contenta, esta noche hay luna llena.

Selene me sonríe mientras coge su copa de champán.

—Entonces se supone que ésta es mi noche, ¿no?

—Te conozco lo suficiente como para saber que tú siempre crees que es tu noche.

Su sonrisa se ensancha y seguidamente da el primer trago. Es la noche blanca, casi todo el mundo va vestido de manera ibicenca y baila al ritmo de la música cargada de letras sugerentes. Selene ha respetado mi preferencia de estar apartado de las multitudes y rodeado de melodías de jazz, con una buena copa y el placer de una magnífica compañía. Describirla como una excelente compañía es una manera pobre de intentar expresar mi forma de verla en estos momentos. Su cabello como seda negra parece un contraste buscado a propósito para que su vestido blanco de gasa adorne todavía más su figura. Sus ojos llenos de gracia e inteligencia me contemplan como la tierra viva y su sonrisa cargada de naturalidad y encanto me encandilan hasta tal punto que me recuerdan que estoy a punto de sucumbir a su hechizo, un hechizo familiar de otras ocasiones y distinto al mismo tiempo.

—¿En qué piensas, Axel? —me pregunta.

—Pienso en que he cumplido mi parte del trato y me debes una foto.

—¡Oh! —apoya la cabeza en una mano y pone morritos—. Tú y tu maravillosa forma de destruir el encanto del momento.

—Lo sé, estoy cargado de defectos que te sacan de quicio —le sonrió con un deje provocador.

—Defectos los tenemos todos, a ti te caracteriza otra cosa —empuja

la copa hacia un lado con los dedos y se acerca más a mí apoyándose en la mesa—. Puedo mirarte, pero es como ver a través de una persiana. Veo tu esencia, pero desconozco tu historia.

—No tengo historia.

—Todos tenemos historia, Axel.

—Algunos luchamos por no tenerla —insisto sin poder evitar que mi tono se vuelva más duro.

—¿Quemando fotografías? —su sonrisa se vuelve burlona.

—Es una forma —tuerzo la boca en una sonrisa gatuna.

—Creo que puedo mejorar la oferta que te hice —murmura con un llamativo pestañeo.

—Adelante —la reto.

Selene se acerca todavía más a mí y me pasa una mano por la cara, desde el cuello hasta la altura de los ojos, y noto el contacto de sus suaves dedos al rozar mi barba. El corazón me late más deprisa cuando veo su rostro aproximarse a cámara lenta, paralizado por la magia de sus ojos hipnóticos y la dulzura de su sonrisa.

Se aleja de mí y entrelaza los dedos encima de la mesa como si nada hubiera ocurrido.

—¿Sabes qué? Creo que borraré la foto —me dice con una sonrisa evocadora.

—Pues quédate la maldita foto si tanta ilusión te hace —espero que mi tono suene mordaz, pero sólo parezco resentido.

—Gracias —alza la barbilla de forma insinuante—. Soy una gran negociante.

Día 44 – Fin del viaje –

Se ha convertido en un día triste. Todo se difumina a mí alrededor como un sueño poco profundo. Desde que el barco ha llegado al puerto y hemos desembarcado, todo ha sucedido muy deprisa. Apenas he cogido consciencia de lo que hacía mientras cerraba las maletas y revisaba el equipaje, tampoco recuerdo que he desayunado ni que he hablado con Selene esta mañana.

Ella parece estar sumida en una emociones parecidas a las mías.

Mientras el bus nos conduce de nuevo al centro de Stella, me doy cuenta de que estas vacaciones han supuesto un cambio más para mí. La presencia de Selene me ha permitido alejarme de mis borrascas interiores y encontrar la paz, una tranquilidad limitada que amenaza con llegar a su fin.

—Ahora… vuelve a empezar la rutina —dice Selene sin mirarme.

—Han sido unas buenas vacaciones.

—Lo han sido —me dedica una sonrisa compungida—. Algo más a añadir a tus nuevos recuerdos.

—Quizás. De todos modos, sigo sin comprender del todo que ganas tú con todo esto.

Su rostro se vuelve serio, pero es una seriedad amigable.

—Eres un chico especial, Axel —aunque no lo dice en voz baja su voz apenas me parece un susurro.

—No veo que puede haber de especial en mí.

—Tengo una corazonada —afirma manteniendo la misma expresión—. Creo que ayudándote a ti, puedo ayudarme a mí. Imagínalo como una especie de simbiosis entre nosotros.

—¿Necesitas ayuda, Selene?

Al escuchar mi pregunta veo como se retrae, huye de mis palabras como una flor del invierno. No digo nada más y ella permanece envuelta en el silencio de su secretismo hasta que llegamos a nuestro destino.

Día 51 – Cicatrices y tiempo –

Ya hace una semana que volvimos de nuestro viaje a Roma y desde entonces mi relación con Selene ha pasado a otro nivel. En las ocasiones en las que nuestros turnos de trabajo han coincidido, hemos empleado un lenguaje mudo pero físicamente efectivo. No entiendo por qué se ha producido ese cambio, por qué ahora casi no me habla cuando estamos en el Awakening, sólo sé que estamos bien por la forma en la que me mira y posa las manos sobre mis brazos o mi espalda.

No me gusta que me toquen, no confío en quien lo hace, no me fío de las intenciones que encierra un gesto ni una caricia. Sin embargo, Selene necesita decirme que está conmigo, saber que yo estoy con ella, y yo se lo permito porque parte de mi felicidad empieza a depender de la extraña relación que mantenemos.

Me gustaría saber que le ocurre, poder comprenderla con la misma facilidad que Selene parece tener para comprenderme a mí. Lo único que sé es que hay algo que la hiere. Si de algo me he convertido en maestro es sobre cicatrices y tiempo, puede que no parezca la mejor solución, pero a veces es el mejor remedio para algunas heridas.

Día 53 – La carta –

Al entrar en casa me fijo en que han dejado una carta por debajo de la puerta. Me inclino pensando que debe de ser alguna factura o simplemente publicidad, pero en vez de eso, me encuentro con un sobre blanco en las manos.

Me dirijo a la cocina para dejar la carta sobre la mesa, lo leeré después de darme una ducha. Me quito la ropa y me dirijo al baño para poco después, notar como el agua recorre mi piel de la misma forma que mis pensamientos se deslizan a través de los recuerdos que tengo de Selene.

Hacía días que no conseguía verla fuera del horario de trabajo, pero esta tarde la he invitado a salir y no se ha negado. Tan sólo he necesitado evaluar los primeros minutos de nuestra cita para saber que ella no tenía ganas de ir a ninguna parte. Al menos creo que el problema no ha sido pasar tiempo conmigo.

Cuando salgo de la ducha y vuelvo a la cocina, la carta vuelve a llamar mi atención. La reviso con calma, pero no tiene ni remitente ni destinatario. Es evidente que no puede ser nada importante, pero en vez de desprenderme de ella, me decido a abrirla sin miramientos y veo que contiene un folio escrito a mano. Algo dentro de mí me advierte de que es mejor no leer lo que pone, que lo que contiene el sobre es una sorpresa desagradable. Supongo que soy demasiado curioso o demasiado impulsivo, pero es inevitable que no lea las primeras líneas.

Inmediatamente, vuelvo a meter la redacción en el sobre y lo rompo con una rabia fría, con un sentimiento tan sereno como intenso.

Rous me ha encontrado.

Día 60 – La oscuridad se traga a las personas –

Selene me agarra del brazo y me obliga a detenerme. Nuestras miradas se encuentran y soy consciente de que mis ojos están inundados por una fiereza que ella no se merece. Por un instante, se muestra dolida por el filo de mi mirada, pero recupera toda su entereza y frunce los labios.

—¿Se puede saber qué te pasa? Tienes la cara de un perro rabioso desde hace días. Un poco más y degollas al último cliente con la bandeja.

—Estoy bien.

—¿Estar bien es lo mismo que estar muy alterado?

—Tú lo has dicho, estoy alterado.

—Suena a excusa de mala gana —repone incansable.

—Selene, tengo mesas que servir —le espeto zafándome de su mano —. Mejor hablamos de esto en otro momento.

No logro avanzar ni un paso antes de que se plante delante de mí y me cierre el paso. Me pone las manos en los hombros y yo dejo la bandeja encima de la barra dando un sonoro golpe. Nos sostenemos la mirada durante algunos segundos y no parece muy segura de lo que hacer, yo tampoco sé cómo reaccionar.

—Te estoy preguntando qué te pasa, quiero saberlo —insiste.

—La oscuridad es intensa en el pasado y esa oscuridad se traga a las personas. Imagínatela como un túnel profundo donde las paredes están llenas de errores como arañazos —me muerdo los labios sin poder disimular—. Si eres capaz de entender eso, entonces también entiendes lo que me pasa.

—Eso suena…

—Estremecedor —concluyo.

—Creía que hacía muchos días que te estabas alejando de esa oscuridad…

—He recaído —me limito a decir.

—Eso no es cierto, sólo estás enfadado.

—Estoy algo más que enfadado —sacudo la cabeza, cada vez más nervioso por no estar atendiendo la mesas—. Por favor, Selene, déjame.

Ella me dirige una mirada tan triste como un cielo roto y mi coraza de hierro tiembla al mismo tiempo que mi corazón late con la combustión de un disparo. Ni siquiera puedo deducir sus intenciones cuando me abraza y me siento como un duelista desarmado. Estamos en medio del bar, nos están observando, pero la calidez de Selene sobrepasa mi vergüenza y le devuelvo el abrazo.

—Todo irá bien, Axel. Te lo prometo —susurra al soltarme.

—Eso no lo puedes prometer —replico.

—Yo necesito creer en esa promesa.

Selene se aleja con pasos silenciosos.

Día 63 – Algo va mal –

—¿Qué le ha pasado a tu niña?

Alzo las cejas y miro a Irene que está fumando un cigarro. No hay mucha gente en el bar, como suele ocurrir siempre a media mañana, y aprovechamos la ocasión para tomarnos un respiro frente a la puerta. La dueña del Awakening está convencida de que Selene y yo tenemos algo, y la verdad es que es más complicado explicar que no hay nada entre nosotros que afirmar que sí lo hay.

—¿Le pasa algo a Selene? —le pregunto.

—¿Y qué no le va a pasar? Me ha dicho que deja el trabajo —intento encajar lo que acabo oír, pero no logro salir de mi asombro—. No me jodas que no lo sabías.

—No tenía ni idea…

—Pues si no lo sabes tú, imagínate yo —la observo aclarándome la garganta, distrayéndome con sus volutas de humo—. No me ha dado una gran explicación, pero yo diría que tiene un problema personal bastante serio. Me sabe mal, parecía una buena chica y muy trabajadora.

—No sabía nada —vuelvo a repetir.

—Y eso que se te veía muy unido a ella —da una nueva calada—. Pregúntale, a ver si te dice algo.

Me esfuerzo porque mi rostro permanezca inexpresivo.

—Sí, le preguntaré.

Día 64 – El problema de Selene –

—¿Es por mí?

Selene alza la vista y me contempla sorprendida, poco después empequeñece los ojos hasta que se vuelven mucho más oscuros de lo que se los he visto nunca.

—No entiendo a que te refieres.

—Me refiero a que Irene me dijo ayer que hoy es tú último turno de trabajo —trato de controlar la indignación de mi voz—. ¿Por qué yo no sabía nada? ¿Es verdad que dejas el trabajo?

—Sí, es verdad.

—¿He hecho algo que te haya molestado?

Sus pupilas se ensanchan de repente.

—¡Claro que no!

—Entonces… ¿Por qué has decidido irte?

—Es complicado —aparta la mirada de mí y se acaricia un mechón de pelo de manera inconsciente—. No me voy porque quiera. Si tuviera unas circunstancias diferentes habría buscado otra salida, pero no tengo otra opción. Para mí, este trabajo significa muchas cosas. Créeme… no tengo otra opción.

—¿Te vas de Stella? —le pregunto poniéndome en lo peor. Ella niega con la cabeza—. ¿Cuál es el problema entonces? ¿Por qué no me has dicho nada, Selene?

—No quería preocuparte.

—Pues ahora si estoy preocupado —como respuesta sólo obtengo un largo suspiro sordo—. ¿Qué tengo que hacer para que me cuentes que te pasa?

—Acompáñame al almacén —me pide.

Cuando se da la vuelta la sigo y me conduce por una puerta con escaleras. Una vez llegamos al sótano donde están guardadas muchas de las provisiones del bar, Selene se apoya de espaldas a la pared que queda más oculta en la penumbra de las luces amarillentas. Me acerco hasta ella y me coge de la muñeca, sus dedos bailan por mis brazos con una caricia única y muy propia de Selene.

—Ya estamos en un lugar más seguro —me anuncia.

—¿Desde cuándo a ti la oscuridad te parece segura?

Puedo vislumbrar el brillo apagado de su sonrisa.

—En la oscuridad sólo cabe la oscuridad, no hay sitio para nada más —me responde con voz trémula—. Creo que fuiste tú quien me dijo que la oscuridad se traga a la gente. Como puedes ver, sé a lo que te referías.

—Tú no tienes necesidad de ocultarte en la oscuridad.

—Yo no, pero mi hermano sí.

Me quedo en silencio, asombrado y precavido ante el hecho de que Selene parezca dispuesta a abrirse a mí. Aguardo algunos segundos a que ella continúe hablando, pero como veo que no lo hace, escojo las palabras que voy a usar con cuidado.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Se llama James.

—¿James tiene algún problema?

—Muchos en realidad —detecto un leve sarcasmo en su voz.

—¿Y está intentando huir de ellos?

—Estoy segura de que le gustaría intentarlo, pero no puede.

—¿Algo que ver con la droga? —me aventuro a decir. Selene se ríe y eso destensa un poco la situación—. Vale, ya veo que no.

—Mi hermano no es un yonki, pero más le valdría serlo.

—No creo que…

—Mi familia no es convencional —me interrumpe—. Mi padre hace

años que olvido el significado de la palabra responsabilidad y mi madre… ella es un mundo aparte. Cuando nací y mi padre entró a verme, empezó a gritar en voz alta delante de los médicos que él tenía la culpa de que hubiera nacido y que hubiera preferido perderme durante el parto.

Parpadeo varias veces desconcertado.

—No es una reacción muy típica —reconozco.

—¿Típica? Está loca —puedo ver las emociones vibrando en sus ojos—. El entretenimiento de mi madre es amargar la vida a sus hijos, pero no esperaba…

—¿Qué no esperabas? —la animo a continuar.

—No… no esperaba que mi hermano intentara matarla.

Día 66 – La familia Price –

—Siempre supe que había algo que no iba bien, pero durante muchos años fui demasiado pequeña para comprenderlo. Mi infancia la pase creyendo que mi madre no me quería, me esforzaba por complacerla y reclamar su atención —Selene contempla su refresco mientras habla. La he traído a Rayo de Luna porque he pensado que aquí se sentiría más cómoda—. Poco a poco fui marchitándome, amargándome en mi entorno familiar. Mi padre nos decía a James y a mí que nuestra madre siempre había sido una persona especial, pero nosotros llegamos a la conclusión de que tenía algún tipo de problema mental. De cara a los demás, a los ojos de cualquiera que no fuera parte de nuestra familia, mi madre es una persona encantadora.

—¿Algún tipo de demencia? —conjeturo.

—Eso no lo sé. Mi madre nunca se ha dejado observar por un médico, sólo se puede deducir que tiene algún tipo de trastorno.

—Entonces, quizás nunca quiso haceros daño ni a ti ni a tu hermano de manera consciente.

Selene coge su vaso y se bebe la mitad del refresco. Yo aún no he bebido ni una sola vez. Me desconcierta el tono mortecino que ha adquirido su rostro, su mirada, su piel… todo el brillo que siempre he visto en ella está oculto tras una densa capa de nubes. Por primera vez, veo que Selene también sabe vestir su alma con una gama de colores oscuros.

—Bueno, se puede estar loco y además de loco tener mala leche —apostilla con inexpresividad.

—Entiendo…

—James y yo no lo asumíamos de la misma manera. Él no se revolvía, prefería aguantar los insultos de nuestra madre y evadirse en la calles, en el submundo que encierran los bares y los amigos con

capuchas y sudaderas anchas. Sentía lástima por él, aquella no era su vida y ni mucho menos su lugar, pero acabé por darme cuenta de que yo era aun más patética que mi hermano.

—No digas tonterías —la reprendo—. Tú no eres patética, Selene.

—¿De verdad lo crees? —esboza una sonrisa condescendiente que acaba por convertirse en una mueca aciaga—. Yo era la que se enfrentaba a mi madre, la que rebatía sus insultos y le paraba las manos cuando intentaba darme palizas. Tenía el valor para imponerme a ella, pero no para marcharme de casa.

—Puede que irte no fuera la mejor solución —le digo recordando el momento en que yo me marche de mi hogar.

—Era la mejor solución para mí —me asegura sin vacilar—, pero un problema para quien decidiera acogerme.

—¿Por qué iba a ser un problema? —inquiero.

—Tanto da. Mi madre ahora está ingresada en el hospital después de que James la haya apuñalado, no es momento de pensar en marcharme —se justifica esquivando mi pregunta—. Es mi madre, tengo que cuidar de ella.

—¿De verdad crees que se merece que cuides de ella? —la interpelo.

—¿Tú no lo crees? —me cuestiona sondeándome con la mirada—. Creo que ya te hablé de mi padre. Yo, a diferencia de él, no he olvidado cual es mi responsabilidad.

Día 70 – Unidad de cuidados intensivos –

—No hace falta que hagas esto —insiste Selene.

La miro fijamente y veo como sus ojos castaños se humedecen hasta derramar algunas lágrimas. Le paso el pulgar bajo los ojos para secárselos incapaz de controlar la ternura que me hace sentir.

—Yo quiero acompañarte.

—Axel… gracias.

Le rodeo los hombros con un brazo cuando entramos en el hospital. Ella se aferra a mi contacto como si fuera un pilar de hierro y el bienestar que siento por poder ayudarla anula cualquier otro pensamiento. En estos setenta días he aprendido algo más de Selene, he descubierto que las personas fuertes no dejan de serlo por aceptar la ayuda y el cariño de los demás.

—No me gustan los hospitales —me susurra.

—A mí tampoco.

—Me siento mal, Axel. No puedo evitarlo —me dirige una mirada llena de consternación—. Yo quería ayudarte a ti, no que tú tuvieras que cargarte con mis problemas.

—Somos amigos, ¿no? —ella asiente muy despacio—. No te preocupes por mí, se cuidarme mejor de lo que parece. Deberías intentar no sentirte tan culpable por no poder darlo todo siempre.

—¿Y tu trabajo en el Awakening? —insiste haciendo oídos sordos —. Te hago perder mucho el tiempo y no quiero que te echen por mi culpa.

—Ya te he dicho que dejes de preocuparte. Tanto Ángel como Irene entienden la situación, sólo me han tenido que cambiar algunos turnos. Además… —empiezo a decir sin estar seguro de cuál va a ser su reacción— los dos creen que somos pareja.

—Eso ya lo sé.

Selene me deslumbra con una sonrisa avispada y un brillo juguetón en los ojos. La sombra de su tristeza no ha desaparecido, pero se ha diluido lo suficiente como para que me contenga de renegar.

Cuando entramos en el ala de cuidados intensivos del hospital, ambos perdemos las ganas de hablar. Caminamos hasta la puerta de una habitación que hay a medio pasillo, un cuarto blanco que ya conozco de haber acompañado a Selene antes. Espero en silencio a que abra la puerta y la sigo manteniéndome muy cerca de ella.

Día 71 – Gente buena, gente mala –

Le sirvo un plato de comida a Selene y me siento a comer frente a ella. Hoy ha venido de visita al *Awakening* y los dueños se han alegrado mucho de verla. Tanto si como no ha querido meterse en la cocina y ayudar en lo que pudiera. Creo que Irene se lo ha consentido porque sabe que es una forma de distraerla.

—¿Siempre has vivido con tus padres? —le pregunto cuando ya llevo comido más de medio plato.

—Sí, aunque como te dije, me he planteado irme muchas veces.

—También me dijiste que no habías tenido el valor suficiente.

—Puede ser, pero no era solamente por eso. Puede que después de todo lo que te he contado estos días te parezca absurdo, pero no puedo evitar plantearme que sería de mi familia si me marchara de casa.

—Pero tampoco crees que quedarte sea la mejor decisión —apostillo.

—En casa es como si la mayor parte del tiempo me costara respirar, como si sogas invisibles me atenazaran el cuello —pincha con desgana la comida bajo mi escrupulosa mirada—. Pero en cuanto logro encontrar algunos minutos de tranquilidad, me doy cuenta de que mi padre siempre ha sucumbido a mi madre porque nunca ha sabido como imponerse. James también lleva mucho tiempo sufriendo en silencio y mi madre no deja de estar enferma.

—No culpas a ninguno de ellos —comento.

—Gente buena, gente mala… Nunca se tiene el mismo concepto dependiendo del momento en el que preguntes.

Selene está cabizbaja, con las piernas apretadas y los codos pegados al torso como si tuviera frío, algo que debería ser imposible en pleno

mes de agosto. Sigo contemplándola en silencio, tan abstraído en ella que apenas recuerdo quien soy. Selene es como un enigma, como un rompecabezas que colapsa mis sentidos y me desborda hasta confundirme. Cuando la conocí me pareció extraña, diferente a cualquier otra persona que hubiera tenido la oportunidad de conocer, una chica brillante que tenía acceso a mi alma pero que yo no era capaz de comprender. Ahora es como si Selene me hubiera dejado ver algunas de las cartas de su baraja, pero siento que estoy en una partida de naipes donde no sé jugar.

—He visto eso antes —le digo finalmente. Ella alza el rostro para mirarme—. Eres incapaz de odiar, incluso diría que no podrías ni guardar rencor.

Ella se aparta el cabello de la cara y acaricia uno de sus mechones hasta que se escurre entre sus dedos.

—Si eso es lo que crees, te equivocas.

Día 72 – Miedo a las tormentas –

Es la primera vez que acompaño a Selene hasta su casa. Recorro las familiares calles junto a ella mientras sostengo el paraguas que nos guarece de la tormenta de verano. Sé que a ella le encanta la lluvia, pero los truenos la aterran tanto como a mí me apasionan. El rugido del cielo me hace sonreír mientras Selene me observa con la expresión de un animalillo asustado.

—No sé que le ves de encantador a las tormentas —bufa.

—Desde pequeño siempre me han gustado, me parecen la personificación del poder.

—A mí me dan miedo las tormentas.

—¿Por el ruido? —deduzco.

—No, porque me recuerdan a las peleas.

No puedo menos que compadecerla mientras seguimos caminando hasta las afueras de la ciudad, cerca del rio que bordea la parte este de Stella. Nos detenemos frente a un edificio bastante nuevo, uno que debe haber reemplazado junto con los demás de la calle a las casas viejas que había hace algunos años en este lugar. Las gotas de lluvia acarician las fachadas nuevas y recién pintadas.

—Ésta es mi casa. Gracias por acompañarme, Axel —se refugia bajo el portal mientras yo guardo la mano libre en el bolsillo del pantalón —. Te invitaría a subir, pero…

—No sería bienvenido —intercedo.

—Lo siento —se disculpa sin rebatirme—. La última vez que mi padre vio que un chico me acompañaba a algún lado casi lo mata con la escopeta. Con mi madre ingresada en el hospital y mi hermano pendiente de un juicio no me parece la mejor ocasión para presentaros. Ya sabes, le tengo miedo a las tormentas…

—No importa —le digo encogiéndome de hombros—. Espero que tu padre no tenga muy buena puntería.

Selene me regala una sonrisa condescendiente.

—No, no la tiene.

Día 73 – El sol y la luna –

Hoy también llueve. Agradezco el sonido de la lluvia, me ayuda a dormir mejor y lo necesito. Llevo un ritmo frenético, tengo que madrugar más y acostarme mucho más tarde para compensar las horas de trabajo que empleo en acompañar a Selene al hospital. Ella no ha aceptado seguir en el Awakening incluso después de que Ángel le haya prometido que puede volver al trabajo cuando quiera. Su ausencia en el bar hace que todavía tenga más faena y lo que es aún peor, que la eche de menos.

Selene se siente culpable cada vez que me ve. Intento disimular el agotamiento que hace mella en mí, pero es inútil ocultarle nada. Me dice que no hace falta que la acompañe y que necesito descansar, insiste en que su padre puede acompañarla al hospital y que puede encargarse de todo ella sola.

No puedo hacerle caso.

Soy consciente de lo mucho que la agobia la idea de verse aislada en el torbellino que compone su familia. Me necesita, no puede seguir adelante con todo ella sola, sus problemas se han convertido en mis problemas. Estoy seguro de que no soy el sol que Selene ve en mí, pero si tengo algo de luz, si queda algo que resplandezca en mí, tengo claro que todo su brillo será para ella.

Día 77 – Cuestión de persuasión –

Creo que he bostezado más veces que dedos tengo en las manos. Intento concentrarme en el debate que mantengo con Selene, pero el dolor de cabeza que tengo debido a la falta de sueño hace que me sienta bastante menos persuasivo de lo normal, aunque la persuasión no es algo que sirva de mucho con esta chica. La estoy intentando convencer una vez más para que vuelva al Awakening, pero por el momento no he logrado grandes resultados.

—Estás agotado, Axel. Deberías estar descansando, echándote una siesta o algo así en vez de venir a buscarme todos los días al hospital —me espeta enfurruñada.

—Y tú deberías volver al trabajo —replico reprimiendo un nuevo bostezo—. Tu madre no va a despertar del coma por mucho que vayas a verla todos los días y hasta que no lo haga o deje de correr peligro su vida, no habrá ningún tipo de sentencia para tu hermano.

—La sentencia de James es intento de asesinato, lo que varía es que se quede en intento o no y con ello los años de cárcel que le esperan —Selene frunce el ceño y compruebo que quizás he sido demasiado hosco al expresarme—. Que haya dejado el trabajo de camarera no es sólo por mis visitas al hospital, se trata de que no tengo la cabeza para concentrarme en nada.

—¿Cómo vas a mantenerte entonces? —la cuestiono.

—¿Mantenerme? Vivo en casa de mis padres, Axel, ¿lo recuerdas? Depender de ellos económicamente puede añadirse a mi lista de desdichas.

—Y a tu falta de libertad —añado contrariado.

—Bingo.

—Ya sabes cómo arreglar todo eso.

—Y tú también sabes porque no lo hago.

—Recuperar tu trabajo y marcharte de casa no impiden que no puedas ayudar a tu familia —disiento.

—¿Y a dónde me iría, Axel? —inquiere con exasperación—. No tengo ningún lugar a donde ir.

—Podrías venirte a vivir conmigo —le ofrezco.

Se hace el silencio. Selene me mira con incredulidad al mismo tiempo que yo me asombro de mi impulsividad. Por un momento me he sentido como el Axel de años atrás, como el adolescente amador y defensor de la libertad.

—No lo dices enserio —murmura ella.

Parpadeo varias veces antes de responder.

—Creo que lo he dicho muy enserio.

Día 85 – Relación de adictos –

El día avanza con tranquilidad, con demasiada tranquilidad. Me he despertado a las seis de la mañana y he visto como amanecía, como el sol coronaba el cielo y presagiaba un esplendido día de verano. El cielo azul, la brisa cálida… Incluso el ambiente en el Awakening es relajado. Puede que mi suerte funcione diferente de la del resto de personas, pero el caso es que los días aparentemente felices siempre me traen sorpresas desagradables.

A pleno mediodía, cuando los comensales ya están servidos y todas las mesas llenas, un nuevo cliente entra en el Awakening. Una silueta familiar aparece ante mis ojos, una chica con rasgos exóticos y ojos del color de la Coca-Cola. Sus caderas anchas, sus pómulos altos… toda ella compuesta de exuberantes curvas. Su cabello rizado como tirabuzones de cobre junto su amplia sonrisa son el único punto de color en su atuendo negro y su piel morena. Lleva las uñas y los labios pintados de rojo, un carmín intenso que siempre la he caracterizado. También recuerdo su aroma, esa intensa esencia que recuerda a la tierra húmeda y al roció que impregna las flores cada amanecer.

Al verme sus ojos se iluminan con un brillo de reconocimiento y se acerca a mí. Un regusto agridulce sube a mi boca desde lo más profundo de mis entrañas y noto todos los músculos entumecidos, los huesos helados y los tendones fundiéndose dentro de mi piel. Un placer oscuro inunda el más animal de mis sentidos al mismo tiempo que un terror como la muerte me paraliza. Las mariposas muertas de mi estomago vuelven a la vida para darle la bienvenida.

Para darle la bienvenida a Rous.

Ella se lanza a mis brazos y soy incapaz de reaccionar. Noto sus senos contra mi pecho, el olor de su cabello como mi droga preferida, su contacto como la carga eléctrica que necesita mi batería. Ni todo el odio ni toda la repulsión que contienen mi corazón y mi mente son

capaces de evitar que le devuelva el abrazo.

—Axel… —susurra mi nombre de una forma gutural—. Echaba tanto de menos tus brazos…

Casi de manera instintiva me separo de ella y no se resiste.

—Rous… ¿Qué haces aquí?

—He estado pensando en ti y en mí, ya sabes, en todas esas cosas que nos unen —suelta una carcajada de euforia desquiciada—. Somos como una reacción química en cadena, adictos el uno del otro. Te lo prometo, Axel, es verte y parece que el corazón me late diferente.

La observo y sonrío. No sé si sonreír es la mejor opción, ya que Rous siempre se ha interpretado cualquier gesto apacible por mi parte como una invitación a continuar, pero no se me ocurre nada más para ganar unos segundos.

—Te he estado buscando —continúa hablando ella—. Te dejé varios mensajes, pero no me contestaste a ninguno. Supongo que te habrás cambiado de número —deduce con una fingida despreocupación—. Te he echado mucho de menos, Axel. Incluso te escribí una carta para que nos volviéramos a ver.

—Que amable por tu parte.

—¿Y cuándo no he sido amable? —objeta con una sonrisa orgullosa.

—Como toda arma blanca, tienes un mango por donde cogerte.

Su sonrisa se va desvaneciendo lentamente hasta que sus labios se convierten en una fina línea. Su rostro se transforma y pasa de ser un sol radiante a un ocaso que anuncia el nacimiento de algo oscuro en el fondo de sus ojos.

—De todas las armas blancas mi preferida es el bisturí. ¡Parece tan inofensiva! Sin embargo, corta lento y profundo, de una forma tan perfecta que es casi imposible cicatrizar sin ayuda.

Rous esboza una sonrisa astuta sosteniéndome la mirada.

Día 86 – Rous Vergant –

Como sucedía en el pasado, Rous se ha apoderado de mis pensamientos. Me ha encontrado y por mucho que he intentado resistirme, me ha hipnotizado con su sola presencia. Tiene esa cualidad, la habilidad crear una telaraña a su alrededor más absorbente que un agujero negro.

Durante algún tiempo ella fue el centro de mi universo, la cazadora de mis sueños y la única confidente que tenía que podía calmar mi dolor. Tiempo atrás lo habría dado todo por Rous, pero ahora lo que más deseo es que desaparezca sin dejar rastro, poder huir de ella y de todos los recuerdos que arrastra consigo.

No obstante, nadie puede huir de Rous Vergant.

Día 92 – Oferta aceptada –

Me doy cuenta de que me he quedado dormido cuando el sonido del móvil me despierta. Estoy adormecido en el sofá con la ropa de calle puesta, las bambas están tiradas en medio del comedor y el teléfono sigue incordiando desde algún bolsillo de mi pantalón. Minutos después de que todo vuelva a estar en silencio, me desperezo lo suficiente para mirar quien me ha llamado. Con los ojos entrecerrados por la molesta luz de la pantalla, vislumbro que Selene ha intentado hablar conmigo cerca de las dos de la madrugada.

Le devuelvo la llamada sin pensarlo.

—Axel —me saluda su voz desde el altavoz.

—Perdona, estaba dormido cuando me has llamado.

—No quería despertarte —se disculpa—. Es culpa mía, he reaccionado sin pensar.

—Seguro que ha sido por un buen motivo —digo restándole importancia—. ¿Qué necesitas, Selene?

—Hace algunos días… —comienza titubeante—. Bueno, me ofreciste que fuera a vivir contigo si no recuerdo mal.

Supongo que sigo demasiado dormido para comprender la insinuación de sus palabras incluso cuando Selene espera que añada algo.

—Axel, acepto tu oferta —dice finalmente.

Día 93 – Nuevo hogar –

Meto la llave en la cerradura y abro la puerta. Selene me dirige una mirada agradecida, pero el pesar que cuelga de las comisuras de sus labios emborrona cualquier sentimiento posible. Sé que su repentino cambio de opinión en cuanto a venirse a vivir conmigo tiene que tener alguna motivación, pero sólo puedo hacer conjeturas ya que me ha rogado que no le haga preguntas.

Lleva un par de maletas consigo y a juzgar por el ritmo con el que ha avanzado todo desde su última llamada, diría que la ha hecho a toda prisa. Le hago un gesto para que entre en mi modesto hogar mientras yo la sigo, cargando con su ligero equipaje.

Selene observa su nueva vivienda con azoramiento, avergonzada como si fuera una intrusa. Le dedico la sonrisa más cálida que soy capaz de profesar con tal de tranquilizarla. Mi casa no es el lugar más acogedor del mundo, tiene un comedor sencillo en el que está integrada la cocina y sólo un par de habitaciones. Las paredes son blancas, sin pintar, y toda la luz que tengo que no sea la que entra por la ventanas proviene de las bombillas peladas del techo.

—Me imaginaba que vivías en un lugar así —me dice de repente. Veo que en su rostro aparece el atisbo de una sonrisa—. Todo huele a limpio.

—Ya te dije que era un chico limpio.

—Un punto a tu favor.

—Pero no se cocinar muy bien.

—Al menos sigues vivo —se burla entrelazando las manos detrás de la espalda—, aunque no sé si eso es merito tuyo o de Irene.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—No te preocupes por mí, no soy delicada —se pasea una vez más

por el comedor hasta que finalmente señala el sofá—. Parece cómodo.

Niego con la cabeza con determinación.

—Acompáñame —le insto.

Me sigue hasta una de las habitaciones, mi habitación, y enciendo la luz para que pueda verla con más claridad. Tengo la persiana bajada ya que el sol calienta mucho la estancia todas las mañanas y soy amante de la intimidad. Mi cama es simple, ni siquiera tiene una mesita de noche que la acompañe, solamente la adornan las sábanas rojas, mi color favorito. Una de las paredes está recubierta de estanterías de color borgoña y mi colección de libros parece impresionar a Selene.

—Está será tu habitación —le comento.

—Pero… ¿Ésta no es tu habitación? —me observa con los ojos muy abiertos—. No puedo quedarme en este cuarto, Axel.

—Ponte cómoda —le respondo guiñándole un ojo.

Abandono la estancia ante su expresión atónita.

Día 98 – Negociaciones –

Selene me espera despierta cuando vuelvo de trabajar del Awakening. Está estirada en el sofá y me recibe con una sonrisa discreta pero cariñosa. Dejo las llaves sobre el mueble del recibidor, junto a una copia que le he entregado a Selene, y me siento a su lado.

—¿Has ido al hospital? —le pregunto.

—Sí, pero no he estado mucho rato. Mi padre me esperaba por allí.

—Ajá.

Se levanta del sofá y se dirige a la cocina donde le veo abrir la nevera y sacar una cerveza fría. La abre y se vuelve a acercar a mí para entregármela. Cuando acepto la botella que me ofrece, me entra un ataque de risa y Selene enarca una ceja, divertida ante mi júbilo.

—¿Te estás riendo de mí? —inquiere.

—Por supuesto —admito sin dejar de reír—. ¿Desde cuanto te has convertido en mi mujer?

—Eso es muy machista —se queja aguantándose una carcajada—. Aunque, bien pensado, estoy aquí en calidad de ocupa. Tú me invitaste a venir a vivir contigo, pero no estoy contribuyendo en nada. Soy la reina del mambo.

—Y yo cada día descubriendo algo nuevo —me mofo.

—¡Deja de meterte conmigo! — se abalanza contra mí riendo mientras le paro las manos entre carcajadas—. Todavía nos quedan muchos días para que descubras muchas más cosas.

—¿Y vas a quedarte a vivir conmigo lo que queda de esos trescientos días de reto?

—Eso es lo que te gustaría —me responde con una mira sugerente —, pero en realidad no lo sé. De todos modos, mientras viva aquí creo

que tenemos que negociar algunas cosas, cuestiones de convivencia.

—Ya vas a empezar a inventarte leyes…

Selene suelta un resoplido jovial.

—He pensando que quizás podría volver a hacer algunos turnos en el Awakening más adelante… cuando la situación se calme un poco. He encontrado un mini empleo como chica reparte periódicos —empieza a explicarme sentándose a mi lado—, no ganaré mucho, pero servirá para compensarte un poco la molestia de tenerme en casa.

—No eres una molestia y no hace falta que hagas nada.

—Tendré que trabajar muy de mañana, así que podré dedicar el resto del día a ir al hospital y a visitar a mi hermano —continúa, ignorando lo que le digo—. También tendré tiempo para encargarme de la casa, estoy dispuesta hasta a plancharte la ropa.

—¿También sabes planchar? —se me escapa una sonrisa juguetona.

—Sí, y colgarte de una pierna en el techo también.

—Móntatelo como quieras, Selene. Por mí no hay problema.

Me dedica una enorme sonrisa de triunfo mientras empiezo a prever que mis días de tranquilidad en el hogar han llegado a su fin.

Día 100 – Miedo –

Me sobresalto cuando al abrir los ojos me encuentro a Selene encima de mí en el sofá. No sé qué hora debe ser, pero está todo oscuro, apenas puedo distinguir la mirada de consternación que me dirige. Es una noche calurosa y me he acostado sin camiseta, así que tengo los dedos de pianista de Selene arañando el bello de mi pecho. Trato de apartarla, pero se resiste.

—¿Se puede saber qué pasa? —gruño.

—He escuchado ruidos en la ventana. Estoy asustada.

Al principio creo que me está tomando el pelo, pero a los pocos segundos de observarla, me doy cuenta que se está esforzando por no temblar. La empujo con una ligera brusquedad y acaba sentada encima de mis piernas, sonriéndome con azoramiento.

—Es el gato del vecino, a veces da algunos golpes en la ventana cuando quiere entrar.

—¿Y si fuera mi padre?

—Tú padre no sabe donde vivimos, Selene —le recuerdo pasándome una mano por la sien—. Además, escucharías algo más que ruidos en la ventana si estuviera dedicándose a despertarnos con su escopeta.

—Yo no lo descartaría.

—¿Bromeas? —sólo tengo que mirarla para saber que no es una broma—. ¿En qué clase de lío me has metido?

Selene me dirige una mirada dolida y resentida. No dice nada, pero sé interpretar lo que me está diciendo sin palabras. Yo la invite a quedarse en mi casa, no puedo ser tan injusto con ella.

—Está bien —digo soltando un tremendo suspiro—, te acompañaré a la habitación y me quedaré allí hasta que te duermas.

—No creo que pueda dormir, Axel.

—¿Entonces qué esperas que haga? —inquiero enarcando una ceja.

—Esto… ¿Puedo dormir contigo? —me pide con una sonrisa tensa.

Se me escapa el aliento y me quedo sin habla.

—Creo que eso está fuera de los límites de la amistad —le advierto.

—Tampoco va a pasar nada malo —esbozo una sonrisa maliciosa—. ¡Oh, Axel! No pongas esa cara, sé que eres un caballero.

—Un caballero oscuro —me burlo.

—¡Bah! —se levanta del sofá y se va caminando en dirección a la habitación—. Buenas noches, caballero oscuro.

—Buenas noches, reina del mambo.

No oigo el sonido de la puerta y deduzco que ha dejado la habitación abierta. Me quedo incorporado en el sofá, meditando que hacer exactamente. Me levanto y me deslizo sin hacer ruido hasta la jamba de la puerta de mi cuarto, donde duerme Selene. Observo la oscuridad durante varios segundos hasta que logro distinguirla envuelta en la sábanas rojas de la cama.

Está temblando.

Con una ligera resignación, me introduzco en el interior de la habitación y me tumbo a su lado. Ella detecta mi presencia y se vuelve para mirarme, pero no dice nada. Apoya una mano en mi pecho y se acomoda, todavía muy tensa. Me mantengo despierto hasta que no escucho la tranquilidad de su respiración.

Día 101 – Conocerse mejor –

Tomo asiento junto a la mesa del comedor y Selene me sirve unas tostadas. Espero unos minutos a que acabe de prepararse su bol de cereales y me acompañe durante el desayuno. Si todo va bien, dentro de un par de días empezará a trabajar por las mañanas y no la veré prácticamente cuando me toquen jornadas de tarde como la de hoy.

—¿No vas a probar las tostadas? —la invito.

—No soy una gran amante de las mermeladas —alarga la mano y me quita la que yo acabo de morder—, pero puede que haga una excepción.

—Juegas con fuego, ¿sabes?

—Lo sé, sólo hace falta ver que en tu casa predomina el color rojo después del blanco.

—¿Has realizado algún análisis más de mi hogar?

—Sí, sobre su propietario —declara recorriéndome con la mirada—. ¿Sabes que cuando estás dormido tienes la costumbre de entreabrir los labios?

La miro fijamente frunciendo el ceño.

—Preferiría no repetir lo de esta noche, me gusta dormir solo.

—¿Nunca has dormido acompañado? —me pregunta con picardía.

—Quizás… pero es algo que ha día de hoy me incómoda.

—¿Te incómoda dormir con una mujer? —alza las cejas e inclina ligeramente la cabeza—. Definitivamente necesitas tener más amigos, Axel.

—No necesito amigos, sé perfectamente como funcionan las relaciones entre un hombre y una mujer —trato de amedrentarla, pero su sonrisa burlona se ensancha—. Dormir contigo abre la puerta a

muchas posibilidades.

—Si eso es lo que crees, me temo que necesitas conocerme mejor. No estoy precisamente dispuesta a tener esa clase de intimidad contigo.

—Entonces tú también deberías conocerme mejor, porque a mí me encanta esa clase de intimidad —le insinúo con una sonrisa lobuna.

Selene me contempla con una extraña fijeza y al mirarla a los ojos tengo la sensación de que se ha detenido el tiempo. Percibo como se abre paso un creciente dolor dentro de ella, una herida desconocida para mí en plena hemorragia, un terror que escapa a mi comprensión. Lentamente veo que va recobrando la compostura, pero no del todo.

—No quería ofenderte —le aseguro abochornado.

—Lo imagino.

—Yo…

—Tú nunca me harías daño, ¿verdad?

Su pregunta me conmueve y me entristece. En un instante Selene se ha apagado perdiendo toda su luz, se ha alejado kilómetros y kilómetros de mí, y no sé cómo darle alcance. Me arriesgo a extender una mano por encima de la mesa y de inmediato detecto su rechazo. No sé exactamente qué he hecho mal, pero al parecer lo he hecho muy mal. Espero con paciencia a que acepte mi gesto y al cabo de unos larguísimos segundos, ella empieza a acariciar mis dedos.

—Creo que tienes razón —le respondo al fin—, deberíamos conocernos mejor.

Día 103 – A la luz de una vela –

He vuelto a casa temprano para cenar con Selene. No me habría esforzado tanto en plegar antes del Awakening si no supiera que me tiene preparada alguna clase de sorpresa. El simple hecho de que sea ella la autora de cualquier maquinación, ya elevaba la categoría de sorpresa a un nivel superior.

El comedor está a oscuras cuando entro y sólo percibo una minúscula luz que proviene de algunas velas encendidas sobre la mesa. Selene me espera sentada con los dedos entrelazados y una sonrisa expectante, aunque detecto cierto nerviosismo en ella. Evalúo la situación y decido descolgarme la cartera del hombro y pararme delante de la silla vacía donde Selene aguarda a que me siente.

—Se me ha ocurrido que podía preparar la cena —me dice con un gesto amable, contemplándome con ojos brillantes—. Parece que he logrado sorprenderte.

—Mucho —admito.

Algo en su mirada me pone nervioso y noto el rubor en las mejillas, un azoramiento que pasa desapercibido en la oscuridad de la sala. Ni siquiera recuerdo la última vez que una chica me produjo tal timidez, pero casi me cuesta sentarme en la silla bajo sus atentos ojos marrones. Veo la luz de las llamas bailar en sus pupilas, arrancar destellos hermosos que me desconciertan. Ha dispuesto una cena sencilla, pero hay un toque de elegancia en su disposición y en las servilletas rojas.

—He pensado… —comienza a decir. Se interrumpe para humedecerse los labios y sonreírme—. Bueno, simplemente quería buscar una situación cómoda para los dos. A veces, puedo llegar a ser un poco teatrera, pero las velas siempre me han transmitido confianza, veracidad.

—A mí me gusta —le digo experimentando una extraña felicidad.

—Me alegro de que sea así —Selene también parece feliz—. ¿Sabes que se te forma un hoyuelo en una de las mejillas cuando sonríes?

—Yo no me fijo en esas cosas.

—Yo si me fijo en lo que me gusta.

De nuevo me ruborizo sin poder remediarlo. No es la primera vez que me dirige uno de sus cumplidos directos, pero hoy me siento más sensible de normal a sus palabras y a su mirada, a todo lo que significa Selene.

—Entonces… ¿Quieres hablar? —la interpelo intentando reconducir la conversación.

—Ésa es mi idea —corrobora—, pero no quiero hablar de cualquier cosa. Me gustaría apartar ratos así para poder hablarnos con franqueza, para poder comportarnos como amigos de verdad, para… ¿Cómo lo dijiste tú el otro día? Sí, conocernos mejor.

—No creo que sepa por dónde empezar.

—Yo sí. Cada día uno de los dos le hará preguntas al otro y las deberemos contestar.

—No sé si me va a gustar ese juego —repongo sin mucha convicción.

—Probémoslo —insiste—. Por ejemplo, ¿cuál es tu color favorito?

—El rojo —respondo rápidamente.

—Eso era fácil de suponer, pero quiero saber por qué el rojo y no otro color.

—¿Por qué ese color? —me rasco la barbilla y me concentro en el sonido al rozar la barba incipiente—. Algunos años atrás me gustaba el azul porque me recordaba al agua, a la vida. Supongo que decidí dar un giro de ciento ochenta grados y me pase al rojo. A mi madre no le gusta ese color, dice que hace que las personas se vuelvan más nerviosas de lo que son. A mí me gusta precisamente por ese motivo, me da energía.

—Axel, esto se te da francamente genial —me premia.

—¿Piensas hacer esto cada día? —asiente con una amplia sonrisa—. No sé a qué conclusión vas a poder llegar con todo esto.

—De momento tengo una muy clara: tengo que comprar más velas.

Día 105 – El despertar del pasado –

Las velas se agitan frente a mis ojos una noche más mientras Selene me contempla con expectación. Hace dos días empezó a hacerme preguntas, ayer tuve la oportunidad de hacérselas yo, pero hoy Selene ha comenzado a interpelarme por lo que desde hace mucho tiempo despierta su interés: mi pasado.

—Así que… ¿Quieres saber quién es Gala? —evito su mirada y me concentro en las arrugas del mantel. Seguimos sentados junto a la mesa, pero ya hace varios minutos que hemos recogido los platos de la cena—. Supongo que debería haberme esperado esa pregunta desde que comenzaste con este juego.

—No quiero incomodarte —me asegura con un tono conciliador.

—No me importa, pero prefiero evitar despertar el pasado.

—Creo que hablarlo podría ayudarte a superarlo —insiste. Veo que intenta reprimir su curiosidad a pesar de que habla con sinceridad—. No necesito saberlo todo, sólo cuéntame aquello con lo que te sientas a gusto.

—Está bien —cierro los ojos unos breves instantes y me sumerjo en el entresijo de mis pensamientos, en unos que ya me empiezan a parecer lejanos—. Hace varios años que no sé nada de Gala Prior, la última vez que escuche su nombre fue el día que me llevaste a aquel pub. Suelo evitar todo lo que me recuerda a ella porque hurgar demasiado en su recuerdo sólo me produce amargura.

—Fue alguien importante para ti —deduce.

—Sí, lo fue. No sabría cómo definirla, si llamarla amiga, novia o hermana —incluso mientras hablo intento localizar la respuesta, pero no la encuentro—. Quizás, era todo eso o no era nada, no lo sé. De alguna forma teníamos una relación afectuosa, una más profunda y estrecha de lo normal.

»Desde la época del instituto solíamos salir con tres amigos más, pero sólo con dos estrechamos nuestros vínculos con el paso de los años. Roy Otero era mi mejor amigo y Rous era la mejor amiga de Gala. Cuando ahora analizo esos recuerdos me dan ganas de reír, pero tiempo atrás ésa era una aparente realidad. Yo no me llevaba bien con Rous, no entendía exactamente por qué, pero me repelía de la misma forma que un veneno. Por el contrario, Roy estaba encaprichado de Gala más de lo que yo creía.

»A los diecinueve años, tanto él como yo nos marchamos de casa y nos fuimos a vivir juntos como compañeros de piso. Eso me dio la oportunidad de conocer a Roy mucho mejor de lo que ya lo conocía y apreciar su creciente interés por Gala. No me parecía extraño, Gala era hermosa, tan guapa como para voltear una calle entera de Stella a su paso. Para ella su belleza era su mayor cualidad… y también su perdición.

»El ego de Gala se elevó tanto como un globo, principalmente hinchado por Rous y Roy. Su carácter cambió tanto como lo hizo su apariencia, la prepotencia brotó en ella como una ortiga que asfixió toda su dulzura y toda su luz. Mientras todos admiraban a la nueva Gala, yo no podía más que lamentar la continua erosión de su personalidad a manos de sus admiradores. Poco a poco nos fuimos desprendiendo el uno del otro.

—Sin embargo, no era eso lo que tú querías —deduce Selene sondeándome con sus ojos marrones.

—¿Lo que yo quería? Ésa es una pregunta complicada. Por un lado, deseaba que hubiera una manera de deshacer lo que Rous y Roy habían hecho con ella, pero al no conseguirlo, tampoco quería seguir a su lado. No sé cuánto tiempo estuve luchando por recuperarla, pero mi insistencia sólo contribuyo al desastre —noto como el corazón me late más despacio y el aire en mi pecho pesa más—. No estoy seguro, pero creo que estaba enamorado de Gala, de mi Gala. No obstante, si quedaba algo de lo que una vez fue, ella no tenía intención de recuperarlo. Mi relación con Gala fue volviéndose cada vez más tensa mientras que Roy se la ganaba lentamente.

»Cada una de mis conversaciones con ella se convertía en una agreste discusión. No quiero entrar en detalles, pero al final nuestro mutuo amor se fue convirtiendo en una rabia que catapultábamos el uno contra el otro. Me sumí en un mundo de dolor y de soledad, de resentimiento y de desesperación.

»Supongo que fue eso lo que hizo que permitiera que Rous se abriera paso hacia mí. Nunca había confiado en ella, pero me creí sus buenas intenciones y sus palabras de redención. Empecé a sentir que tenía mucho más en común con ella que con Gala, sopló aire fresco en mi vida con sus labios y empezó a parchear cada una de mis cicatrices. Cada pelea que me separaba más de Gala, me unía más a Rous Vergant. Ella me alentó en todos mis sueños y encendió las brasas que consumieron el recuerdo de Gala a través de un odio feroz.

—Creo que me he perdido un poco —me interrumpe. La naturalidad de la voz de Selene me refresca—. Entiendo que Gala cambió y que tú no querías que cambiara, pero si creías que Rous era la culpable de eso…

—Lo creía y lo creo, pero hubo un período de tiempo en el que no lo creí —la corto con frustración—. Mi papel en aquel grupo cada vez se complicaba más y Rous tenía respuestas y soluciones para todo. No me preguntes cómo, pero me convenció de que quería ayudarme. Aparentemente era neutral, pero me incitaba contra Gala y Roy al mismo tiempo que los defendía. Tenía un objetivo.

—Y ese objetivo eras tú —sentencia Selene.

La observo en silencio mientras rememoro algunos de mis recuerdos. Incluso ahora, desde una mejor perspectiva que me ha ido confiriendo el tiempo, me siento confuso. ¿Nunca le importe lo suficiente a Gala? ¿Rous me quería? ¿Alguna vez fue Roy de verdad mi amigo?

—Rous me dijo que me quería —susurro.

—Y tú la creíste —afirma en voz baja.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Ella parecía interesarse por mí mientras Gala no hacía más que despreciarme.

—Rous quería ocupar el lugar de Gala.

—Eso creo y no puedo decir que no lo lograra. Al final me quedé solo con ella, perdiendo para siempre a Gala y desterrando a Roy de mi vida.

—¿Qué hiciste? —inquiere.

—¿De verdad quieres saberlo? —la cuestiono frunciendo los labios. Selene asiente y amplio la mueca—. Me acosté con Rous. Supongo que era algo que iba a acabar pasando tarde o temprano, pero cuando Gala se enteró me retiró la palabra y no quiso saber nada más de mí. En cuanto a Roy, perdió el trabajo que tenía y cuando no pudo pagar su parte de alquiler, lo eché de casa.

—Oh, vaya… —es obvio que está disgustada, pero no sé por cuál de las explicaciones.

—No podía ser de otra manera, Selene. Ver a Gala era casi como un castigo y no tenía porque aguantar a Roy cuando lo consideraba poco menos que un traidor. Sé que fui despiadado, pero no pensé en sus sentimientos ni en lo que iba a ser de ellos a partir de entonces, yo tenía a Rous.

—¿Nunca más has vuelto a saber de ellos?

—De vez en cuando escucho algo —admito—. Gala firmó un contrato con una agencia de modelos y Roy se fue a vivir a Londres. Las personas que habían tenido la oportunidad de saber de mi relación con ellos me preguntaban de vez en cuando, pero se dieron cuenta de que detestaba esa clase de preguntas. Roy había dejado de existir para mí y Gala pertenecía a una parte de mi vida que era innombrable.

—¿Y qué paso con Rous?

—También la eché de mi vida poco antes de conocerte. En ella se aplica eso de que las primeras impresiones son las que valen —cierro los puños y los presiono contra la superficie de la mesa—. Si de algo me arrepiento es de haberme dejado engañar por ella, de no haber intentado conseguir un final mejor con Gala. Roy y Rous no son gente precisamente noble, forman parte de la ponzoña de la sociedad, pero Gala era buena y eso lo sé aunque no correspondiera a mis

sentimientos.

—¿De verdad crees eso? —disiente.

—¿Acaso tú no?

—No creo que Rous se esforzara tanto en separarte de Gala si ella no hubiera sentido nada por ti. Todos queremos cambiar algún momento de nuestro pasado, pero a veces, incluso en lo que queremos olvidar, hay detalles importantes que se nos escapan.

Las palabras de Selene resuenan en mi cabeza. Ella me mira con tristeza y me pregunto qué clase de sentimiento debe reflejar mi rostro. En mi mente todo es oscuridad y cajones vacíos, una habitación pintada de negro con luces rojas que anuncian la salida de emergencia. Intento sonreírle a Selene, pero la sonrisa se me parte en los labios y me doy cuenta de que he sobrepasado mi límite emocional. El cuerpo me pesa y la cabeza me duele con un zumbido molesto.

—Creo que ya he hablado bastante por hoy —le digo levantándome de la silla—. Será mejor que descanse un poco.

Cuando me tumbo en el sofá y cierro los ojos, siento la presencia de Selene a mi lado. Noto como se inclina y seguidamente me besa en la mejilla. Me acaricia con sus delicados dedos allí donde ha posado sus labios.

—Buenas noches —me susurra.

Cuando abro los ojos, ella ya ha apagado las luces y se ha ido a la habitación.

Día 111 – Mi ángel –

—¿Alguna vez has tenido a alguien especial? —le pregunto.

Selene se aparta el cabello del rostro y se lleva una mano a la barbilla mientras medita en la respuesta. Estamos tumbados en cada extremo del sofá con las piernas entrelazadas, mis pies descalzos rozándose con los suyos. Cuando me sonríe sé que ya sabe que decirme.

—Tuve a alguien que fue para mí algo parecido a lo que fue Gala para ti —me dice.

—Gala… —se me revuelve el estomago al escuchar el nombre—. ¿Tampoco acaba bien tu historia?

—No tiene un final feliz.

—¿Cómo se llamaba?

—Christian —vuelve a sonreír al pronunciar el nombre—. Te habría caído bien hasta a ti. Lo conocí en una boda de un familiar y todavía no tengo muy claro que hacía allí. Era rubio, alto, ojos azules como un cielo en verano… No dude en acercarme y presentarme, nunca he sido muy tímida para eso.

—Lo que hiciste me suena de algo —me burlo.

—Seguro que sí, don gruñón —me reprende dándome un golpecito en la pierna—. Te lo digo de verdad, Christian era encantador. Cuando me presenté, me invitó a bailar y yo al principio me hice rogar un poco, pero acabé aceptando. Recuerdo como me condujo a la pista llevándome de la mano y como me hacía girar entre sus brazos. En aquel momento me puse nerviosa porque mi madre nos estaba mirando, pero la sonrisa alegre de Christian me absorbió. No sé por qué, pero fui feliz bailando con él.

»Cuando llegó el momento de marcharme, no quise despedirme de

él, pero Christian me siguió hasta el coche y me pidió permiso para sacarme una foto. *"Eres algo que vale la pena fotografiar"*, me dijo y añadió que era fotógrafo para restar importancia al acto delante de mis padres.

»Dos días después, recibí un mensaje suyo. No tenía ni idea de cómo había conseguido mi número ni qué interés podía sentir por mí, lo único que tenía claro es que, aunque hubiera sido sólo durante unos minutos, me había hecho feliz. Acepté su invitación para una cita y a partir de ese momento comenzamos a hablar y a vernos regularmente. Mis padres no estaban muy contentos con Christian y eso hacía que yo todavía sintiera más cariño por él.

»En una ocasión mi padre bloqueó la puerta de casa para que no pudiera salir. Había quedado con Christian y mi madre no quería que lo viera más, mi padre sólo intentaba evitar un conflicto que habría acabado en una nueva paliza. Recuerdo lo mucho que grité y como mi padre intentaba apaciguarme, como mi madre bajaba las escaleras de casa con un cinturón en la mano… Aquella noche la pasé llorando en mi habitación hasta que escuche ruidos fuera. Christian había venido a buscarme imaginando que algo había salido mal. Cuando le dije que no podía salir, él trepo hasta mi habitación. Estaba tan nerviosa… al principio porque creía que se caería y se haría daño, después porque no nos cogieran juntos en mi habitación.

»En aquel momento estuve segura de que Christian se convertiría en alguien especial para mí. Tenía una idea bastante clara de lo que sentía por él, pero no sabía cuáles eran sus sentimientos y nunca los he llegado a saber. Deposite en Christian todo lo que tenía, todos mis secretos, pero creo que no fue un pago justo. Yo no tenía voluntad para luchar, apenas sabía cómo plantarle cara al terror que siempre me esperaba en casa, pero él velaba por mí, era como mi ángel guardián.

»Todo cambió el día que cierta persona vino a casa. No pude reaccionar, no sé por qué no me controle. Mi madre había salido a hacer la compra y Christian, mi ángel, había venido a buscarme para llevarme a dar una vuelta por el centro de Stella. Estaba esperándolo

con mi padre en el salón mientras James rebuscaba algo en la cocina cuando mi ángel apareció acompañado por él… Apenas recuerdo cómo pasó, mis gritos resonaron por toda la casa y entré en una especie de estado de shock. Mi hermano me saco del comedor y me llevo a mi habitación mientras mi padre cogía su escopeta y perseguía a Christian y a él hasta la puerta.

»James se quedó cuidando de mí, tan afectado por la noticia que era sorprendentemente cariñoso. Christian volvió algunas horas más tarde, pero mi padre lo recibió a balazos y lo obligó a desistir. Algunos días después intenté razonar con mi progenitor, pero no había nada que hacer. Después del desagradable descubrimiento que había hecho, mi padre no dejaría que ningún otro hombre se me acercara sin que eso no le acarreara un disparo por su parte. Desde el principio supe que no se trataba de una amenaza fútil.

»La última vez que vi a Christian fue para despedirme de él. Mantuve la compostura hasta el final, incluso cuando le anuncié que no podríamos vernos más. Creo que rompí algo dentro de él, pero no lo suficiente como para que me creyera. Insistió en volver a verme, estaba preocupado por mí… y yo me negué. Le corte las alas a mi ángel, pero no del todo. Le prometí que un día le buscaría y me pondría en contacto con él cuando fuese lo suficientemente valiente para empezar de cero y reconstruirme.

—¿Y le fuiste a buscar? —le pregunto irrumpiendo en su historia por primera vez.

—No, nunca cumplí mi promesa.

Selene es la que se levanta esta vez dando por terminada la conversación. He preferido escucharla antes que preguntar, pero no sé si he hecho lo correcto. Hay algo importante que no ha querido decirme, el motivo por el que su relación con Christian se trunco que ha omitido en la historia.

—¿Por qué, Selene? —inquiero.

Ella se inclina sobre mí para darme un beso de buenas noches en la mejilla como se ha acostumbrado a hacer todas las noches. Cuando lo

hace, en vez de retirarse, resigue con sus labios mi mandíbula hasta mi oreja.

—Porque te conocí a ti —me responde en un susurro.

Día 116 – La irrupción de Kenzo –

Ya estamos a finales de septiembre. Poco a poco el calor ha ido remitiendo y eso hace que mi trabajo en el Awakening sea bastante más llevadero. Irene ya no parece tan agobiada, la pausa de estas últimas dos semanas le ha permitido relajarse. Ángel también está más sonriente y me pregunta más a menudo por Selene. Cuando ella viene a desayunar, después de acabar su jornada con los diarios, todo lo que se encuentra son palabras de afecto.

—¡Hombre!¡Mira quien se nos ha colado en el bar! —exclama Irene pasando veloz por detrás de la barra—. ¡Eso es que ha venido a ver a alguien! —añade una vez se interna en la cocina.

La sonrisa de Selene se ilumina después de escucharla y acaba ampliándola aún más cuando Ángel se acerca para darle dos besos y abrazarla. No obstante, sus ojos sólo me observan a mí.

Cuando Ángel le deja el paso libre, Selene alarga una mano para posarla en mi nuca y tirar. Veo como mi rostro se aproxima al suyo de forma impetuosa y noto el aliento que sale de sus labios y acaricia los míos, una descarga eléctrica que me recorre y me hace sentir ansioso.

Al final todo termina en un enérgico beso en la comisura de mi boca.

—Buenos días, luna —la saludo apartando los mechones rebeldes de su frente.

—Buenos días, peleón —me sonríe—. Voy a buscarme una mesa y tú me traerás algo de comer y algo de beber, ya sabes todo lo que me gusta —me acaricia el mentón y no puedo evitar reírme ante su intento de seducción—. No tarde, camarero. Tengo hambre.

Selene se aleja caminando hacia la mesa nueve y eso me sorprende. Ella siempre suele escoger una mesa vacía para sentarse, pero en esta ocasión se sienta frente a un chico que me es vagamente familiar. Es

de piel morena y cabello oscuro, muy alto y espigado, y debe tener cerca de mi misma edad. Recuerdo haberlo visto desayunando en el Awakening más de una vez, incluso diría que lo he atendido muchas veces, me suena esa sonrisa amable con la que deslumbra a Selene mientras hablan.

Y, casi sin poder remediarlo, empiezo a sentir celos.

—¡Anda! Pues me he equivocado de “alguien” —se burla Irene apareciendo detrás de mí y pegándome una palmada en la espalda—. Chaval, mejor espabila.

Contengo las ganas de responder cualquier cosa incoherente y me dirijo a la mesa en silencio para servirle su refresco preferido a Selene. Tanto ella como el chico me miran con un semblante alegre, no parecen darse cuenta de mi repentino malhumor, o al menos en el caso de Selene, simplemente prefiere ignorarlo.

—Axel, creo que ya te hablé de Kenzo Payne hace tiempo —nos presenta.

—Mucho gusto —reacciona él tendiéndome una mano.

Acepto su saludo con reticencia, mirándolo fijamente. Su iris es de un color verde oscuro, pero sus ojos se ven muy luminosos y honestos. Estrecho con más fuerza mi mano y él responde con una gran sonrisa.

—Igualmente —contesto—. Así que tú eres el de los perritos calientes y los videojuegos, ¿no?

—Exacto —suelta una carcajada y veo que es una forma de disimular su timidez.

—¿Desde cuándo os conocéis? —inquiero. Al parecer he sido más brusco de lo necesario porque Selene frunce el ceño cuando la miro—. Me refiero a que nunca antes os había visto hablando en el Awakening.

—Nos conocemos de cuando yo trabajaba aquí —me explica ella—. Siempre era el chico que me sonreía cuando le servía algo. Resulta que su padre es el dueño del local del que reparto los diarios y nos hemos ido viendo bastante. Ahora estábamos hablando de que podríamos ir

un día al cine todos juntos, ¿qué te parece?

La mirada esperanzada que me dirige es lo único que evita que haga una mueca. Meto las manos en los bolsillos y me doy la vuelta apretando los dientes con todas mis fuerzas. ¿Selene, Kenzo y yo? No sé qué se le estará pasado por la cabeza.

—Claro, ¿por qué no? —digo alejándome de la mesa.

Día 121 – Tiempo presente, tiempo pasado –

El cine está lleno y el bullicio de la gente se esparce a mí alrededor. Debo reconocer que he venido a disgusto, pero no quería quedarme en casa solo después de escuchar las reprimendas de Selene respecto a mi actitud con Kenzo. Soy consciente de que no soy muy agradable, pero me he acostumbrado a la soledad y a la vida que únicamente comparto con Selene.

La he seguido hasta el cine refunfuñando y cuando he visto a Kenzo allí, esperándonos, casi me arrepiento. Trata a Selene como si fuera su amiga, con una naturalidad que a mí me ha costado muchos días conseguir. Me he vestido de negro para la ocasión y eso provoca una serie de malas caras en mi compañera de piso que son mi entretenimiento.

—Voy a sacar las entradas —anuncio.

—Te acompaño —se ofrece Kenzo.

Nos colocamos en la fila mientras Selene se entretiene mirando las carteleras y las imágenes promocionales. La cola sigue avanzando hasta el mostrador y me doy cuenta de que he pasado todo el tiempo contemplándola bajo la atenta mirada de Kenzo. Frunzo los labios cuando mis ojos se encuentran con los de él, pero Kenzo me responde con una sonrisa amable. No es tonto, sabe que soy distante con él, pero se esfuerza por ser cordial conmigo.

Quizás, soy demasiado duro.

Cuando compramos las entradas y volvemos junto a Selene, Kenzo me habla de sus preferencias sobre el cine y me gasta alguna broma de la que me río. Caminamos con tranquilidad hacia la sala donde proyectan la película y poco a poco admito que debo esforzarme más por mantener mi malhumor de lo que realmente siento. El ambiente es agradable, tan tranquilo… Creo que empiezo a entender que pretende

Selene, quiere que tenga amigos.

Una vez los tuve, tuve un grupo con el que solía acudir a ese mismo cine. Gala y yo sacábamos las entradas mientras Rous compraba palomitas de colores y Roy llenaba las bolsas de chucherías. Siempre nos acabamos riendo cuando Rous corría para que Roy no le quitara las palomitas mientras este la perseguía atacándola con una lluvia de gominolas. Recuerdo que una vez, en plena sala de cine, el responsable vino a llamarnos la atención porque Rous le volcó un refresco de cola entero en la cabeza a Roy y después se dedico adornarlo con palomitas. Gala se disculpaba aguatándose la risa mientras yo fingía ayudar a mi antiguo mejor amigo recubriéndolo con servilletas y pañuelos. Creo que fue esa misma noche cuando Gala y Rous se subieron a una mesa a bailar la macarena mientras Roy y yo las grabábamos. Fotografías, videos, cartas, postales… tantos recuerdos que me parecían importantes y que terminé destruyendo.

Noto la mano de Selene en mi brazo y me despierto de mis ensoñaciones.

—¿Estás bien, Axel? —me pregunta con preocupación.

—Sí, perfectamente —le aseguró con una sonrisa genuina.

Sí, estoy bien. Gala, Roy y Rous pertenecen a mi pasado, Selene y Kenzo a mi presente. No sé qué será de mí en el futuro, pero aún tengo muchos días para descubrirlo. Selene tiene razón, tengo muchos colores y tonos con los que ir pintando mi vida.

Día 125 – La elegancia y la gracia –

Es media mañana cuando su presencia llena el Awakening. Es la segunda vez que ha venido esta semana y ya estoy seguro de que no es coincidencia. En la primera ocasión, la vi venir y me escondí en la cocina donde me refugie hasta que Irene me avisó que se había marchado. Fue un acto de cobardía, pero ya hace tiempo que prefiero huir de los enfrentamientos directos con Gala Prior.

Esta vez no voy a tener tanta suerte.

Cuando entra, se espera en la puerta hasta que sus ojos marrones como una taza de chocolate humeante me localizan. En ese instante, sé que ha encontrado lo que venía a buscar. Estoy apoyado en la barra del bar hablando con Kenzo cuando decide avanzar y sentarse ante la absorta mirada de mi compañero. Hace mucho de la última vez que tuve la oportunidad de contemplar a Gala, pero indudablemente sigue siendo hermosa. Su cabello es más largo y más dorado, su rostro más inmaculado y sus ojos más perfilados… pero sin luz. Técnicamente perfecta, el retrato de la elegancia y la gracia que cualquier mujer desearía tener, pero no queda nada natural ni dulce en ella.

—Camarero, atiéndame —me llama con una voz musical llena de pedantería.

Me quedo helado en el sitio. Kenzo me observa con inquietud y entiendo que él también percibe la tensión del ambiente, la sensación de que los cables de la luz se han cortado y andan sueltos dando latigazos chispeantes.

Me obligo a caminar hasta ella libreta en mano.

—No sabía que los camareros de este sitio fueran tan lentos —se queja sin mirarme.

—Ni yo sabía que las perras de buena cuna vinieran al Awakening.

Gala cierra la mano derecha clavándose las uñas en la palma. Su rostro se crispa y me mira sin fingir una sonrisa ni ningún otro gesto irónico, su rabia se hace evidente en cada uno de sus rasgos. Ella no es como Rous, no le van las indirectas ni los juegos sutiles, si quiere arremeter contra mí lo hará de frente y con todas sus fuerzas.

—¿No te queda ni un poco de educación? —me escupe.

—Ya sabes que siempre he sido borde —le respondo encajando sus palabras—. ¿Qué haces aquí?

—Busco a alguien —me dice después de meditar si debe contestarme—. Quiero dejarte algo muy claro, Axel. Llevo mucho tiempo sin saber nada de ti y sin tener que aguantarte, no he venido aquí a que nos lancemos una sarta de insultos ni a crear problemas. ¿Puedes intentar comportarte y no coger una pataleta como cuando tenías diez años?

—¿Vas a tomar algo? —le pregunto fingiendo no haberla escuchado.

Entreabre los labios como si fuera a responderme, pero se lo piensa mejor e intenta parecer indiferente. Se contempla las uñas unos segundos antes de pedirme un gin-tonic y de darme la oportunidad de retirarme tras la barra para preparárselo. Kenzo me pone una mano en el hombro y le agradezco que sepa que no es un buen momento para hacerme preguntas. Simplemente, no debe hacerme preguntas.

No pierdo de vista a Gala mientras elaboro su bebida, pero ella se esfuerza por no devolverme la mirada. En el fondo siento lástima, un pesar del que no logro escaparme cada vez que la veo. No hay afecto en mi corazón para Gala, pero si un grito ahogado que exige un mejor final, una sonrisa cordial en vez de una cicatriz cada vez que nos encontramos.

—Si no es a mí a quien buscas, supongo que es a Rous —declaro cuando me vuelvo a acercar a su mesa para servirle el gin-tonic.

—¿No suele pasarse por aquí últimamente? —me pregunta con una inocencia acusadora.

—La he visto —admito con encogimiento de hombros—, pero no sé

nada de ella.

—Ya, claro.

—No me importa que no me creas —asevero dándole la espalda.

—Axel —me llama y me vuelvo para corresponder a la expresión desafiante de su rostro—. No sé si fue un accidente o fue intencionado, pero tengo la grabación. Voy a descubrir que ocurrió, lo que Rous y tú hicisteis.

—¿Lo que Rous y yo hicimos? —enarco una ceja ligeramente sorprendido—. Creo que no tienes ni idea de lo que estás hablando. Lo que yo haya hecho o haya dejado de hacer con Rous no es de tu incumbencia.

—¿A sí? Bueno, ya decidiré yo lo que me incumbe y lo que no.

Quiero contestarle, pero las palabras se atascan en mi garganta y me muerdo el labio inferior involuntariamente. El recuerdo acusador se abre paso en mi mente y por mucho que intento erradicarlo, me inunda su presencia con un regusto amargo. Gala aparta de mí sus ojos y sé que he perdido la oportunidad de replicarle.

Me alejo de ella con el consuelo de que hay pozos profundos en mi pasado a los que ni siquiera Gala puede llegar.

Día 134 – Encuentro furtivo –

Al salir del *Awakening* me pongo la cazadora gris y me despido de Irene y de Ángel sin entretenerme. Estoy de buen humor y quiero esforzarme por conservarlo todo lo que pueda. Llevo toda la mañana sospesando la idea de prepararle una sorpresa a Selene, algo que le haga especial ilusión. Mientras servía platos y fregaba mesas no tenía otro pensamiento en mi cabeza que no fuera hacerla un poco más feliz, encontrar cualquier cosa que la obligue a sonreír y la distraiga de la sentencia de prisión de su hermano.

Avanzo meditabundo por el arcén hasta que un golpeteo en el cristal de la parada del bus me distrae.

Me detengo desconcertado por el ruido y veo a Rous al otro lado del cristal. Está sentada en el banco, aparentemente esperando a que llegue el autobús, pero no puedo menos que sospechar que es una extraña coincidencia. Me hace un gesto para que rodee el vidrio que nos separa y dudo entre hacerlo o dejarla plantada. Me armo de valor y me planto delante de ella que se ha puesto en pie y me espera con las manos escondidas en los bolsillos de su abrigo negro.

—No esperaba verte por aquí —me saluda con una sonrisa acogedora.

—Iba de camino a casa. ¿Necesitas algo?

—Sólo quería saludarte, me parece lo más normal del mundo. Al fin y al cabo, hemos sido amigos mucho tiempo.

—Sí, lo fuimos.

—¿Y qué hay de tu vida ahora, Axel? ¿Por qué no me cuentas qué tal te van las cosas?

Los ojos de Rous me traspasan como si pudieran introducirse en mi mente y controlarme. No debo darle tiempo, no puedo permitirle que

se acerque a mí y apele a mis sentimientos, no puedo dejar que mi corazón me traicione y se aproveche de él para manipularme.

—Tal vez en otra ocasión, Rous —me despido alejándome de ella.

—¿De verdad te vas a ir, Axel? —algo en su voz me paraliza—. Hace mucho que no nos vemos, ni siquiera he tenido la oportunidad de hablar contigo. Puede que hayamos tenido algunos problemas, pero sigues siendo alguien importante para mí.

—Ojala yo pudiera decir lo mismo.

—Puedes decir lo que quieras, pero hemos pasado por muchas cosas juntos como para me crea que lo has olvidado todo —su tono de voz se ha vuelto más persuasivo, más incitante—. ¿En quién te has convertido, Axel?

—En alguien muy diferente a quien tú conocías —repongo con un hilo de voz.

El autobús anuncia su llegada y se detiene frente a la parada abriendo las puertas. Rous le dedica una mirada desdeñosa al vehículo y luego vuelve a contemplarme con un brillo intenso en los ojos que anuncia algún tipo de artimaña.

—¿Qué tal si me acompañas hasta la próxima parada? —me ofrece.

—No.

—Sube —me ordena.

No sé qué es lo que me impulsa a obedecerla, pero subo al transporte y la sigo hasta la última hilera de asientos. Cuando se acomoda en la butaca me hace un gesto para que me siente a su lado. Todavía absorto por la confusión de mis pensamientos, veo desdibujarse las calles de Stella a través de la ventana que queda detrás de Rous. Ella me observa atentamente y poco a poco consigue toda mi atención, que resiga con mi mirada cada una de sus facciones y rememore desde el tacto de su cabello hasta el gusto de sus labios.

—¿Eres feliz, Axel? —me pregunta de repente.

—Sí, lo soy —le contesto sorprendido por la pregunta.

—Eso es lo importante. Me alegro de que hayas rehecho tu vida y hayas encontrado tu propio camino a seguir, aunque eso, al parecer, me excluya completamente a mí —la escucho y me hace dudar, no sé si está siendo sincera o sólo camuflando lo que siente de verdad—. Sólo quería que supieras que no hace falta que huyas de mí, no voy a perseguirte. Entiendo porque te fuiste y soy consciente de lo que hice mal.

—Y eso en realidad no cambia absolutamente nada —mascullo.

—No soy tan mala como tú crees.

—Te recuerdo que te conozco muy bien.

—Quizás, no tan bien como conoces a Selene. Se llama así, ¿no? —me interpela fingiendo ingenuidad—. La he visto contigo muchas veces, creo que te ha cogido un cariño muy especial. Parece una chica buena, pero me pregunto si será tan noble como tú crees que es.

—Tiene mucho terreno ganado si la comparo con el resto de chicas que he conocido hasta ahora —le espeto con una sonrisa eclíptica.

—Lo entiendo, no es asunto mío. Aun así, no puedo dejar de preocuparme por ti.

—Tú siempre sabes como hacer laberintos con las palabras. ¿Para qué querías que subiera a este bus, Rous?

—¿La verdad? Tengo un compromiso y no quería ir sola hasta la siguiente parada. Al verte he pensado que podríamos tener la ocasión de charlar un rato y de paso que pudieras ver a otro conocido tuyo —su sonrisa no tiene ningún tipo de hipocresía, es afilada como el filo de un cuchillo—. Creo que él también se alegrará de verte.

El bus se detiene y Rous se levanta para dirigirse a la puerta de salida. Cuando esta se abre, tengo la oportunidad de ver a Roy esperando pacientemente con una expresión que se va agriando progresivamente al verme. Rous se detiene antes de bajarse y me dedica una última sonrisa.

—Estoy segura de que volveremos a vernos —me dice.

Día 139 – La amenaza –

A medida que han ido pasando los días he conseguido reponerme del encuentro con Rous Vergant. Es cierto que ya no me influye tanto como antes, pero tenerla cerca sigue siendo peligroso. Me gustaría sentir por ella la misma indiferencia que siento por Gala, pero no lo consigo. Si aquel encontronazo me afecto, todavía lo hizo más el hecho de no decirle nada a Selene incluso cuando me preguntó directamente que me pasaba. Su madre todavía no ha despertado del coma, quizás nunca se reponga, pero mientras tanto, tiene que lidiar con los sentimientos encontrados de que su hermano esté en la cárcel. No me parece justo que también tenga que hacerse cargo de mis problemas, complicaciones a las que siempre he podido enfrentarme solo.

No me sorprendo cuando Rous entra en el Awakening y se acerca a saludarme. Selene está sentada a mi lado, ha venido a desayunar al bar como suele hacer todas las mañanas después de terminar su turno de trabajo, y aunque nunca antes ha visto a Rous, veo que de alguna manera intuye quien es.

—Buenos días, me llamo Rous Vergant —se presenta mirando a Selene—. ¿Hay sitio para alguien más?

Kenzo no está, no suele aparece los fines de semana, así que Rous ocupa su lugar en la mesa sin más ceremonia. Me avisó que volvería y lo extraño habría sido que no cumpliera su palabra. Sé que tiene un interés especial por Selene, quiere saber cuan profunda es mi relación con ella, desde cuando me conoce e incluso hasta si hemos llegado a algo más. A estas alturas ya debe saber que es mi compañera de piso, quizás es probable que hasta donde trabaja o quien es Kenzo. Rous quiere tener el control absoluto, llevar las riendas sin mancharse las manos.

—¿Vas a tomar algo? —le pregunto levantándome del asiento con

el mayor civismo posible.

—Hay tantas cosas que me gustaría tomar, Axel —dice en un suspiro, apoyando la cabeza en una mano.

Selene pega un golpe con el vaso de su bebida en la mesa como si se le hubiera escurrido entre los dedos, pero ha sido claramente intencionado.

—Creo que puedo hacerte una recomendación —le contesta ella con una voz tranquila, demasiado tranquila—. Creo que para alguien como tú irá bien un cóctel, una mezcla bien preparada de vodka, whisky, margarita y ginebra. Axel también podría añadirle un poco de salfumán del que usa Irene para dejar blancas las juntas de los azulejos, puede que hasta te siente bien.

—Ya veo... —Rous, a diferencia de Gala, sabe como encajar un ataque. Con la barbilla alzada y los ojos entrecerrados, se levanta de la silla—. No quiero molestar si no soy bienvenida. Sólo había venido a ver a Axel.

—Gracias por tu visita —expreso con los labios apretados.

—También venía a recordarte que hay algo que me debes, algo que tiene que ver con una grabación, ¿te suena? —añade a modo de amenaza—. Puesto que este no parece un buen momento, creo que deberíamos quedar otro día para hablar de ello, a no ser que no te importe que lo discutamos delante de Selene.

Me sonríe sin reservas, una sonrisa aparentemente tan amigable como mortífera. Era de esperar que Rous no hiciera otra cosa que mentir en el bus, lo único que quería era información. Tengo que deshacerme de ella, alejarla de una vez por todas, pero tampoco puedo permitir que haga daño a Selene ni que destruya la relación que tengo con ella.

—Creo que eso es un asunto privado —asevero con frialdad.

—Lo suponía. Mañana tengo el día libre y no creo que vaya a tener nada importante que hacer. ¿Te parece bien que nos veamos en el parque que está a las afueras de Stella sobre las nueve? Seguro que lo recuerdas, era donde íbamos cuando nos saltábamos las clases en la

época del instituto.

—Allí estaré.

Rous se marcha sin decir nada más mientras Selene me acusa con la mirada.

Día 140 – Irreemplazable –

Stella es una ciudad enorme, quizás más grande de lo que yo mismo sepa. Siempre he sido un chico de las afueras, al igual que mi familia y amigos, por lo que desconozco los círculos por los que se mueven los que están más altos en la escala social. Para mí la periferia de Stella está llena de encanto, desde sus edificios a medio construir hasta el río y la naturaleza agreste que la rodea. En el centro de la ciudad no hay bares como el Awakening ni cafeterías como Rayo de Luna, la gente allí es más estirada y tiene una actitud más frívola respecto a todo.

—¿Recuerdas la tardes que pasábamos aquí? —me pregunta Rous mientras se balancea en unos de los columpios del parque—. Deseábamos que fuera verano para poder escapar de las aburridas clases y venir a este lugar.

He llegado puntual al encuentro y Rous sólo se ha demorado algunos minutos más. Al primer vistazo he sabido que no venía con la predisposición de enfrentarse a mí, su actitud más bien roza la melancolía desde que nos hemos saludado. Un día se comporta como un amante, otro como una vieja amiga, después ataca con una vil amenaza y finalmente se dedica a abrir el álbum polvoriento de los recuerdos. Me pregunto si hay en Rous algo que no sea una mentira.

—¿Me has citado aquí para hablarme del pasado? —demando con impaciencia.

—Te he pedido que vinieras para tener la oportunidad de arreglar las cosas —la observo como si me hubiera insultado y aprieto con fuerza la mandíbula. Ella deja de columpiarse y frunce el ceño—. No me mires así, es la verdad. Siento haberte dicho lo que te dije en el restaurante, pero no había otra forma de lograr que me escucharas.

—Ah, muy tuyo eso de que le fin justifica los medios.

—No voy a tomar la molestia de negarlo —admite sin

remordimientos—, pero estaba desesperada y no tenía otra opción.

—Todavía no he aceptado oír ninguna de tus excusas.

—Durante mucho tiempo he vivido de excusas, Axel —se aproxima hasta que unos pocos centímetros nos separan. Su aroma a tierra húmeda y flores me embriaga haciendo que se me acelere levemente el pulso—. Realmente creo que no lo debo hacer tan mal, sigo viva y libre después de todo.

—Jamás me atrevería a menospreciar tu ingenio, Rous —le digo con una burla solapada.

—Te prometo que esta vez vengo de frente, no quiero que quede ningún cabo suelto. Desde el día en que te fuiste he estado preguntándome una y otra vez que nos pasó, como pudimos permitir que las cosas se torcieran tanto como para separarnos —me pone una mano en la mejilla y quiero apartarla, pero me contengo y me concentro sus ojos espumosos y de un marrón vivo—. Axel, tú y yo no estamos hechos para separarnos. Sé que he hecho las cosas más, muy mal, pero no me reemplaces por esa estúpida de Selene.

—Ella no es estúpida —protesto.

—Y yo soy irreemplazable —su mirada se endurece—. Por favor, Axel, dame una oportunidad. Tengo derecho a cambiar, tengo derecho a arrepentirme y a huir de mi pasado igual que lo haces tú.

—No tengo motivos para creerte, Rous.

—¿Ni siquiera cuando llevo tantos meses buscándote para pedirte perdón?

—Me hiciste una promesa y consistía en que no me importunarías más, me dejarías reconstruir mi vida lejos de ti y lejos de todo lo que ocurrió.

—Lo he intentado, pero no puedo —los ojos de Rous se humedecen y algunas lágrimas se desbordan de sus párpados—. Te quiero, Axel.

Quiero resistirme, pero no logro apartarla de mí. Rous me abraza y yo le correspondo muy despacio, sin convicción. Su cabello rizado como hilos de cobre me acaricia el rostro y noto su temblor, su

aparente fragilidad entre mis brazos. Trato de buscar una respuesta lógica, una salida a la situación en la que me encuentro, pero sólo encuentro más confusión.

—Rous, literalmente eres mi perdición —suspiro.

Día 141 – Preocupación –

Me coge por sorpresa que al entrar en casa Selene esté despierta, esperándome. Mi turno en el Awakening se ha prolongado hasta las dos de la mañana y estoy agotado. La observo y veo que está sentada en el sofá con las piernas cruzadas y una actitud muy a la defensiva. En vez de ignorarla, me siento a su lado y le paso una mano por el cabello dejando que este se escurra entre mis dedos. El gesto parece complacerla porque su expresión se dulcifica y apoya la cabeza en mi hombro.

No está enfadada, está preocupada.

—Es muy tarde, deberías estar durmiendo, luna —le ronroneo al oído.

—Estaba inquieta, no sabía si te habrías ido a dar una vuelta por ahí.

—¿Con Rous? —aventuro—. No, Selene. A ciertas horas de la noche los niños malos tenemos que estar recogiditos en casa.

—Desde que ella apareció no estás igual, estás más nervioso, no eres tú mismo —se separa para poder mirarme—. No quiero que esa bruja se aproveche de ti, Axel.

—Entiendo que tengas una mala opinión de Rous, yo también la tengo.

—¿Entonces por qué vas a verla cada vez que te lo pide?

Se me atragantas las palabras y la acaricio sin saber que responder.

—Es complicado —me excuso finalmente.

—Tuve una extraña sensación cuando la vi —su tono de voz se vuelve casi un susurro y sus ojos se oscurecen—. Rous es como la noche, fría y despiadada. Recuerda que cuando es de noche, el sol no brilla, Axel.

—Lo sé.

—Y aun así, volverás a verla… —comenta con pesar.

—Probablemente —admito compungido—. Rous no es de esas personas de las que te puedes librar fácilmente.

—Cuando te conocí querías empezar de cero, querías huir de Gala, de Roy… pero sobre todo de Rous —me señala intentando sugestionarme—. Axel, han pasado muchos días desde que entré en el Awakening con un currículum en la mano. Te he visto luchar mucho desde entonces y te he ayudado en todo lo que he podido. No se lo pongas tan fácil ahora.

—No tengo intención de hacerlo.

—Yo también necesito de tu tiempo —me reclama—. Mañana me gustaría que saliéramos a dar una vuelta por Stella, hace mucho que no lo hacemos.

—Tengo planes… —Selene abre la boca lista para protestar hasta que añado—: con Kenzo.

—¿Vas a salir por ahí con Kenzo? —me interpela pasmada.

—Estoy seguro de que eso te alegra.

—Ya sabes que opino que puede ser un buen amigo para ti.

—Parece un buen tipo —reconozco—, pero no creo que lleguemos a ser amigos. Ya sabes que soy un tipo antisocial.

—Yo llegué a ser tu amiga —repone con pestañeo coqueto.

—Eso, Selene, es porque eres muy especial.

Día 142 – Mirada interior –

Kenzo me sigue ágilmente mientras avanzamos por el sendero sorteando algunas piedras. Al norte Stella hay algunas montañas bajas a las que se puede subir fácilmente a pie. No sé si será cosa de Selene, pero Kenzo parece empeñado en solventar la distancia que impongo entre nosotros. Quizás, sólo es una impresión mía, pero diría que padece de la misma clase de soledad que yo, al menos eso es lo que he podido apreciar en los días que hace que lo conozco.

Es un chico tímido, más de lo que puede parece a primera vista, pero se esfuerza en hablar. Es sorprendentemente variado, no se limita a hablarme de fútbol y de mujeres, tiene un argumento con el que corresponder a casi cualquier tema que surge. Parece tener un especial interés en mí y me pregunto por qué, a mí nunca me ha gustado que me hagan preguntas personales y trato de que eso sea evidente.

Bueno, en su caso casi prefiero que pregunte, es más sencillo que tener que hablar yo.

—La chica del otro día en el bar… ¿Quién era? —me interroga cuando vamos por la mitad del ascenso.

—Se llama Gala Prior —me limito a decir.

—Es muy guapa —comenta.

—Suerte de eso, de lo contrario creo que se acabaría suicidando.

Kenzo suelta una risotada. Creo que empieza a acostumbrarse a mi humor macabro y tampoco me sienta mal que pregunte por Gala, en realidad me parece lógico. Supongo que puedo hacer esa clase de concesiones con él, no parece que su curiosidad tenga un mal fondo.

—No te cae bien —advierte aún divertido.

—¿De verdad se me nota tanto? Adoro a esa chica.

—La estuve mirando un rato mientras estuvo en el Awakening y

creo que tiene un serio problema de orgullo. No sabría decirlo... Es realmente hermosa, pero tiene una actitud que echa para atrás.

—No siempre fue así, hubo una época en que era amable y brillaba más.

—¿Tuviste algún tipo de relación con ella?

—Algo así —me atengo a responder.

—Las mujeres son muy complicadas, prefiero los coches —se mofa—. He tenido algunas novias, pero sigo prefiriendo mi coche. No me grita, no me es infiel, no se queja cuando me monto encima y además me lleva a los sitios.

—Selene intentaría ahorcarte si te escuchara hablar así —me río.

—La quieres, ¿verdad?

Me detengo y le dirijo una mirada severa. Kenzo muda de expresión ante mi reacción e intenta disculparse por la pregunta, pero no le dejo hablar. Me encojo de hombros restándole importancia y sigo caminando.

—Kenzo, le tengo un gran cariño a Selene, pero dudo que pueda querer nunca más.

—Yo creo que sí podrías —se atreve a decir.

—¿De verdad lo crees? Bueno, si algún día me enamoro, te buscaré y te daré la razón.

—Trato hecho —acepta él con una sonrisa confiada.

Día 143 – Recuerdo material –

Rous vive también en las afueras de Stella. Su casa es un entorno familiar para mí, un lugar al que viene a buscar refugio muchas veces cuando las discusiones con Gala me sobrepasaban. Sigue teniendo el mismo aspecto, los ladrillos amarillos y los grandes ventanales, el balcón lleno de flores y las cortinas violetas que señalan cual es la habitación de Rous. Sus padres casi nunca están, suelen trabajar fuera de la ciudad y vienen a altas horas de la noche. También tiene una hermana diez años mayor, Eva, que tuve la oportunidad de conocer ya hace tiempo.

Cuando aparece por el portal, exhalo todo el aire que tengo en los pulmones.

Lleva el mismo abrigo negro que el otro día, sabe que le sienta muy bien ese color, y los labios y las uñas rojos, como de costumbre. Rous nunca ha sido tan espléndida como Gala, pero tiene algo exótico y sensual que no deja indiferente.

—¿Quieres que te diga un secreto? Estoy nerviosa —me dice cuando empezamos a caminar en dirección a nuestro destino.

—¿Nerviosa? Dudo que tú sepas cuál es el significado de esa palabra.

—Axel eres infinitamente sexy cuando te pones borde.

—Ahora creo que soy yo el que no conoce el significado de esa palabra.

—Significa algo así como: “me encantaría verte desnudo” —murmura aproximando sus labios a mi oreja.

—Y yo que creía que iba a ser un paseo tranquilo —resoplo con una media sonrisa.

—Vamos a nuestro lugar secreto, sólo intento preparar el ambiente

para la ocasión —manifiesta con una voz sugerente.

—¿Ahora le llamas “lugar secreto”?

—¿Y cómo quieres que le llame sino? ¿Te gusta más: “sitio donde tuvimos sexo por primera vez”?

—Rous... —mascullo su nombre avergonzado.

—No te abochornes tanto, para mí esa experiencia es una de las mejores que he tenido, es como un recuerdo material al que puedo aferrarme.

—Llamarlo material es una forma muy elegante de decirlo.

—Hay tantos nombres para designar una sola cosa... Incluso a donde vamos, detrás de los pabellones junto al margen del río, antes de que fuese nuestro lugar secreto, solíamos ir allí con Gala y Roy.

—Me acuerdo de eso. La primera vez que fuimos tú te caísteis al río.

—Ya veo de lo único que te acuerdas —bufa de buen humor.

—Me reí muchísimo ese día —reconozco rememorando el suceso.

—¿No lo echas de menos, Axel?

—¿A qué te refieres concretamente?

—A todo. Nuestro grupo, nuestras aventuras, nuestras salidas nocturnas, a mí...

Me quedo en silencio y medito en su pregunta. Después de recordar muchas cosas de las que he vivido a través de Rous no puedo menos que sentir melancolía, pero... ¿Añoranza? Quizás la habría llegado a sentir si no hubiera conocido a Selene, pero ella me enseñó el resto de colores que componen el mundo, me enseñó que las personas buenas existen...

—Francamente, Rous, no.

Día 144 – Accidentado –

He desayunado en Rayo de Luna sin Selene por primera vez. Aunque mi relación con Rous no se acerca ni por asomo a lo que fue una vez, siento que mientras más me acerco a ella más me alejo de Selene. Eso me produce un ligero dolor en el alma que hacía mucho que no sentía. Ella no se merece que la desplace de su lugar en mi vida alguien como Rous, pero por ahora debo seguir viéndola.

Gala tiene la grabación y seguramente Roy también. Antes de que me cambiara de vivienda y me marchara, sólo Rous la tenía en su poder. No sé cómo ha podido caer en otras manos, dudo haya dejado que Gala se apodere de un vídeo que la compromete tanto como a mí. Alguien más tuvo que estar presente aquella noche, alguien que no logro recordar…

He quedado con Rous cerca de la estación y tengo la intención de descubrir los detalles que pasé por alto de aquel fatídico día. No me lo tomo como un asunto a la ligera, si quiero ser libre de verdad tengo que saber que se grabó exactamente y quien más tiene copias. Tengo que erradicar cualquier vestigio de la misma manera que quemé las fotos y escondí mis recuerdos.

Cuando llevo más de media hora esperándola, recibo un mensaje suyo diciéndome que no puede acudir a nuestro encuentro. Una creciente rabia se apodera de mí y maldigo en voz alta. Es como si Rous supiera que estaba preparado para interrogarla y hubiera decidido evitarme.

Irritado y decepcionado por la cita anulada, emprendo en camino en dirección al Awakening dispuesto a empezar antes de tiempo mi turno de trabajo. Con suerte, Irene y Ángel me distraerán lo suficiente como para que se me pase el mal humor.

—Mira por donde —dice una voz familiar.

Roy está parado a unos pocos metros por delante de mí. Está igual que tiempo atrás, alto y rubio como la paja, con unos ojos del color de la miel corrompida. Su atuendo sigue siendo más desenfadado que el que Rous y yo solíamos llevar, una cazadora de color caqui y un polo de color crema junto a unos tejanos desgastados. Su expresión es tan cínica como el último día que lo vi y con un leve deje de amargura.

—Roy —lo saludo.

—Detrás de ti —dice señalando la boca de entrada a los andenes de la estación.

Me giro y sólo veo una escalera vacía de gente. Antes de que pueda volverme para verle o de que me dé tiempo a reaccionar, noto las manos de Roy sobre mi pecho dándome un empujón rápido y fuerte. Trastabillo hacia atrás sin nada a lo que aferrarme y percibo como mi talón se inclina al dar con un escalón y me caigo.

Ruedo por las escaleras.

Día 145 – Una disculpa turbia –

El sonido insistente del timbre hace que me despierte con un agudo dolor de cabeza. Por la poca luz que entra por las ventanas, deduzco que ya debe estar anocheciendo y me pregunto quién tiene tanta prisa en que abra la puerta. Selene no debería volver hasta la mañana siguiente, está noche ha decidido pasarla junto a su madre en el hospital, y en cualquier caso tiene llaves de casa.

Me levanto de la cama con esfuerzo y dolor.

Una vez he cogido el aliento suficiente, cojeo hasta la muleta que está apoyada en la jamba de la puerta de mi habitación. Ante la ausencia de Selene y el esguince de la rodilla después de la caída, he decidido apoderarme de mi cama otra vez. He tenido que insistir mucho para convencerla de que se marchara al hospital, no quería dejarme solo en mis condiciones. Podría haber sido peor, mucho peor, si Roy me hubiera empujado con más fuerza o yo hubiera caído con más mala suerte. No le he dicho a Selene la verdad, no podía hacerlo, le he contado que fue un accidente y creo que me ha creído.

Al abrir la puerta de mi hogar me encuentro con Rous esperando con la cabeza gacha, apoyada en una pared y una elegante bolsa de color fucsia en la mano. Trato de cerrar la puerta de inmediato, pero ella reacciona con rapidez e impide que se cierre del todo con el tacón de su pie izquierdo.

—He venido a verte —me dice con una expresión severa.

—No estoy en condiciones para recibir visitas —le respondo con mordacidad.

—Oye, lo siento —sopla y se aparta algunos rizos de su cabellera hacia atrás—. No tenía ni idea de que Roy estuviera por allí, te lo juro. Fue cosa suya eso de tirarte por las escaleras, me enteré mucho más tarde.

—Pues veo que estás bien informada —le espeto.

—Roy es mi amigo, acostumbro a hablar con él todos los días. Ayer estaba entre eufórico y nervioso, deduje que había maquinado alguna cosa. Tardé un poco en sonsacárselo, pero al final me confesó lo que te había hecho —me dirige una mirada apenada, lastimosa—. Lo siento, lo siento mucho, pero te prometo que no tengo nada que ver, yo nunca te haría daño, Axel.

—¿Y cómo se supone que sabía que yo estaría en la estación? —la cuestiono.

—Eso sí es culpa mía —admite—, le dije que había quedado contigo.

Aporreo la puerta con rabia, abriéndola de golpe, y noto el retumbo expandiéndose por toda la pared. Me introduzco en el interior de mi vivienda y Rous me sigue sin hacer ruido, cerrando la puerta tras de sí. Me siento de mala gana en el sofá y tiro la muleta al suelo de donde ella la recoge y la coloca junto a la mesa con pasividad. Nos aguantamos la mirada un periodo de tiempo prolongado y Rous absorbe toda mi agresividad sin la menor pizca de remordimientos.

—¿Qué haces aquí, Rous? —le pregunto finalmente.

—Quería saber si estabas bien. ¿Tanto te cuesta creer que me preocupo por ti?

—No me hagas contestar a esa pregunta.

Resopla con irritación y se acerca hasta uno de los muebles de la cocina. Empieza a abrir armarios y cajones sin pedir permiso hasta que localiza dos copas de cristal que parecen ser de su gusto. Las deja encima de la mesa y de la bolsa de color fucsia que traía consigo, extrae una botella de champán.

—No sabía que fuéramos a celebrar algo —mascullo.

—Si lo prefieres podemos llorar por algo, al fin y al cabo, el alcohol sirve para ambas cosas —me tiende la botella y la observo sin cogerla—. ¿Puedes hacerme el favor de abrirla?

—No me gusta el champán.

—Como si eso importara.

—Bueno, éticamente no —corroboro aferrando la botella con una mano y abriendo el tapón con la otra—. La última vez fue whisky del caro, lo bebimos a morro sin miramientos. ¿Desde cuándo te has vuelto tan fina?

—Yo siempre he sido fina —repone sin dejarse picar.

—Algo se te tenía que pegar de Gala —prosigo sin contenerme. La sonrisa se le crispa en los labios—. Antes pasabais todo el tiempo juntas, pegadas la una a la otra como si fuerais hermanas. ¡Qué gran amistad se ha disuelto en el tiempo!

Rous enmudece hasta que termina de llenar las copas. Me tiende una de ellas y la acepto contemplando como se agita el líquido dorado en su interior. Me gusta tener copas en casa, una costumbre que adquirí de mi madre y más tarde de Gala, les gustaba disfrutar mientras bebían y afirmaban que sólo podían hacerlo si era en el vaso adecuado.

—Tú lo has dicho, es una amistad disuelta —manifiesta después de dar el primer sorbo a su copa—. Gala fue una amiga magnífica, quizás la mejor que haya podido tener en mi vida, pero eso ya es agua pasada. Tuvo su ocasión de enmendar las cosas, pero resulto ser una traidora.

—¿Gala te traicionó? —inquiero interesado.

—Supongo que fue una especie de venganza —sonríe pagada de sí misma—, creo que ella consideró que la traicionamos primero.

—Aja.

Sigue hablando de algo más, pero por mucho que me esfuerzo por prestar atención, mi mente comienza a divagar. Apenas percibo como Rous sonríe mientras la cabeza me da vueltas y los ojos se me cierran empujados por un sueño anormal.

Día 146 – Juego sucio –

Cuando recobro la consciencia, me encuentro en el sofá tumbado y con las piernas en alto, la rodilla lesionada y enyesada sobre un cojín. La luz entra por la rendija que han dejado las persianas a medio bajar y comienzo a comprender que he dormido profundamente durante toda la noche y ya ha comenzado un nuevo día.

Un ruido llama mi atención y veo la puerta del baño abrirse. Rous sale de él envuelta en una nube de vapor y con mi albornoz blanco alrededor de su cuerpo. Al verla, me desconcierto y seguidamente siento una creciente rabia abriéndose paso desde mi interior hasta mi garganta.

—¿¡Se puede saber qué haces aquí!? —le grito.

Ella pestañea un par de veces al mirarme.

—Ayer se hizo un poco tarde y me tome la licencia de quedarme a dormir. Acabaste completamente dormido en el sofá, así que he usado tu cama.

—El champán —digo con la ira hirviéndome en los ojos—, le pusiste algo al champán.

—Me pareció que descansar un poco te iría bien —alega sin reparos.

Sería absurdo preguntarle de dónde sacó el somnífero o qué interés tenía en que me durmiera, Rous tiene medios para conseguir esa clase de substancias y seguramente debió añadirlo a la copa mientras estaba distraído. Ya no me importa saber cuál era su objetivo, lo que quiero es que se marche antes de que Selene vuelva a casa.

—Tienes que irte de aquí. ¡Ahora!

—¿Es por tu amiguita? Ya he visto sus cosas por tu habitación —apunta con una indiferencia postiza—. No tenía ni idea de que

hubieras decidido que viviera contigo una mujer.

—Eso no es asunto tuyo —le respondo tajante—. ¡Date prisa y sal de aquí!

Rous no se molesta en contestar a las voces que le doy, en vez de eso, entrecierra los ojos como los de un felino y deja que albornoz resbale por su cuerpo como si fuera una caricia sensual. Ante mis ojos atónitos aparece su figura desnuda y no puedo hacer otra cosa que no sea contemplarla. Mi cuerpo reacciona, responde al sentido de la vista al instante, pero me aferro con fuerza al sofá tratando de controlarme. Mi mente tiene memorizadas cada una de sus curvas y no puedo espantar el suculento deseo que me hace relamerme en mi fuero interno.

—Bueno, será mejor que me vista —determina Rous con una sonrisa morbosa.

Se da la vuelta y se interna en mi habitación dejando la puerta abierta. Tengo que cerrar los ojos y esperar varios minutos hasta que mi pulso se va desacelerando y mi deseo lívido de perseguirla va menguando. Cuando vuelve a salir, ya vestida, su expresión es de completa satisfacción al evaluar mi reacción.

—Como te gusta jugar sucio —mascullo.

—Los que juegan limpio nunca llegan demasiado lejos —dice con un ronroneo de placer—. No sé cómo puedes controlarte, yo apenas puedo. Cada vez que te veo no puedo evitar recordar, sentir un inmenso deseo de redescubrir el sabor de tu cuerpo.

—Preferiría evitarlo —disiento con cierta contrariedad.

—Axel, tu cuerpo es mío. Recuérdalo siempre.

Antes de que me dé tiempo a formular una enérgica protesta, oigo como la puerta del vestíbulo se abre al girar las llaves con un suave chasquido. Selene entra con una sonrisa cansada, agotada después de haber pasado la noche entera en el hospital, pero su expresión se desdibuja a medida que va comprendiendo la escena. Su mirada se clava primero en Rous con ofuscación y después en mí con una mezcla de decepción y enojo.

—Buenos días, Selene —murmuro, y al hacerlo noto que me quedo sin aliento.

Día 147 – Ultimátum –

Intento coger a Selene del brazo, pero me rehúye mientras deposita su ropa encima de la cama. Antes de que llegara, no había tenido la oportunidad de ver el desbarajuste que había causado Rous en mi habitación. Había estado hurgando en los cajones y esparciendo la ropa de Selene como si fueran trapos por toda la estancia.

—Déjame que te ayude —insisto una vez más.

—Axel, lárgate.

—¿Se puede saber por qué no vuelves a poner la ropa en su sitio? —inquiero.

—No voy a quedarme.

Su declaración me duele como si se hubiera desgarrado un fragmento de mi corazón.

—Selene, yo no la invite a quedarse.

—Tampoco impediste que lo revolviera todo —me espeta sin mirarme.

Es evidente que está enfadada, pero se mantiene muy serena en comparación con el grado de indignación que siente realmente. Eso me da miedo, prefiero que Selene explote y tenga la oportunidad de hacerle frente antes que recibir las puñaladas de su ira sosegada. Me siento junto al montón de ropa que está haciendo encima de la cama y la contemplo moverse de un lado a otro sin prestarme atención.

—Me quedé dormido —empiezo a decir—. Creo que Rous me puso algún tipo de somnífero en la bebida para que no viera lo que hacía. Debía estar buscando algo en los cajones que no encontró.

—Yo creo que sólo lo hizo por diversión —discrepa. Se detiene y me mira con los ojos en blanco—. Un segundo, ¿has dicho un somnífero? —niega varias veces con incredulidad—. Francamente,

alucino. Primero se dedica a montar numeritos y a amenazarte, después se hace pasar por una amante apasionada, continúa tirándote por las escaleras y finalmente te droga para saquear tu casa.

—Rous no me tiro por las escaleras —la corrijo.

—Sí, claro. Seguro que ella no tuvo nada que ver —opina con mordacidad.

—Oye, ya te he dicho que lo siento.

—¿Qué lo sientes? —se planta delante mío temblando de rabia— ¿Te has vuelto tonto de golpe? Desde que Rous ha vuelto de nuevo a tu vida no haces más que meterte en problemas, no me cuentas nada y encima la defiendes... ¿Se puede saber dónde está el Axel que conocí? ¿Se puede saber dónde está mi amigo, mi...?

Enmudece antes de terminar la frase.

—Selene, tiene una explicación —le aseguro—. Sólo dame algo de tiempo.

—A mí no me debes explicaciones Axel, puedes hacer lo que quieras.

—Lo que quiero es que no te vayas —le digo intentándola hacer entrar en razón—. Sé que la he fastidiado mucho con Rous, pero no quiero perderte por ella, no quiero tener que discutirme contigo por alguien tan... tan ruin. Por favor, escúchame —le pido esforzándome por reclamar su atención—. Si quieres que no la vuelva a ver, no lo haré. Se puede ir a la porra sin problemas.

—¿Crees que es eso es lo que quiero? —enarco una ceja y ella hace el ligero amago de una sonrisa—. Está bien, lo admito, eso es precisamente lo que quiero.

—¿Me perdonas? —la interpelo esperanzado.

—Sólo si de verdad cumples lo que me has dicho —acepta con los labios fruncidos—. Puedes quedarte con Rous si quieres, no es asunto mío, pero si ella está en tu vida, yo prefiero mantenerme lo más lejos posible.

—Me encargaré de que eso no suceda —le aseguro.

Día 150 – Días contados –

Tengo que esperar algunos segundos antes de que Rous descuelgue. He estado preparándome para el momento, eligiendo las palabras adecuadas para decirle que no quiero volver a verla más... y está vez, para siempre. Escucho su respiración a través del auricular justo antes de que comience a hablar.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas —dice a modo de saludo.

—No tenía ningún motivo para hacerlo.

—Entonces me lo tomaré como una mejora respecto a nuestra relación.

—No exactamente —cojo aire y me mentalizo para lo que viene a continuación—. No quiero andarme con rodeos, Rous. No te negaré que he revivido buenos recuerdos estando a tu lado estos días, pero se ha acabado. Creo que te lo dejé claro la última vez que nos vimos antes de que me marchara, antes de que me mudara y me esforzara por borrar cualquier rastro mío de tu vida. No quiero volver a verte, ya no puedes formar parte de mi futuro, Rous —al otro lado de la línea sólo hay silencio—. Te conozco y nunca, absolutamente nunca, me has hecho caso cuando te he pedido algo con lo que no estabas de acuerdo. Escúchame bien esta vez, no tengo ganas de jugar más ni de que me persigas. Lo que ocurrió no quiero que me atormente para siempre, quiero dejarlo enterrado en el pasado y para eso tengo que enterrarte a ti junto con el recuerdo.

—Qué bonito discurso —farfulla.

—Lo siento, Rous.

—No hace falta que lo sientas —dice sin amedrentarse—. Me parece bien que intentes reconstruir tu vida, pero yo recuerdo que me hiciste una promesa, me diste tu palabra de que nunca me

abandonarías cuando te necesitara.

—Tú no me necesitas, Rous.

—¡Claro que sí! Ni siquiera sabes porque puse tanto empeño en venir a buscarte.

—Quizás deberías decírmelo —le insto sin mucha convicción.

—Además, hay cosas de las que no se puede huir —dice tomando otra dirección en la conversación—. Puedes hacer lo que quieras con tu vida, puedes irte a la otra punta del mundo, pero nunca podrás borrar lo que ocurrió. Eso lo sabes tan bien como yo, Axel.

—Y a ti simplemente eso no te importa.

—Tenemos formas diferentes de afrontarlo, pero eso no significa que no me afecte. Tú deseas que el recuerdo desaparezca, erradicarlo de tu pasado como si nunca hubiera ocurrido. Yo asumo lo que hice e intento seguir adelante con la cabeza bien alta y sin castigarme por ello.

—Supongo que debería admirarte —me burlo.

—Lo que quiero decir es que para seguir adelante te necesito a mi lado —me dice con un ruego implícito en su voz, una persuasión a mis sentimientos.

—Lo lamento, Rous, pero vas a tener que hacerlo sola —declaro manteniéndome firme.

—No puedo hacerlo sola, Axel. Yo... —se le quiebra la voz y escucho el sonido de sus gimoteos, como si hubiera empezado a llorar o estuviera a punto de hacerlo—. Sé que no querías que te buscara, sé que querías que te dejara en paz, pero ahora estoy sola. No tengo ya a mi mejor amiga, Roy volverá a Londres de aquí a unos días... y estoy enferma. Tengo los días contados.

—¿Enferma? —repito sin comprender.

—No soy estúpida, Axel. Soy muy consciente de lo que hago bien y de lo que hago mal, sé que te he traído muchos problemas y sé que no me merezco ninguna oportunidad por tu parte, pero necesito... —se entrecorta con un sollozo—. Aunque todo sea una mentira, necesito

creer que estamos bien, que podemos estar bien. No quiero morirme dejando tantas heridas por cerrar.

—Rous, ¿se puede saber de qué estás hablando? —inquiero con brusquedad.

—Axel —intenta serenarse y controlar el llanto—, me han diagnosticado cáncer terminal. Voy a morirme.

Día 168 – El trance de la tristeza –

Stella es una ciudad fría, pero hacía muchos años que no nevaba. Al salir de casa me ha parecido una especie de señal del cielo, un recordatorio de las cosas vividas y las que aún quedan por vivir. La melancolía no tiene forma, es algo abstracto, pero si tuviera que compararla con algo que se pudiera ver o tocar, la compararía con la nieve.

Selene ya me está esperando cuando llego. Está apoyada en un muro gris de cemento con las manos escondidas en el abrigo azul que lleva abrochado hasta el cuello. Se ha cortado un poco el pelo, ahora se le pueden apreciar ligeramente las orejas a través de los mechones suelos. El gorro que lleva también es azul, aunque casi tirando a turquesa. Tiene las piernas cruzadas y la mirada fija en el suelo donde se ha formado una aureola de nieve a su alrededor.

—Selene —la saludo cuando estoy a unos pocos metros de ella.

Alza la vista y al verme sonríe con calidez. Se alegra de verme, pero no hay ni rastro del entusiasmo con el que me inundaba días antes. Se aparta del muro y se acerca hasta mí, pero no hay más proximidad que esa, ni un beso, ni un abrazo... ni siquiera la mano. Hay una barrera helada entre los dos que no parece que se vaya a descongelar.

—He sido puntual, pero no puedo entretenerme mucho —me dice.

—No quiero hacerte perder el tiempo —le aseguro.

No me contesta, sólo empieza a caminar y yo hago lo mismo.

—Creo que querías decirme algo —murmura Selene sin detenerse.

—Sí, por eso te he pedido que vinieras —caminamos sin ir a ningún lugar en concreto sólo por evitar la incomodidad de hablar algo tenso estando quietos—. Creo que ya te conté algo sobre lo que tenía Rous. No será eternamente, no creo que dure mucho tiempo.

—¿A dónde quieres llegar? —me interroga.

—Me refiero a que cuando ella se vaya todo volverá a ser como antes, ¿no?

—Todo volverá a ser como antes... —repite en un susurro—. No lo sé, Axel. Teníamos trescientos días para arreglar el mundo, nuestro mundo, pero Rous ha vuelto a apoderarse del tuyo.

—Sólo es por un período de tiempo —insisto.

—¿Y qué pasa con ese tiempo? —Selene se detiene y me mira con los ojos vidriosos—. Puedo comprender tus sentimientos, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo con ellos. Puede que Rous se esté muriendo, pero la odio, la odio por robarme mi tiempo contigo y no soy capaz de pasárselo por alto.

—Selene, tú no...

—La odio —reitera conmocionada.

—Lo siento... Tú... Te debo mucho, Selene. No era más que un montón de escombros cuando me conociste, tú me fuiste reconstruyendo poco a poco y ahora... ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de ti?

—He perdido parte de mi luz porque mi sol ya no me alumbra —dice con un hilo de voz apenas audible—. Necesito tiempo, necesito tiempo para pensar en todo esto y para asumir lo que ha ido ocurriendo durante todos estos días que he pasado contigo.

—Selene, puedes volver a casa —le ruego—. Nadie volverá a tocar tus cosas, yo podré estar contigo y tú no tendrás que quedarte sola —ella está cabizbaja y no sé si me presta atención cuando le hablo—. Te fuiste de tu hogar, acudiste a mí porque me necesitabas, no puedes quedarte allí si no eres feliz.

—La vida avanza a veces por derroteros que no nos gustan —sus ojos marrones se fijan en los míos mientras una lágrima resbala por su mejilla—. Te lo advertí, te dije que yo no podía quedarme si Rous no se marchaba. Tú la sigues queriendo, Axel, no te esfuerces en negarlo porque sería una mentira. Ya han pasado muchos días desde que me

fui y por ahora no veo nada a lo que aferrarme para poder volver.

—Yo...

—Escucha —me insta poniéndome una mano en la mejilla—. No puedo volver a verte por ahora. Si supiera que puedo quedarme a tu lado y no morirme de amargura en el intento, te prometo que lo haría. Quizás, dentro de algunos días, cuando vayan avanzando las semanas, lo lleve mejor y podamos volver a vernos, pero por ahora esta será la última ocasión. Necesito que respetes eso.

—Selene, no logro entender por qué...

—Porque yo también te quiero —susurra apoyando su frente en la mía.

Se hace el silencio y la abrazo con fuerza. Ojala supiera que decirle o como responder, pero no hay respuestas a esas preguntas en mí. Yo no quiero a nadie, no de esa forma, no lo suficiente como para saberlo. Ahora sólo somos dos jóvenes abrazándose en una calle transitada sin que nada nos afecte, tal vez dentro de unos días sólo seamos un doloroso recuerdo el uno para el otro, un fragmento de vida perdido.

Día 172 – Lágrimas de tinta –

Estoy sentado frente al escritorio de mi cuarto donde reposa un papel escrito con mi caligrafía. Antes de conocer a Selene, solía leerlo todas las mañanas para encontrar las fuerzas necesarias, pero una vez que ella estuvo a mi lado, prácticamente me olvidé del texto. Ahora no hago más que leer la primera línea una y otra vez: "*No se puede tocar fondo en la ruina ni alcanzar el cielo en la gloria*".

La frase no hace más que retumbar en mi cabeza con un eco sordo hasta el punto de que deseo dormirme, evadirme de todo aunque sea por un rato. Como sé que es imposible que logre conciliar el sueño, cojo un bolígrafo y acaricio el papel con la otra mano. Quiero escribir, quiero dejar ir lo que siento, quiero llorar tinta porque no sé hacerlo de otra manera.

Empiezo a deslizar la punta del bolígrafo por la hoja:

"*Y todo se quiebra, todo se destruye. La vida entera se rompe a pedazos mientras la esperanza reluciente que me iluminaba se hace añicos y cae sobre los escombros que quedan de mí como una lluvia afilada. ¿Para qué alcanzar el cielo si nunca podré ser feliz como deseo? ¿Para qué hundirme en la ruina si nunca lograré tocar fondo? Sólo me queda la desesperación y la oscuridad, la luz roja del magma de mi furia interior, las lágrimas marginadas en medio de la noche y los recuerdos que se cubren de moho y se pudren en mi mente.*

Subir para caer desde más alto… Bajar para luego ascender a un punto mucho más bajo…

Y ya nada más".

Ni siquiera a través de las palabras logro encontrar la forma de expresarme ni de plasmar lo que siento. No me concentro, no tengo paz, no tengo ilusión…

No tengo a Selene.

Día 180 – Ausencia –

Todo bucle es infinito hasta que se cumple una condición que hace que ese bucle pare. Muchas veces buscamos esa nota discordante que rompa la melodía rutinaria de la que se compone nuestra vida, pero es normalmente cuando no la buscamos y de la forma que menos esperamos que se produce un pequeño cambio, un cambio minúsculo, pero capaz de cambiar de dirección el sentido de nuestra existencia.

A medida que han ido pasando los días, me he dado cuenta de que eso es precisamente lo que hizo Selene conmigo. Ella me encontró y dio un giro a mis planes, a mis ideales sobre mi futuro, pero lo hizo de una manera tan especial que ahora no sé como volver a ser quien fui una vez. Percibo su ausencia en cada rincón de mi vida: en el Awakening, en Rayo de Luna, en mi hogar… hasta espero verla por las calles cada vez que tuerzo una esquina. No obstante, Selene se ha ido y he perdido mi oportunidad a cambio de cuidar de Rous.

Estoy convencido de que he hecho lo correcto, lo correcto… ¿Entonces por qué el corazón me acusa como si fuera una tragedia?

Mi mente tormentosa no hace más que producir sentimientos nublados, mi soledad es el límite de mi propio mundo y mi tristeza sólo fabrica lágrimas de pesar que reafirman mi resolución.

Día 183 – Promesas marchitas –

El móvil empieza a sonar y miro con desidia la pantalla para averiguar quién es. Cuando leo el nombre de Rous, tardó un par de segundos en decidirme a descolgar. No me apetece hablar con ella, no quiero hablar con nadie, pero me obligo a hacerlo.

—¡Buenos días, Axel! —me saluda con un entusiasmo afectuoso.

—¿Qué tal Rous?

—¡Por favor! —exclama si perder el humor—. Alégrate un poco, no es el fin del mundo. Deberías olvidarte de Selene de una vez, te iría bastante mejor.

—¿Cómo ha ido en el hospital? —le pregunto ignorando su comentario.

—Bueno… Las pruebas no son concluyentes, pero están seguros de que me ha hecho metástasis —su voz baja hasta convertirse en un murmullo—. No quiero aceptar un tratamiento de quimioterapia si no va a servir para nada, no estoy dispuesta a pasar los días que me quedan sufriendo.

Intento ser objetivo con lo que me dice, mostrarme apático con Rous por haberme hecho perder a Selene, pero no lo consigo. Saber que se está muriendo me apena, me vencen los recuerdos de lo que una vez sentí por ella y aunque las promesas que nos hicimos tiempo atrás ya no tienen ningún valor, soy incapaz de abandonarla. Cada noche la veo en mis sueños, tan frágil como si estuviera hecha de cristal, partiéndose en mil pedazos tras mis párpados cerrados. No espero que Rous sepa como compensarme o entienda el valor de lo que le doy, pero incluso despreciándola y sabiendo que estoy desperdiciando cada instante que invierto en ella, el corazón me traiciona y la ayudo a pesar de que sigo lamiéndome las heridas que me infligió en el pasado.

—Yo también estoy cansado de sufrir, Rous.

—Lo entiendo... Dudo que tenga suficiente tiempo para poder pagarte cada minuto que no me dejas sola, no me queda nadie más.

—Esperaba que Roy apartara algo de su preciado tiempo para estar contigo —la azuzo sin reprimir el sarcasmo.

—Él está enterado de lo que me pasa, por eso volvió de Londres. Créeme que no se tomó nada bien saber que eres tú quien más se interesa por mí —lo dice como si debiera sentirme gratificado—. Roy nunca ha asumido que tú puedas superarlo en algo, pero es la realidad le guste o no.

—Si por mí fuera, le cedería encantado mi puesto.

—Oh, gracias —masculla.

—Creía que apreciabas mi enorme honestidad, Rous.

—Tu honestidad puede llegar a ser tan encantadora como una bola de demolición.

—Siempre has sabido que tengo mala leche —sonrío aunque ella no pueda verlo—. Ves informándome de lo que te dicen los médicos, quiero estar al corriente.

—Eres como un pomelo, Axel —ronronea con una risa baja—. Cada vez que hablo contigo eres ácido y dulce al mismo tiempo, tan tierno al morder...

—Tienes una dentadura perfecta, me sabría mal ver como pierdes los dientes.

—Permíteme recordarte que no estás obligado a nada —su tono pasa a ser más cortante, intenta parecer ofendida para provocarme remordimientos—. Eres lo mejor de lo que me queda, quiero pasar mi tiempo contigo, pero no para escuchar que no me soportas.

—Supongo que tienes algo de razón.

Rous suspira, pero no cuelga el teléfono.

—Si te pido que me acompañes a dar una vuelta, ¿lo harás? —me pregunta.

—Quizás, pero no esta semana —le respondo.

Rous suspira de nuevo y se despide con una breve formalidad. Sigo sosteniendo el teléfono en la mano y preguntándome que se supone que estoy haciendo. He dejado que invada mi vida, pero no hago más que demostrarle que no puede destruirme ni manipularme, yo sólo soy el que ha empezado a arrojarse por ese abismo.

Día 184 – Desilusión –

He llamado más de cinco veces a Selene está semana, pero ella sigue sin querer saber nada de mí. No es casualidad que siempre me salte su contestador sin que obtenga ningún tipo de respuesta, ella está expulsándome de su vida mientras que yo no hago más que mendigar las migajas de los recuerdos que me quedan de su compañía.

Debe odiarme por dejar que Rous nos separara, creo que yo mismo me odio más de lo que pueda llegar a odiarme Selene. Mi vida no tiene colores, quiero explicarle que no necesito trescientos días si ella no está para enseñarme a ver las cosas de otra manera. Realmente no estoy haciendo nada útil, apenas me muevo de la rutina que componen el trabajo y el sofá. Se supone que debía hacer reposo después del esguince que sufrí en la rodilla, pero me he saltado casi todas las normas de la rehabilitación. ¿Qué más da? Tampoco me duele.

Si pudiera estrangular a Roy sentiría un enorme placer, pero, según Rous, ha vuelto a Londres y no tengo suficiente dinero ni ganas para perseguirlo hasta allí. Malditos sean los amigos, todos ellos.

Eso me recuerda que Kenzo si debe de ver a Selene cada día, ella trabaja para el negocio de su padre. En el fondo creo que le he hecho un favor, le he dejado el camino libre hacia ella. De todos modos, ¿para qué voy a penar en eso? Kenzo no ha dejado de venir al Awakening ni de esforzarse por estrechar su trato conmigo. Tal vez a través de él pueda saber algo de Selene.

No tengo nada mejor que hacer.

Día 199 – Un nuevo significado –

Kenzo ha venido al Awakening y se ha sentado en la barra para poder mantener una conversación más activa conmigo. A veces no soy capaz de controlar mis emociones y recelo de él, pero si me esfuerzo por sosegarme y medito lo suficiente, me doy cuenta de que Kenzo es un buen tío y está preocupado por mí, por su amigo distante y mordaz con una mirada más negra que el azabache.

—Te he visto con días mejores —me dice con una sonrisa amable. Me he dado cuenta de que siempre que sonríe se le forman unas arruguitas alrededor de los ojos y le brillan las pupilas—. Yo no soy Selene, pero puedo intentar ayudarte, si quieres.

—No creo que te haga ningún bien escuchar mis penurias —le contesto mientras lleno una jarra de cerveza.

—Prestar atención a los males ajenos siempre es más fácil que atender los propios y no creo que puedas hacerme ningún daño.

—Me encanta esa forma que tienes de subestimarme.

—No te infravaloro —repone con los ojos muy abiertos—, sólo opino que deberías hacer una pausa y replantearte que es lo que va mal.

Golpeo con la jarra el mármol de la barra y el ruido sobresalta a Kenzo.

—Lo que va mal es que he perdido a la única persona que me importaba —replico mirándole fijamente a los ojos—. No comprendes lo que eso significa porque no has tenido que olvidar todo lo que valió algo para ti tiempo atrás.

—¿Eso crees? Me parece que entiendo muy bien lo que dices, pero he aprendido que la vida consiste en querer y en equivocarse —huyo de la expresión que adopta su mirada y observó como alarga la mano

para arrastrar la cerveza hacia él—. El rumbo que le das a tu vida para navegar entre esas dos cosas es lo que deberías decidir.

—¿Y estás aquí para ayudarme a navegar? —le espeto.

—Estoy aquí porque soy tu amigo, porque me considero tu amigo.

Sus palabras templan mi fuego interior y me doy cuenta de que mi respiración estaba demasiado acelerada, mis manos cerradas en puños y mi voz... desprendía algo demasiado desagradable para soportarlo. Kenzo evalúa mi comportamiento más sosegado y parece ponerse menos a la defensiva.

—Me temo que no soy un gran amigo —reflexiono en voz alta.

—Eres desconfiado, pero suelo tener buen aguante —hace el amago de una sonrisa.

—¿Crees que debería olvidarme de Selene y de Rous? —le interpelo.

—Creo que deberías pensar en cómo comenzó todo. Seguro que ambas te han traído buenos y malos momentos, pero no olvidaría ni unos ni otros. Si algo he aprendido, es que reencontrarse a uno mismo consiste en crecer como personas y mejorar, no intentar ser lo que fuimos.

—Reencontrarme... —repito cabizbajo—. Sé quién soy, pero no sé lo que quiero.

Kenzo da un trago y veo que parece cansado, tal vez tiene sus propios problemas de los que no soy consciente. Aun así, siempre tiene una sonrisa para mí, un gesto amable para reprender mi acritud y falta de tacto.

—Entonces tendrás que descubrirlo —asevera.

Día 201 – Peajes de vida –

—Así que te gusta llamarle “lugar secreto” —expongo mirando a Rous.

—No tiene un nombre, pero es nuestro sitio —reitera ella con una sonrisa. Su tez morena se ve muy brillante, irradia felicidad—. Es verdad que estuvimos aquí primero con Roy y Gala, pero de alguna forma el sentimiento que tengo es que este lugar únicamente nos pertenece a nosotros.

—Creo que en realidad sabes perfectamente porque te gusta este sitio.

—No tiene nada que ver con el sexo —se ríe y se lleva una mano a la boca mientras se sonroja. Me pregunto si solamente lo hace porque es así como cree que debe comportarse, ya que dudo que Rous sepa lo que es la timidez—. Reconozco que eso ayuda a fijar los recuerdos, pero no es sólo por eso.

—Ni que yo hubiera sido el primero —rezongo.

Rous me mira como si la hubiera abofeteado, con los ojos muy abiertos y las pupilas empequeñecidas. Por un instante espero que me pegue, pero no lo hace. Continúa observándome durante un minuto hasta que aparta la mirada en dirección al río.

La primera vez que viene a este lugar era poco menos que un estudiante sin ganas de aprender. Era un día por la tarde, cerca ya de principios de verano, cuando Gala barajó la idea de hacer novillos y encontró este pequeño espacio junto al margen del río. El sendero que lo bordea está rodeado de árboles, pero al atravesarlos llegas a un espacio llano y privado, oculto de la vista de todo el mundo, un hueco en la arboleda con acceso directo al río. Entiendo porque Rous dice que este lugar es especial, yo comparto el mismo sentimiento.

—Me he pasado —reconozco.

—Lo has hecho —afirma sin mirarme. Acaricia la hierba sobre la que estamos sentados con las piernas estiradas en dirección al agua—. Es cierto, no eres el primero. Antes que tú, mientras te dedicabas a perseguir a Gala allá donde fuera, tuve una relación con Marcos, pero eso ya lo sabes.

El nombre se me atraganta como una astilla en el esófago. Se me aceleran los latidos involuntariamente y pensamientos turbios intentan apoderarse de mi mente. No recuerdo bien que pasó, pero no podré olvidar nunca cual fue el resultado, el motivo por el que tuve que marcharme y dejar atrás una vida entera.

—No logro recordarlo, Rous —murmuro.

—Creo que nadie podría asegurar que pasó exactamente ese día —me responde cerrando los ojos e inspirando profundamente—. A veces le veo en sueños y me atormenta en pesadillas. No dejo de pensar que el cáncer no es otra cosa que un castigo, un peaje de vida por lo que hice, por lo que hicimos.

—Por lo que hicimos... —repito.

—Soy egoísta, para que voy a molestarme en negarlo. Quiero aprovechar el tiempo que me queda de la mejor manera posible, reír y llorar de felicidad, compartirlo con la única persona que he querido siempre aunque no me soporte desde ese día —me mira y sus ojos brillan por la emoción—. Ahora ya sé que pronto me reuniré con Marcos y que todo habrá terminado.

—Marcos está muerto, Rous.

Al decirlo, ella rompe a llorar y me abraza. Va a morirse, no se trata de ningún truco, tiene asumido que no le queda mucho tiempo y el poco del que dispone desea pasarlo conmigo. Rous tiene muchas cuentas pendientes, nunca ha demostrado ser buena, pero no deja de ser humana y de tenerle miedo a la muerte.

Le devuelvo el abrazo con fuerza.

Día 202 – El sueño de Rous –

Pasear junto a Rous por las calles de Stella me hace sentir muy cerca del pasado. Algo tan sencillo como caminar junto a ella era un enorme placer tiempo atrás, disfrutar de su compañía y de su ingenio por el que sentía predilección. Puede que sólo sea una mera coincidencia, pero la mayoría de los recuerdos que tengo junto a Selene están ligados al verano, mientras que los que tengo junto a Rous están ligados al invierno.

Avanzo con las manos en los bolsillos contemplando el suelo, casi como si intentara memorizar la forma de las losas que lo componen. Rous tararea una canción desconocida de manera alegre y aunque el silencio de nuestras palabras a mí no me incómoda, sé perfectamente que ella no lo soporta.

—Nunca hemos ido al centro de la ciudad juntos —me dice de repente.

—En el centro de Stella la vida es muy diferente.

—Lo sé, pero antes siempre hablábamos de ir a vivir allí, ¿te acuerdas? —me dirige una mirada soñadora—. Allí se respira el ambiente de una gran ciudad, se siente el placer de ser especial entre millones de personas. Los artistas callejeros tocan melodías junto a los apeaderos del tren y las plazas están llenas de bullicio. En el centro de Stella nunca hay tiempo para la tranquilidad.

—Ese deseo era más tuyo que mío —comento con la vista al frente —. Es cierto que durante mucho tiempo quise irme de aquí tanto como tú, pero ya no pienso de la misma manera. No creo que alguien como yo pudiera encajar en la alta sociedad.

—¿Y crees que alguien como yo si podría encajar? —me interpela.

—¿Por qué no? —parece sorprendida de que no me haya burlado de ella—. Ese siempre fue tu sueño, siempre quisiste mudarte al centro

para poder dedicarte al mundo del canto, tu pasión siempre ha sido cantar.

—Es cierto.

—¿Y por qué no te fuiste cuando tuviste la oportunidad?

—No era tan sencillo. No podía marcharme dejándote atrás y tampoco tenía dinero para poder mantenerme. Fui algún tiempo a vivir con mi hermana con el fin de informarme sobre los requisitos para entrar en la formación de la Corporación Edén, pero Eva no me aguantaba —esboza una sonrisa aciaga—. Siempre hemos sido muy diferentes y chocábamos constantemente. Después descubrí que tenía cáncer y di por imposible cualquier posibilidad de cumplir mi sueño.

—Lo lamento, de verdad, Rous.

—No importa. De todos modos, no sé si tenía el nivel necesario para entrar en la corporación y tampoco estaba segura de que ese fuera mi sitio.

—A mí no me interesan demasiado esos temas —admito con un encogimiento de hombros—, pero sé lo que es la Corporación Edén. Afirman que son el mecenas de todos los artistas con talento.

—Efectivamente —me sonríe con picardía—. ¿Sabes? He compuesto una canción, me gustaría que la escucharas.

—Me apetece. Hace mucho que no te oigo cantar.

—Ojala no tuviera esta lacra, Axel —se detiene y cruza sus brazos por detrás de mi cuello—. Antes teníamos nuestro propio juego secreto, uno al que sólo tú y yo sabíamos jugar. Nadie estaba invitado. Las personas dejan de brillar con el tiempo, hasta las estrellas se pueden caer del cielo, pero nosotros seguimos teniendo esa misma partida en la que sólo tú puedes tirar.

Noto sus labios sobre los míos y no es un beso rápido, tampoco excesivamente lento, es un beso acorde al ritmo de nuestros latidos y con un delicioso gusto a Rous. Al notar su cercanía y su sabor, no logro pensar en nada más, me olvido de todo y me limito a disfrutar sin pensar en las consecuencias.

Día 203 – Amistad –

Durante la primera hora sigo a Kenzo de tienda en tienda hasta que veo que mi sentido de la orientación es algo mejor que el suyo. Rara vez acompañaba a Gala a comprar ropa, pero si alguna vez lo hacía era con la condición de que no se entretuviera demasiado. Que Kenzo me pidiera que fuera con él a hacer algunas compras me resultó poco menos que desconcertante. Siendo sincero, tampoco me costó mucho decidirme, su compañía es la única que tengo que no sea la de Rous y necesito hablar con alguien que me trate con naturalidad y no intente seducirme con un pestañeo.

Cuando entramos en una tienda, Kenzo empieza a rebuscar entre la fila de los pantalones mientras me apoyó en una columna a la espera. Al cabo de unos minutos se me acerca con algunos de los tejanos que le han llamado la atención en busca de mi opinión. Descarto uno y apruebo otro con un movimiento de cabeza y un gruñido. Kenzo me sonríe y le devuelvo la sonrisa con comodidad mientras veo como la dependienta, de buen tipo y cabello rubio, me mira de soslayo. Mi amigo parece darse cuenta de la interacción que tengo con la empleada y se ríe en voz baja. Su sonrisa es gatuna, la de un cazador experto en la materia.

Francamente, Kenzo, cada vez me caes mejor.

—¿No vas a comprarte nada? —me pregunta dándome un golpecito en el hombro—. Así tendrás una excusa para acercarte a la dependienta.

—¿Tengo pinta de necesitar una excusa?

—No, realmente no —curva los labios enseñándome todos los dientes—. Diría que ya estás bastante servido con Rous.

—¡Oh, sí! El paraíso con Rous —me llevo las manos al pecho como si tuviera senos y Kenzo suelta una carcajada—. Nada es tan

maravilloso como parece.

—Puede ser —admite sin dejar de parecer divertido.

Se marcha hacia los vestuarios y yo me paseo por la tienda arrastrando los pies. Sigo sintiendo predilección por el negro, es mi color y también el de Rous, pero me detengo frente a un montón de polos de diferentes colores. Cojo uno de una tonalidad rojiza y lo desplego frente a mí. Días atrás le había dicho a Selene que el rojo era mi color favorito y no le mentía, pero siempre me ha parecido demasiado llamativo como para vestirlo. Si ella me viera con una camiseta de este color se sentiría orgullosa, me diría que he aprendido algo nuevo.

Ese pensamiento me basta para que decida comprármelo.

Cuando Kenzo termina de escoger la ropa que quiere llevarse, lo acompaño hasta el mostrador y pago el polo rojo que la empleada dobla e introduce en una bolsa. Al cogerla y salir de la tienda, siento como si se hubiera convertido en algo valioso, una prenda que me conecta a Selene aunque no sea más que una idea absurda.

Con Gala siempre tenía prisa por volver a casa, pero con Kenzo todo es distinto. Se ha convertido en mi amigo y espero que eso no sea algo malo, el último de ellos me tiró por las escaleras.

La amistad es un hechizo breve y cargado de emociones intensas, de origen incierto y final inesperado, columna de apoyo de todos los males y brillo de felicidad en todas las sonrisas. Siempre había oído que aquellas personas que encarnan la amistad son las que están dispuestas a darte la mano cuando caes al suelo y que cuando no saben cómo consolarte, te dan un abrazo. Yo nunca he experimentado nada parecido con Roy, pero Kenzo parece guardar cada granito de confianza que deposito en él como un tesoro.

Día 209 – Sonrisas en alcohol –

Me dedica una sonrisa de complicidad cuando se acerca hasta mí con una botella de whisky en las manos. Rous la deja sobre la mesa de mi comedor y lo hace girar con los dedos mientras pestañea de forma sensual. Desde el sofá le dedico una sonrisa lobuna, pero no me muevo de mi sitio.

—He pensado hacer algo diferente esta noche —me dice con una voz insinuante.

—Organizar un festival de hormonas —declaro con una sonrisa rota.

—No, beber —coge la botella y se la lleva a los labios antes de estallar en una sonora carcajada—. Adelante, te dejo participar.

—Creo que no te gustaría que me negara a participar.

—Me aburriría mucho —me empuja contra el respaldo mullido de diván y desliza sus manos por mi pecho. Noto como me recorre un escalofrió de placer—. ¿Te acuerdas de aquella vez que tus padres se fueron a Roma?

—Como olvidarlo.

—Lo pasamos tan bien —me susurra a la oreja—. A saber cuánto alcohol trajo Roy aquella noche, pero lo mejor fue cuando abrimos el vodka y me tuvisteis que perseguir por media ciudad —vuelve a reírse mientras escucho el sonido de la fricción de sus uñas en mi piel—. No te puedes llegar ni a imaginar lo divertido que fue para mí, ni por mil Romas lo habría cambiado.

—Se nota que no has estado nunca —murmuro.

—Ya sé que tú sí —su sonrisa se crispa y se fractura lentamente en sus labios—. Te marchaste algunos días con aquella chica, Selene. No sé en que estabas pensando cuando te fuiste, Axel —suspira y niega

varias veces haciendo que algunos tirabuzones cobrizos de su cabello le cubran el rostro—. Parecía buena chica, pero tenía muchos secretos que ocultar. Si buscabas algún tipo de redención con ella, me parece que te engañó demasiado bien.

—Ni que la conocieras —masculló.

Rous entorna los ojos y su expresión se vuelve astuta, manipuladora. Se arrima la botella y da un largo trago que termina cuando se relame sus labios carmesís. Coloca el frasco de whisky en mi boca y bebo hasta que a ella le parece suficiente, dejándome llevar por la embriaguez de la situación.

—Me gusta estar informada —me dice robándome un beso—, y no me gusta que nadie se acerque a mi chico.

—Te encanta considerarme algo de tu propiedad —manifiesto contrariado.

—Eres de mi propiedad —asegura volviéndome a besar más lentamente—. Cuando esa zorra de Gala te abandonó me di cuenta de lo que era realmente mi amiga. No te merecía, nunca te mereció.

—¿Y no sé te ocurrió pensar en eso cuando tú abandonaste a Marcos?

—Marcos era un cerdo —noto como me clava las uñas en el brazo —. ¿Hace falta que te recuerde lo que me hizo? Me drogó y me ató los pies y las manos para poder violarme en su coche —sus pupilas palpitan en el centro de sus ojos—. ¿Esperabas que me quedara a su lado?

—Podrías haberlo denunciado a la policía —repongo.

—La policía no le habría hecho nada a Marcos, sólo se habría acumulado una crueldad más en la lista interminable por la que nunca iba a pagar.

—Y se te ocurrió que la forma de liquidar todos sus pecados era matándolo —le espeto apretando los labios hasta notar los dientes.

—No, Axel —se inclina y me muerde el lóbulo de la oreja como si no estuviéramos hablando de nada trascendental—. La muerte de

Marcos fue un accidente, un imprevisto en que tú participaste.

Día 213 – Caza de sentimientos –

Kenzo está más serio de lo habitual, más apagado y menos hablador. Intento mostrar interés por saber que le pasa, pero no se me da bien hacer preguntas. Le sirvo algunas tapas y me muevo de un lugar a otro por el Awakening sin perderle de vista. Me esfuerzo por apartar algunos minutos para sentarme a su lado, pero me resulta imposible.

Van pasando las horas hasta que son más de las cuatro de la tarde y los comensales dejan de entrar en el bar. Kenzo se ha quedado sentado prácticamente en la misma posición desde la hora de comer y ha insistido en quedarse hasta que tuviera un momento libre. A pesar de que es evidente que hay algo que le preocupa, me contengo de tocarle el hombro o realizar cualquier otro gesto afectuoso, sólo me siento frente a él con las manos entrelazadas y los codos clavados en la mesa.

—Algo no marcha bien con Selene —declara después de unos segundos.

El nombre despierta algo en mí, como un segundo corazón que empieza a latir en mi interior. Selene es un tema recurrente entre nosotros, pero desde que mi relación con Rous se ha afianzado más, no acostumbro a preguntarle por ella. Si Kenzo ha decidido nombrarla debe de ser por una buena razón.

—¿Le pasa algo? —inquiero tratando de no parecer demasiado ansioso.

—No lo sé, rara vez decide contarme algo de lo que le sucede, pero la vi ayer y estaba todavía más extraña de lo habitual —coge aire y lo suelta cerrando los ojos por un instante—. Ella no está bien desde que no está contigo, es como si se hubiera abierto un boquete en su ánimo y se desinflara a pasos agigantados.

—Pero ella no quiere verme —murmuro cabizbajo.

—Lo que quiere ella… —se interrumpe para negar con la cabeza—. Se empeña en aparentar que todo va bien y en no echarte de menos, pero es tan evidente que podría ahorrarse cualquier esfuerzo.

—¿Estás preocupado por Selene por qué crees que me necesita? —le cuestiono enarcando una ceja.

—Estoy preocupado por ella porque la vi trastornada —replica con más seriedad—. Me sorprendió que viniera tarde a nuestra cita y cuando llegó estaba temblando. Le pregunté que le sucedía, pero me dijo que sólo tenía frío —los ojos verdes de Kenzo se oscurecen mientras habla—. Creo que si hubiera insistido en saber que le ocurría me habría gritado o habría salido corriendo. Estaba allí, frente a mis ojos, pero parecía un fantasma a punto de evaporarse.

—¿Y no hiciste nada? —le interpelo con incredulidad.

—No me dio tiempo a hacer nada, Selene se marchó tan deprisa como vino. Apenas estuvimos diez minutos conversando y me preguntó por ti, por tu relación con Rous, pero lo hizo con una desesperación solapada que me impacto —evalúa mi reacción al decirlo, pero yo ni siquiera soy consciente de cómo estoy reaccionando—. Puede que me equivoque, pero parecía tener un interés urgente.

—¿Qué le respondiste? —le pregunto con inquietud.

—Le dije que no tenía ni idea.

—Te lo agradezco. Selene ya me odia bastante como para saber la relación que mantengo con Rous —musito con pesar.

—Ella no te odia —disiente.

—Sí lo hace —insisto—. La última vez que puede hablar con ella me lo dijo, me dejó muy claro que odiaba a Rous. En vez de echarla de mi vida y quedarme con Selene, fue ella la que se tuvo que ir. ¿Cómo no va a odiarme?

—No voy a cuestionar tus motivos, pero deberías saber que Selene no te ve como un simple amigo —Kenzo se pasa una mano por el cabello alborotado. No es la clase de temas que más le apasionan—.

Ella te quiere.

—Lo sé —digo con una voz casi inaudible.

—Pero tú quieres a Rous —dictamina.

—No —lo niego sin ni siquiera pensarlo—, yo no quiero a Rous. Es una vieja amiga y alguien por quien siento un aprecio especial, como un reten de los sentimientos que una vez tuve, pero no la quiero. Rous destruyó todo lo que sentía por ella hace tiempo, sólo queda una balsa de ácido en mi corazón en el lugar que una vez ocupo.

—Estoy tan impresionado como desconcertado por tu abnegación. La quieres y la odias al mismo tiempo, no soportas su presencia, pero te has impuesto el deber de cuidar de ella cuando cualquier otro antes que tú debería hacerlo.

—¡No la quiero! —protesto en voz alta. Me percato de que me he alterado demasiado y me sosiego—.No hay cualquier otro, Rous está sola.

—No es sorprendente si es tan mala como dices que es.

—No creo que se vaya a ganar una medalla por persona ejemplar —admito sintiendo un hormigueo incómodo por todo el cuerpo—, pero tampoco es la peor villana del mundo y se va a morir.

—¿Y qué hay de Selene? —me interpela—. ¿Qué sientes por ella?

—Es mi amiga.

—¿Sólo tu amiga?

—Ya te lo dije, Kenzo. No estoy preparado para querer.

Se queda en silencio y yo también enmudezco. Ya no tengo problemas en ser sincero con Kenzo, pero veo que me estoy abriendo a él a base de hachazos. ¿Es tan importante lo que yo sienta? Nunca he sido capaz de ponerle una etiqueta clara a ninguno de mis sentimientos, las líneas que los separan siempre están desdibujadas. Quiero cuidar de Rous porque siento pena por ella, pero me quitaré un gran peso de encima el día que desaparezca. ¿Quiere decir eso que deseo que se muera? No, no lo creo, pero estoy confundido.

—Yo diría que estás hecho un lío —opina.

—Tienes razón —apoyo la frente en las manos—. Parece que en vez de averiguar lo que siento, haya que cazar mis sentimientos.

—No lo habría definido mejor —hace el amago de una sonrisa y me pone una mano en el brazo para reclamar mi atención—. Escucha, creo que siempre has tenido el mismo problema. Tienes las emociones incrustadas como cristales en las heridas, tratas de olvidarlo todo, pero nunca te has dedicado sanar ninguno de esos arañazos.

—Todo era más sencillo cuando estaba con Selene —le explico—, ella parecía entender mis sentimientos mejor que yo mismo.

—Entonces ves a verla —me insta.

—Ya te lo he dicho, me pidió que la dejara en paz.

—Pero eso no es lo que ella necesita —discrepa sin dejarme terminar—. Escúchame, Axel. Sé que piensas que tienes más experiencia que yo en estos temas y probablemente será verdad, pero creo que tendrías que arriesgarte más con lo que deseas y no pensar tanto en cómo actuar.

Le observo y me doy cuenta de que tiene razón. Siempre he visualizado a Kenzo como una persona más simple de lo que ha demostrado ser, alguien insignificante. Puede que yo tenga las manos tan sucias como Rous o Roy, pero mis vivencias y mi control me hacían creer que era mejor que él. No obstante, es evidente que Kenzo me supera. Quizás, no se ha dado cuenta de que he estado subestimándolo desde que lo conocí, puede que no sepa que su sola presencia ahora mismo es una cura de humildad para mí.

—¿Y qué propones que haga? —le cuestiono.

—Tengo una idea —asegura con una chispa en los ojos—. Selene viene a trabajar todas las mañanas a la empresa de mi padre, pero casi nunca tiene tiempo para detenerse a hablar unos minutos. Se me ocurrió que podía invitarla de vez en cuando al parque que está a las afueras de Stella, el Saeta. Nunca ha faltado ninguna de las veces que le he dicho de ir y después de cómo se comportó ayer, le insistí en volver a quedar.

—¿Quieres que te acompañe? —deduzco.

—No, quiero que vayas en mi lugar —nos sostenemos nuevamente la mirada estudiando nuestro mutuo comportamiento—. Si Selene te ve, dudo que vaya a alejarse de ti o que se niegue a hablar.

—No sé si sabré que decirle —expreso dubitativo.

—Axel, dicen que el amor es lo mejor que existe, pero a mí me parece algo secundario. No hay mayor tranquilidad que confiar y tener la lealtad de alguien —pongo los ojos en blanco y Kenzo suelta una carcajada—. Vale, sí, eso sí que es raro de conseguir, pero no imposible… ¿Si no cómo definirías tú la relación que tienes con Selene? Sea como sea, una persona en la que confías y crees que no te traicionará nunca, ¿cómo no la vas a querer?

Entreabro los labios a punto de formular una respuesta obvia, pero los vuelvo a cerrar cuando me doy cuenta de que más allá de toda lógica, Kenzo tiene razón.

Día 215 – El mecanismo de la emoción –

Kenzo me espera al salir del Awakening para acompañarme a casa, justo como tiempo atrás hacía Selene. Intento no atosigarlo demasiado con preguntas ni con mis embrollos mentales, pero no me sale demasiado bien. No hago más que darle vueltas a lo que siento por Selene, tampoco sé si lo que hago por Rous es lo correcto. Kenzo me escucha pacientemente y me incómoda mostrarme tan débil frente a él, tan inseguro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me pide mientras caminamos por las calles oscuras.

—Adelante.

—¿Por qué decidiste que debías dejar a Rous?

—No fue una decisión rápida —le respondo meditando cada palabra—. Creo que siempre supe lo que era Rous, sólo hace falta sostenerle la mirada unos segundos para ver que hay algo vil en el fondo de sus ojos. Yo la quería porque me daba toda la atención que requería, igual que si fuera un niño —sonrió para mí y me avergüenzo un poco—. Rous no hizo una sola cosa mal, hizo muchas y algunas expresamente para herirme. Me di cuenta de que estar con Rous era destructivo y que limaría mi alma hasta que me volviera como ella, fiel a ella.

—¿Y ahora no lo ves igual de claro? —me cuestiona.

—No del todo.

Me concentro en escuchar mis pasos, pero esta noche Stella parece estar muy viva. Hay muchos coches circulando, grandes grupos de gente abarrotando las aceras y locales iluminados promocionando las diversiones que empiezan a medianoche. El Awakening por suerte hace un horario más normal, aunque eso no significa que me pase menos horas trabajando.

—Kenzo, ¿por qué le dijiste a Selene de ir precisamente a el parque Saeta?

—Es uno de mis sitios preferidos.

—Entiendo —me limito a decir.

—¿Por qué me lo preguntas? —inquiere.

—No tiene importancia.

—Axel, no empieces otra vez —se queja haciendo una mueca—. Suéltalo y ya está. No tengo ganas de que me intentes despistar con evasivas.

—Digamos que sospecho que sientes algo por Selene.

No he mirado a Kenzo al decirlo, pero de haberlo hecho no habría habido diferencia, su rostro permanece inexpresivo y sus ojos tintinean con la misma luz. Por un instante es como si se detuviera el tiempo y sólo quedara un silencio frío entre él y yo, pero eso no hace que me arrepienta de haberlo dicho.

—¿Si lo reconozco, confiarás más en mí? —me pregunta.

—No lo entiendo —sacudo la cabeza un par de veces—. Si te gusta Selene, ¿por qué quieres que esté con ella?

—Porque sé lo que ella quiere —esboza una amplia sonrisa, pero está vez es un poco forzada—. La chica es maja, eso no se puede negar, pero lo mío no es nada serio. Tanto tú como ella sois mis amigos, quiero que estéis bien.

—Me parece injusto —disiento en voz muy baja.

—La vida no es justa y los mecanismos por los que se rigen nuestras emociones tampoco, pero nada de eso es nuevo —estira los brazos y se lleva las manos a la nunca—. Si por amores fuera… Lo digo en serio, no debes preocuparte por mí en ese tema. Selene no significa tanto para mí como para ti.

Dejo de caminar y miro a Kenzo que se detiene también, extrañado. Me acerco despacio a él y lo abrazo cogiéndolo por los hombros con un brazo y despeinándolo con la otra mano de forma afectuosa. Él

acepta mi contacto con agrado y vuelve a sonreír, pero esta vez con sinceridad.

—Gracias, por todo —le digo.

Día 217 – Fantasmas –

Todo es un absoluto caos en mi mente. El grado de desorden mental al que he llegado ha acabado por no dejarme dormir por las noches y cada vez el agotamiento es mayor en todos los sentidos. Mi cabeza parece estar llena de fantasmas que adoptan diferentes formas: a veces son como Gala, otras como Rous y Roy, algunas como Marcos, muy pocas como Kenzo y casi siempre como Selene.

Selene… Muy pronto podré volver a verla.

Los nervios y la inquietud hacen que todo lo demás se intensifique. Cuando me siento mal o me abruman los problemas, me pongo las manos en el pecho y escucho los latidos de mi corazón con los ojos cerrados. Eso me recuerda que a pesar de las dificultades sigo vivo.

Día 225 – Reencuentro –

El parque Saeta es un lugar digno de un cuadro. Tiene forma de ovalo con un gran estanque artificial en su centro que recibe el agua del rio con el mismo nombre que bordea la parte este de Stella. Tiempo atrás las fuentes que decoraban los céspedes y los jardines de flores estaban encendidas, pero ahora no son más que figuras de granito. La Saeta es un lugar concurrido, ya sea por artistas, deportistas, turistas o parejas de enamorados, pero rara vez se tiene la oportunidad de estar solo.

Me sorprendió que Kenzo escogiera este parque para una cita, a mí no se me habría ocurrido. La mayoría de recuerdos que tengo de la Saeta son de cuando era pequeño, aquella época en la que mi madre nos traía a Gala y a mí a dar de comer a los patos y nos compraba un helado en el bar.

Si no recuerdo mal, el parque tiene varias entradas y Selene podría llegar por cualquiera de ellas. Me decido a vigilar el acceso principal manteniéndome fuera del alcance de visión de cualquier nuevo visitante. Al fin y al cabo, ella no es a mí a quien espera.

Después de un rato, empiezo a creer que no vendrá. Tan sólo han pasado diez minutos de la hora acordada, pero no puedo evitar imaginar a Selene hablando con Kenzo con la intención de ponerle alguna excusa para no venir o descubriendo que en realidad soy yo quien va a acudir a la cita. Reconozco que eso es absurdo, Kenzo me habría avisado si hubiera surgido cualquier imprevisto, pero los nervios me traicionan.

Mis sospechas infundadas se disuelven cuando la veo caminar hacia la primera intersección de caminos, muy cerca de donde estoy. Está cambiada, tiene el cabello más largo y su expresión es más impasible, aunque el frío hace enrojecer sus mejillas y eso le resta seriedad. Es natural, la última vez que la vi fue en el mes de noviembre y ahora ya

estamos a finales de enero. Su atuendo consiste en un abrigo tupido y unas botas altas por encima de los leotardos. No lleva un gorro que la proteja de las bajas temperaturas, pero no se ha olvidado de ponerse el pañuelo violeta alrededor del cuello, un accesorio que ya me ha llamado la atención más de una vez.

Selene se detiene en mitad del cruce y me armo de valor dispuesto a acercarme a ella. En cada paso que doy espero que me vea, que alce la vista del suelo y me contemple con sus enormes ojos marrones, pero no es así. Se entretiene dando golpecitos al suelo con la punta de las botas y no percibe mi presencia hasta que me planto frente a ella.

—Selene.

Me mira sin decir nada, paralizada por la sorpresa. Retrocede algunos pasos y veo un brillo de urgencia en sus pupilas, un impulso de marcharse corriendo sin mediar palabra.

—No esperaba verte —me dice con precaución.

—Kenzo creyó que debía venir en su lugar.

—No entiendo por qué —repone.

—Está preocupado por ti.

Se levanta algo de viento y el cabello de Selene empieza a ondear. Intento descubrir que es lo que siente, pero cada uno de sus gestos esconde una emoción hermética para mí.

—Te pedí que no me buscaras —me amonesta.

—No se me da bien hacer lo que me piden —intento sonreír, pero no llega a ser una sonrisa completa—. Te aseguro que quería respetar tu postura, pero te echaba demasiado de menos.

—Yo también te echaba de menos.

Su expresión varía en cuestión de instantes. No hay rechazo ni odio, pero si dolor y tristeza. Estoy tan cerca de ella que puedo tocarla, pero sigue habiendo una distancia que nos separa, una fractura que ambos queremos reparar sin saber cómo hacerlo.

—Podríamos sentarnos, hablar un rato… —le ofrezco.

—No puedo quedarme, Axel.

—Por favor —le ruego.

—¿Por qué, Axel? —inquiere.

—Quiero descubrir que nos ha pasado, intentar hacer las cosas bien.

Selene medita la respuesta unos segundos, una fracción de tiempo durante la que tengo miedo de que se niegue y me obligue a olvidarme de ella. Cuando se decide a hablar, lo hace con resolución: —Mañana, a la misma hora que hoy —ni siquiera pestañea—. Buscaré la forma de venir sin levantar sospechas, pero debo volver o mi padre se imaginará que he estado haciendo algo más que un recado. Te estaré esperando, Axel.

Avanza un paso y me abraza. Recibo la calidez de su cuerpo como un estallido emocional y la fragua de mi interior se va calentando hasta abrasarme con un doloroso placer. Antes de que pueda seguir paladeando su contacto, se separa y se aleja sin despedirse. Desaparece de mi campo de visión como un espejismo.

Día 226 – Derribar, reconstruir –

Ya ha comenzado a ponerse el sol cuando me encuentro con Selene y nos sentamos en un banco del parque Saeta de cara al estanque. Comenzamos a hablar con tranquilidad sin abordar ningún tema importante y cada pocos minutos la observo con cuidado. Ella siempre me dedica una sonrisa amable y triste al mismo tiempo.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

No tengo una respuesta sencilla, así que decido usar la versión fácil.

—Bien, estoy bien.

—¿Y Rous?

—Mal —me encojo de hombros—. El cáncer sigue su progreso y ella no quiere ningún tratamiento, se va a morir igualmente.

—No me gusta que la gente se muera, pero no puedo evitar pensar que es lo justo en su caso.

—Eso es sorprendentemente cruel viniendo de tu parte —destaco.

—Que entiendas que algo no está bien, no quiere decir que lo sientas.

—Tú no eres así —replico intentando buscar sus ojos con los míos. Selene vuelve el rostro, haciendo que su cabello se convierta en una cortina que nos separa—. No entiendo cómo puedes llegar a sentir tanta aversión por Rous.

—Porque es una mentirosa —su voz vibra—. Te engaña, toda tu vida se ha dedicado a enredarte y manipularte. Tú eres el único que puede impedirle que lo siga haciendo, pero no lo haces. Quedarme a mirar es demasiado doloroso y tampoco puedo hacer nada, sólo me queda la opción de odiarla.

—Sé que tienes razón, pero… —enmudezco esperando que Selene

sepa ver el conflicto emocional que hay en mi interior sin tener que describírselo con palabras—. Lo hago por humanidad. Huí de Rous porque sabía lo que era, lo que podía hacerme. No creo que haya cambiado, toda su vida ha mentido, pero ahora se le ha acabado el tiempo.

—Axel, mentir es mentir. No hay piedad en mentir, no hay excusa en mentir, no hay bondad en mentir… —sus palabras se me clavan como una inyección—. Los que mienten como ella, viven entre los mentirosos. Tú eres de los que aman las verdades, no tienes porque soportarla.

—Si cargo con el peso de Rous es porque no siempre estuve a favor de la verdad —le contesto—. Todos tenemos una carga. ¿Cuál es la tuya, Selene?

—Mi familia —me responde sin pensar.

—Tienes razón. La carga de Rous es un lastre del que debo desprenderme, pero tú también tienes que tomar algunas decisiones.

—Eso lo entiendo —admite sin rodeos—. Marcharme de casa fue una decisión difícil, pero regresar a ella lo fue aún más. Cuando me conociste en el Awakening, ya estaba siendo valiente, nunca en mi vida había tenido un trabajo y nunca había hecho un viaje como el que hicimos a Italia —esboza una sonrisa maltrecha y sus ojos se vuelven cristalinos como un espejo—. Puede que para ti aquellas vacaciones fueran una molestia, pero a mí me recordaron que estaba viva. No tenía intención de volver a ser prisionera de mi hogar nunca más.

—No tienes por qué serlo —intervengo.

—Mi madre está muerta —me suelta con la intensidad de un mazazo—, mi hermano está encarcelado por asesinato y tengo que cuidar de mi padre que ahora está solo, obsesionado con que voy a abandonarle. Encima de todo eso, tengo que aguantar la presencia del hermano de mi madre…

—Puedes volver a marcharte —insisto.

—No puedo volver a abandonar a mi familia, Axel —me contempla

y un escalofrió me recorre—. James siempre fue mi apoyo, hacíamos una vida muy diferente, pero él era mi referente. Durante mucho tiempo lo tuve en un pedestal, igual que a ti, pero no puedes darle a nadie un lugar tan alto en tu vida porque tarde o temprano hay que bajarlo de ahí. Somos humanos y no podemos esperar más que decepcionarnos.

—Supongo que crees que me da igual, pero saber que te he decepcionado es algo que me pesa.

—Tenías derecho a escoger, el error fue mío por escogerte por encima de todo —su voz se ha vuelto apática, sin emoción—. En el caso de mi hermano no tengo elección. Haré todo lo que haga falta para ayudarlo, aunque eso me conlleve un sacrificio.

—Déjame ayudarte —le pido, controlándome para no precipitarme hacia ella y llevármela a algún lugar lejano donde no tenga que pensar en sacrificios—. Estoy aquí para que me des otra oportunidad, para compensarte por todo lo que has hecho por mí.

—Eso no puede ser, Axel —refuta con tristeza—. La luna necesita del sol para brillar, pero el sol ha sido devorado por la noche. No hay luz, sólo oscuridad. Estamos inmersos en la eterna velada de Rous donde no hay lugar ni para el sol ni para la luna.

—Nunca he sido ese sol, Selene —repongo con pesar.

—Sí —sus ojos me iluminan como un brillo extraño, una mezcla de admiración y esperanza que se disuelven en sus pupilas negras—. Desde que te vi por primera vez, te imaginé como mi héroe. Sé que a veces soy infantil, soy como una niña grande, pero eso es lo que sentí.

—Hubo un tiempo en el que me habría gustado serlo —cruzo los brazos sobre el pecho y aprieto la espalda contra el respaldo del banco —. Dejé de querer ser un héroe el día que entendí que no podía cambiar el mundo, me convertí en villano para muchos el día que entendí que debía cambiar yo.

—Eso es lo que te hizo creer Rous.

—Aunque Rous me convencía de que todo iba bien, en el fondo sabía que no era así. Me solía repetir a mí mismo que tenía un corazón

bueno, pero que estaba atrapado dentro de alguien que no lo era —se me nubla la mente con recuerdos del pasado—. Hubo un momento en el que no pude más. Me marche dejándolo todo atrás, destruyendo cualquier vestigio al que pudiera aferrarme.

—Por eso quemaste las fotos —entiende.

—Las quemé porque había muy pocas con las que pudiera sentirme a gusto, pero ese fue sólo uno de los motivos —veo en Selene la chispa de la curiosidad, pero no me molesta—. Rous se dedicó a hacerme fotos en secreto sin mi consentimiento. La mayoría de las imágenes no contenían nada que quisiera enseñar y ella me las enviaba a tongadas como una especie de burla mafiosa.

—No había pensando en nada tan retorcido cuando te hice aquella fotografía —se disculpa con los labios fruncidos.

—Rous me engañó una última vez antes de que la abandonara, me envolvió en una de sus ideas macabras —he comenzado a arrastrar las palabras—. Hice una estupidez y ella se encargó de que quedara grabada para la posteridad.

—Tu gran secreto.

—Me quedé atrapado en él, como una mecedora, yendo hacia adelante y hacia atrás, pero sin llegar a ningún lugar.

—Tienes que hacer las paces con tu pasado para no arruinar tu presente.

—Derribar para volver a construir… —murmuro. La miro lleno de resolución—. ¿Si consigo librarme de mi pasado, de mi oscuridad, me darás la oportunidad de ayudarte?

—Aún no han acabado nuestros trescientos días —me dice con una sonrisa discreta—. Tenemos tiempo, Axel.

Día 233 – Cruzada voluntaria –

Esta no es mi parte de la ciudad. La zona comercial de Stella tiene más luz que las afueras, la gente va más arreglada y se ven pocos coches de segunda mano. A los pocos segundos de pisar su suelo ya tengo la sensación de ser un intruso, la forma de vida y las aspiraciones de las personas que me rodean son muy distintas a las mías. No obstante, eso no tiene ninguna importancia para lo que he venido a hacer aquí.

Me he afeitado y acicalado con el mayor esmero posible, incluso me he engominado el pelo para que luzca despeinado y brillante sobre mi cabeza. Me he puesto zapatos y vestido con un abrigo largo de color negro. Independientemente de si soy más o menos atractivo, creo que mi apariencia es bastante imponente y eso es lo que pretendía.

Cuando Gala Prior sale por la puerta principal de la Garnet, la boutique más cara de Stella, se que está medianamente dispuesta a dirigirme la palabra. Hace rato que me ha visto esperándola a pocos metros de la entrada y ha tenido tiempo para rehuirme, pero no lo ha hecho y tampoco es ese su estilo. Se queda mirándome sin pestañear con esos enormes y hermosos ojos que tiene, evaluándome con una mueca. Va vestida de blanco y con ropa a medida, probablemente uno de los diseños con los que ha tenido que posar y que realzan su figura y su cabellera rubia.

—¿Qué haces aquí? —me espeta.

A pesar de su porte osado, parece insegura. No esperaba mi visita ni que me arreglara tanto para la ocasión.

—He venido a ofrecerte un trato.

Suelta una carcajada despectiva.

—Axel, vete con tratos a otra parte y no me hagas perder el tiempo —me despecha manteniendo la sonrisa burlona.

—¿No quieres saber lo que pasó con Marcos? —la cuestiono enarcando una ceja.

—Eso ya lo sé —me responde poniéndose seria—. Tengo la grabación, no me hace falta saber nada más.

—Yo creo que sí. Tengo la sensación de que te falta información y de que no estás muy segura de lo que ocurre en esa famosa grabación.

—Lo que tú digas —masculla haciendo ademan de marcharse.

—Si estoy equivocado, ¿por qué viniste a buscarme al Awakening, Gala? —se detiene para volver a mirarme sin lograr reprimir el interés, aunque está oculto tras una fachada de pedantería—. Por cierto, Rous no sabe que estoy aquí.

—Te escucho —acepta.

Día 235 – Colaboración –

Gala entrelaza las manos y frunce los labios con los ojos entrecerrados. A pesar de esa expresión tan poco amigable que tiene, es tan guapa que podría estar haciendo muecas y seguir viéndose hermosa. Con todo, he de admitir que parece más cálida que ninguna de las veces anteriores que me he encontrado con ella, tan cálida como puede serlo la reina del hielo.

—Esto no nos convierte en amigos, Axel —asevera sin dejar de marcar la distancia que nos separa.

La he acompañado hasta el Old City, su bar de copas preferido. Es un lugar más propio de Gala que mío, más apto para el nivel de vida que ella ostenta. Nuevamente me he arreglado acorde a la situación y a la compañía, dispuesto a aceptar sus reglas.

—Lo comprendo —le respondo con un tono sereno—, pero hay algo que tenemos en común y es que queremos saber la verdad.

—Eso parece.

—Recuerdo pocas cosas de lo que pasó aquella noche, pero sé que tuvo que haber alguien más a parte de Marcos, Rous y yo.

—¿Cómo quieres que me crea que lo has olvidado? —me cuestiona con acritud.

—No lo he olvidado, simplemente no estaba en condiciones de recordar nada. Rous me emborrachó.

—Muy típico de ella.

—Pero tú tienes la grabación… ¿Cómo la conseguiste? —Gala se encoge de hombros como si fuera un detalle insignificante—. Quiero saberlo.

—¿Qué más da eso? —replica.

—Dímelo, por favor.

—Me la pasó Roy —me contesta a regañadientes.

—Él siempre tan acertado.

—Eso no importa —repone ignorando mi comentario—. Debió de conseguirla a través de Rous.

—O puede que él estuviera presente también aquella noche —apostillo.

—Quizás.

—Me gustaría ver la grabación, Gala —le pido.

—Como quieras —acepta.

—Y la quiero ver contigo —añado.

Me observa estupefacta como si eso fuera lo último que habría esperado oírme decir.

—¿Por qué? No es un vídeo agradable que me apetezca compartir contigo.

—Lo sé, pero tiene que ser así —reafirmo.

—Francamente, no —se niega—. Es vergonzoso.

—Es vergonzoso para mí —la corrijo con el rostro encendido—, pero necesito que alguien sepa lo que es verdad y lo que es mentira sobre lo que sucedió, alguien que no va a consolarme porque me aprecie o me quiera. Necesito que seas tú, ¿lo entiendes?

Gala pestañea varias veces mientras procesa lo que le he dicho hasta que finalmente asiente con convicción.

—De acuerdo, lo entiendo.

Día 242 – Antes negro, ahora rojo –

—¿Querías verme?

Selene se acerca hasta el árbol en el que estoy apoyado con una sonrisa, y aunque no es su sonrisa de siempre, me basta. La he vuelto a citar en el parque Saeta con la intención de no incomodarla, pedirle que viniera al Awakening sería como intentar emular la relación que teníamos antes y eso es imposible por el momento.

—Sí, quería saber cómo estabas.

—Estoy bien —me observa con detenimiento—. Hoy vas de rojo.

—Hace ya un mes que acompañé a Kenzo a hacer algunas compras y vi este polo rojo que me llamó la atención —paso las manos por el tejido como si lo alisara—. Creo que una vez te dije que el rojo es mi color favorito, pero siempre me ha parecido demasiado llamativo para vestirlo. Cuando me compré esta ropa lo hice pensando en ti.

—¿En mí?

—Pensé que te sentirías orgullosa de ver que he aprendido a vestirme con más colores.

—Lo estoy.

Su sonrisa se amplia y veo en ella una pequeña muestra de satisfacción envuelta en un halo de cariño. Selene siempre ha tenido una especie de aura sedosa a su alrededor, como un perfume atrayente que capta a cualquiera que esté atento. Hoy también lleva el pañuelo violeta que parece ser su accesorio preferido y no resisto la tentación de preguntarle por él.

—Me dijiste que era un regalo —comento señalando el fular alrededor de su cuello.

—¡Oh! —se lleva las manos instintivamente hacia él—. Sí, me lo regalo James. Para mí es como una especie de amuleto protector.

—Tu hermano es muy importante para ti —reflexiono en voz alta.

—Cada vez que mi madre me daba una paliza me lo ponía alrededor del cuello, era una señal muda que hacía que James saliera en mi defensa a lo largo del día —deja caer ambas manos como pesos inertes junto a los laterales de su cuerpo—. Ahora me lo pongo simplemente cuando las cosas van mal.

—Pronto terminaran los malos días —le extiendo una mano y ella la acepta, nuestros dedos se entrelazan tímidamente y mi necesidad de tocarla se ve satisfecha—. Te lo prometo.

Día 243 – La grabación –

Por como se mueven los dedos de Gala por encima del teclado y del ratón, sé que es perfectamente consciente de donde tiene guardada la grabación. Nunca ha sido muy dotada en temas de tecnología, así que deduzco que su agilidad actual y su semblante sombrío se deben a que ha revisado el vídeo antes de que yo llegara.

Gala era como el resto de mis viejos amigos, una chica de las afueras de Stella, pero mientras más tiempo me tomo en observarla, más me doy cuenta de que apenas quedan resquicios de lo que fue. Si bien siempre fue guapa y tuvo un gusto por encima de la media, antes el aire alrededor de ella era dulce y lleno de calidez. La Gala actual rebosa de un espíritu de superioridad que repele, pero aun así es mucho más cercana y menos fría de lo que creía.

Su nuevo hogar en la zona selecta de la ciudad se parece a su propietaria, con muebles de madera y elementos decorativos de calidad. Desde que me ha abierto la puerta hasta que me ha conducido al despecho no he hecho más que pensar en la grabación y en lo que podía contener, por lo que no me he fijado en los detalles de lo que me rodea.

—Voy a ponerlo en marcha —me anuncia—. ¿Estás preparado?

—Sí.

Me acomodo en la silla de cuero negro a pocos centímetros de Gala. Tengo el corazón en un puño y la tensión apenas me permite respirar con normalidad. La pantalla que reposa sobre el escritorio de madera negra comienza a iluminarse lentamente y agradezco en mi fuero interno que el sillón tenga reposabrazos a los que aferrarme.

El vídeo comienza.

La lente de grabación se oscurece varias veces cuando Rous intenta colocar la cámara desde un ángulo donde pueda verse gran parte de la

sala. Aunque cuesta de apreciar, puedo distinguir una habitación lujosa como la de un hotel y a mí mismo sentado sobre la cama que aparece en pantalla con el torso desnudo.

—Rous, ¿estás segura? —le pregunto. Tengo una botella de vodka en la mano por lo que, tal y como indica mi propia voz, ya no debía de estar muy sobrio—. Te encanta cabrear a la gente, lo haces hasta conmigo.

—Seamos sinceros, Marcos se lo merece, igual que Gala —acaba de colocar la cámara y me dedica una sonrisa. No es un hotel, es la habitación de Marcos—. Tampoco vamos a hacer nada malo, solamente es una pequeña venganza.

—¿Y qué pinto yo aquí? —inquiero de manera poco comprensible.

—Eres mi chico —dice mientras me quita la botella de la mano y le da un trago—. Además, ya te he lo he dicho, Gala debería tener una copia de este vídeo.

—Si nos ve en la habitación de Marcos, irá a la policía y nos joderá por provocarla —argumento mientras Rous me empuja y acabo tumbado encima de la cama—. Hasta Marcos irá a la policía. Esto es absurdo, Rous.

—No seas cobarde —me espeta. Comienza a gatear por encima de mí —. Mandarle la grabación a Gala tal vez no sea una buena idea, pero Marcos es uno de los príncipes de la droga en Stella, nunca denunciaría nada. Tendrá que sufrirlo en silencio.

—Así que me utilizas para tu venganza.

—Y te encanta ser utilizado —ronronea dándome un beso—. Me gustaba Marcos, me encapriche de él y me sumergí en su mundo, pero no estaba tan preparada como yo creía. En esta misma habitación es donde me drogaba y abusaba de mí, me parece justo que pueda restregarle por los morros que me he acostado con otro chico en su cama.

—Que mala —me burlo con una risa ronca.

A continuación, comienzo a besar a Rous y a acariciarla durante varios minutos, pero a medida que el vídeo progresa, me voy quedando dormido en la cama de Marcos hasta acabar rendido y con las mejillas encendidas

por los efectos del alcohol. Rous no trata de despertarme ni tampoco ha impedido que me durmiera durante los minutos previos, parece tranquila tumbada encima de mí y mirando fijamente a la cámara, muy consciente de que está siendo grabada.

La pantalla se oscurece dando por terminada la grabación.

Día 245 – Afán por la verdad –

Estamos sentados en una mesa apartada del Old City y Gala ha ido a buscar algo para tomar. Debería haber ido yo en su lugar, pero parece que sigo fuera de juego desde que vi la grabación. Cuando regresa, me sorprendo a mí mismo disculpándome por mi falta de atención, algo que también parece sorprenderla a ella y que recibe de buena gana.

—Espero que te guste —me dice deslizando un coctel por encima de la mesa en mi dirección—. De todos modos, está muy bueno.

Lo que Gala quiere decir con eso es que si no me gusta, el problema lo tengo yo. Debería esperar que todas las atenciones que recibiera de ella fueran de ese tipo, pero cada vez estoy más seguro de que es más apática conmigo de lo que realmente siente. ¿Por qué sino iba a invitarme a su casa a ver la grabación? En el fondo me siento agradecido y sé que tengo una deuda con ella.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

—Me doy asco a mí mismo —le respondo sin mirarla—. No recordaba nada de lo que vi y eso ha sido un alivio durante todo este tiempo —doy un trago a lo que me ha traído—. Ahora no puedo más que sentir repulsión por haber sido el juguete de Rous.

—Al menos te has dado cuenta —sentencia.

—Ya lo sabía, Gala. Aquella noche se convirtió en mi pesadilla y en un impulso para huir de ella.

—Mira que puedes llegar a ser tonto —murmura pasándose una mano por la frente.

—¿Y qué hay de ti? —la interpelo desafiante—. Rous fue tu amiga durante mucho tiempo, confiabas en ella, pero te traicionó como a todos. Se burla de ti, incluso hizo esa grabación con la intención de

hacerte rabiar. ¿Por qué nunca te has enfrentado a ella?

—Porque no soy estúpida —hace una larga pausa antes de continuar—. Un día descubrí que su intención era revolverse contra mí. Yo cumplí su sueño, ¿sabes? Me fui a vivir a la zona comercial de Stella y triunfé como modelo. Rous nunca me perdonará que le haya pasado por encima y soy consciente de lo peligrosa que es, lo mejor que puedo hacer es mantenerme fuera de su alcance.

—Que suerte tienen algunos —rezongo—. Yo, sin embargo, tengo que enfrentarme al enigma de una grabación que no contiene absolutamente nada. Lo único que pasó es que me quedé dormido en la habitación de Marcos.

—Algo tuvo que ocurrir —Gala aprieta tanto los labios que casi me duele verlo—. A la mañana siguiente, encontraron el cuerpo de Marcos en su habitación, muerto de un balazo.

—Lo hizo Rous —garantizo en un susurro.

—¿Estás seguro de eso? Rous nunca ha matado a nadie —me cuestiona.

—¿Crees que lo hice yo? —niega lentamente—. Roy te dio la grabación, tuvo que intervenir de alguna manera.

—Tampoco me imagino a Roy matando a Marcos —disiente.

—Yo sí —reafirmo recordando cuando me empujo por las escaleras —. Hay una pieza importante de este puzle que no me encaja. Tú tienes la grabación en tu poder y dudo que Rous esté consciente de eso —la miro fijamente y Gala me aguanta la mirada—. Si hubieras llevado el vídeo a la policía, nos habrían detenido y se habría investigado el caso hasta saber la verdad. Dudo que te hayas contenido de hacerlo por escrúpulos en lo que respecta a Rous o a mí, así que debías tener algún otro motivo.

—¿Me estás acusando? —inquiere con una voz afilada como una cuchilla.

—No, Gala —su semblante de relaja un poco—, pero creo que hay algo que no me has dicho.

—No tengo que dar explicaciones —la tensión vuelve a ser palpable en cada uno de sus rasgos—. Rous se metió en un juego más peligroso de lo que creía. Marcos no era un chico corriente, era el hijo mediano de una familia con la que no hay que meterse. Se cerró el caso sin buscar grandes explicaciones porque así es como más convenía. Si hubiera presentado cualquier prueba, mi seguridad habría corrido peligro.

—Tú conocías a Marcos —comprendo—, me refiero a que sabías de su vida tanto como Rous.

—Eso no es asunto tuyo —me corta.

—Claro —hago una pequeña pausa—. Si no querías verte envuelta en esta historia, ¿por qué viniste a buscarme al Awakening?

Gala medita durante unos segundos si debe contestarme.

—Quería saber si eras culpable —reconoce.

—¿Por qué?

—¿Importa?

—Sí, me importa —insisto.

—Sólo quería saber si Rous te había echado a perder hasta ese punto y si habías logrado rehacer tu vida después de eso —admite al fin.

No sé qué decirle. Me parece imposible que, a su manera, Gala esté reconociendo que estaba preocupada por mí.

Día 251 – Maltrato –

No tenía pensado salir esta noche, pero al plegar de trabajar del Awakening me he encontrado un mensaje de Selene pidiéndome que fuera al parque Saeta en cuento pudiera. Ni siquiera me he detenido a pensar en que algo fuera mal, he emprendido el camino de inmediato a pesar de ser ya madrugada.

Selene nunca ha sido trasnochadora y la Saeta se cierra de cara al público cuando oscurece. He intentado llamarla varias veces, pero su móvil comunica como si estuviera apagado o sin señal. La urgencia impide que me detenga y que maldiga entredientes por no tener un coche con el que desplazarme más rápido.

Me dirijo en busca de Selene sin saber cómo encontrarla.

Cuando llego al parque Saeta, estoy sin aliento. El aire es tremendamente frío y todo está oscuro, la poca luz que hay proviene de un club de tenis privado que hay a algunos metros de distancia. El aparcamiento está vacío y no hay ni un alma, me rodea el estremecedor silencio de la noche mientras observo los inquietantes árboles en busca de un rostro familiar. Paso varios minutos recorriendo los alrededores del parque, exhalando vaho por la boca debido al frío, hasta que la distingo guareciéndose junto a un murete.

En cuanto empiezo a acercarme, veo que se sienta en el suelo haciéndose un ovillo.

—Selene —la llamo.

Ella alza el rostro y veo el surco de las lágrimas en sus mejillas. Se ha enfundado en unos tejanos y se ha recubierto con un anorak azul oscuro que hace resaltar todavía más su pañuelo violeta. Sin saber qué hacer, me arrodillo delante de Selene con la vista fija en sus ojos marrones, dilatados como los de un animal asustado. No dice nada, no habla, y sólo pasan unos segundos que se me hacen eternos antes de

que alargue una mano para tocarla.

Suelta un grito y entonces me doy cuenta de que está llena de magulladuras.

Día 252 – Las lágrimas ocultas de Selene –

He pedido fiesta en el Awakening y me he quedado en casa cuidando de Selene. Ayer noche no logré que me contara nada, no estaba en condiciones de hablar, así que me limité a traerla hasta mi casa prácticamente arrastrándola. Una vez llegamos, se quedó dormida en mi cama hasta principios de la tarde. Se ha despertado llorosa y con la voz rota, pero la he convencido para que coma algo de sopa y se dé una ducha.

—Lo siento —se disculpa en un susurro.

Está sentada encima de mi cama abrazándose las rodillas. Le he dejado un pijama de manga larga que le va ancho de todas partes, lo que le confiere un aspecto aún más inocente.

—No pasa nada —contengo las ganas de tocarla—. ¿Te encuentras mejor?

Selene niega con la cabeza y sus ojos se llenan de lágrimas. Su llanto va en aumento como una cortina de agua que recorre su rostro y deforma sus facciones. Siento que el corazón se me deshace en pedazos por la pena y una ansiedad protectora embota mis sentidos. Me siento con cuidado a su lado y la rodeo con los brazos, aferrándome a ella con tacto y exigencia. Su cuerpo tiembla sin parar como la vibración de un cristal, es tan frágil en estos momentos que tengo miedo de que se desmorone entre mis manos. Al principio se mantiene rígida ante mi contacto, pero acaba por apoyar la cabeza en mi pecho sin dejar de llorar.

—Sea lo que sea, ya ha pasado —la consuelo.

—No —me contradice con voz temblorosa—, nunca dejará de pasar.

—¿Quién te ha hecho esto? —inquiero acariciando los rasguños de sus brazos. No me responde y su temblor aumenta—. Yo soy tu sol,

seré tu sol, no voy a dejar que nadie te haga daño.

—Yo soy la que se hace daño —repone.

—¿Por qué?

—Hay cosas que no sabes de mí —gime—. No soy buena, nunca he sido buena. Estoy sucia por dentro y tengo el alma podrida.

—No digas tonterías —la reprendo—, tú no eres nada de eso.

—Una vez tuve ilusión, tuve ganas de descubrir que podía ofrecerme la vida, pero poco a poco me fui dando cuenta de que es un camino lleno de barro. Aprendí que debía tragarme las lágrimas, ha ocultarlas de los ojos de los demás. Perdí mi inocencia y me convertí en la persona que soy ahora.

—No es cierto. He conocido a muchas personas que dejaban mucho que desear, Selene, pero tú estás muy lejos de parecerte a ninguna de ellas.

—Soy una desgraciada que lo único que haces es cavar más hondo el pozo de su desdicha —me mira fijamente a los ojos—. Cuando te conocí, creí que éramos parecidos y que podríamos ayudarnos el uno al otro. Te juzgué por ayudar a Rous, por volver a entramparte en tu pasado, en tu oscuridad, y no quedarte conmigo. Durante estos días me he ido dando cuenta de que probablemente eso sea lo mejor, no podemos huir, y tú no te mereces la carga que supone alguien como yo.

—No tienes razón, Selene —le acaricio los cabellos—. Eres demasiado dura contigo misma.

—Hay algo que nunca te conté —sus palabras resuenan como si tuviera los labios enganchados y no articulara bien—. Mi madre me daba palizas cuando mi padre o James no se lo impedían, pero mi tío… Durante muchos años nunca se lo dije a nadie, pero diría que tenía sólo seis años la primera vez que me violó.

»A veces mis padres no tenían tiempo para supervisarme ni a mí ni a mi hermano, así que nos dejaban a cargo del hermano de mi madre, mi tío Jeremy, y nosotros lo preferíamos así. Estaba soltero y disponía

de tiempo libre para cuidar de sus sobrinos, con él no habían gritos ni palizas, todo eran buenas palabras y mimos. El problema empezó cuando se inventó juegos que consistían en tocarme demasiado. Al principio no sabía que me hacía, pero acabé por tenerle tanto miedo como a mi madre.

»No tengo ni idea de cuantas veces abusó de mí durante los siguientes años, pero los recuerdos de lo que me hacía quedaron grabados a fuego en mi mente. Muchas noches soñaba con él y las pesadillas hacían que me despertara con ganas de llorar. No me atrevía a contárselo a nadie, ni siquiera a James. Tuve que lidiar con esos recuerdos y con su presencia yo sola.

»Desapareció de mi vida de la forma más inesperada, se marchó a vivir fuera de Stella. Con el tiempo fui olvidándolo todo, incluso la expresión de su rostro. Conocí a Christian y mi vida tomó un nuevo rumbo sin pesadillas, una manera de huir de mi espantosa vida. Le conté todos mis secretos, incluido las sucesivas violaciones por parte de mi tío. Christian no me despreció, no me vio como un trapo usado, como a alguien repulsivo, me ofreció una vida a su lado donde no tendría que sufrir más.

»Un día vino a buscarme, el mismo día que Jeremy se presentó de improviso en casa a hacer una visita de cortesía. No estaba preparada para verlo, no estaba preparada para volver a enfrentarme a él… No supe medir mi reacción, me puse a gritar en el salón de casa delante de mi padre y Christian, señalando a mi tío Jeremy como si fuera lo único que podía ver. James acudió a la sala en cuento oyó mis chillidos y, delante de todos, revelé todo lo que me había estado haciendo durante años de la misma manera que se libera el agua de una presa.

»Mi padre siempre había sido un hombre tranquilo, con poca sangre en las venas, pero la noticia lo conmocionó. Fue en busca de su escopeta, una que guardaba desde los tiempos en los que iba de caza, y empezó a disparar y a gritar. Su actitud cambió radicalmente a partir de entonces, me impidió salir de casa durante muchos días y aun cuando logré que se sosegara con el paso del tiempo, no dejó de

controlarme nunca y de prohibirme que me acercara a ningún hombre. Cada día estaba implícita la amenaza que suponía no obedecerle, la escopeta fiel a su mano cada vez que me demoraba más de lo necesario.

Selene ha dejado de llorar, pero creo que es sólo porque no le quedan más lágrimas.

—El resto de la historia creo que ya te la sabes —me dice.

—Tu tío es un cerdo despreciable al que hay que capar —mascullo con las mandíbula tensa por la ira.

—Él tiene el poder de decidir si James estará en prisión la mayor parte de su vida o si tendrá alguna posibilidad de que se reduzca su condena —traga saliva como si le doliera el cuello—. No voy a engañarme a mí misma, no quería a mi propia madre aunque reconocer eso no me convierta en una buena persona, pero James es mi hermano y tengo que ayudarlo.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—Dándole a Jeremy lo que quiere —veo como un miedo indescriptible toma forma en sus ojos—. Mi vida de desdicha ha hecho que él sea el único testigo de la puñalada que le dio mi hermano a mi madre cuando esta iba a visitarle. Si yo… Bueno, Jeremy testificará a favor de James.

—¿¡Te has vuelto loca!? —bramo—. ¿¡Crees que voy a dejar que te comportes como una prostituta!?

Su rostro se convierte en la viva imagen del dolor. Sus gemidos de amargura me acuchillan el alma y la abrazo con más fuerza mientras lloro con ella y desparramo lágrimas con sabor a ira.

Día 253 – La dificultad de amar –

Me planto delante de la puerta con los brazos cruzados. Selene intenta apartarme con un gesto vacilante, pero no me muevo ni un milímetro y recula con una expresión contrariada. Hacía tiempo que no me sentía tan firme y tan dispuesto a impedir algo, es como si el acceso a mi casa su hubiera encogido detrás de mí y fuese capaz de ocultar la salida de los ojos de Selene.

—Axel, déjame salir —me exige.

—Me parece que no.

—No puedes retenerme aquí —protesta.

—Lo haré hasta que no esté seguro de que no vas a hacer ninguna burrada y me dejes acompañarte a la policía a denunciar a ese…

—No volverá a ponerme una mano encima —me interrumpe.

—Si lo hace, le arrancaré todos los apéndices del cuerpo empezando por los…

—Me ha quedado claro —me corta de nuevo—, pero déjame salir.

—¿A dónde irás?

—A mi casa —me promete intentando convencerme—. He estado demasiado tiempo fuera y eso puede convertirse en un problema. Con mi padre cerca, Jeremy no vendrá a buscarme.

—Aquí estás más segura —le discuto.

—Tú no —Selene frunce el ceño—. Ya te lo he explicado, mi padre no soporta a los hombres, se le ha metido en la cabeza que pueden hacerme lo mismo que me hizo mi tío. Si te ve cerca de mí, intentará matarte.

—Que mate a tu tío primero.

—Fue culpa mía —se lleva las manos al pañuelo violeta, un gesto

que ahora interpreto como una demanda de seguridad—. Fui yo quien le buscó a cambio de un trato. Una vez llegó la hora de la verdad, salí corriendo y él intento detenerme. Forcejeamos, tuvo miedo de que le hubiera tendido una trampa y me llevé varios golpes, pero creo que al final se cansó y me dejó ir.

—Tienes marcas que lo demuestran —señalo—. Si lo denuncias, tendrás el juicio a tu favor, Selene. No hace falta que vuelvas a enfrentarte a Jeremy, puedes darle su merecido y ayudar a tu hermano de la misma forma.

—Tal vez lo haga, pero ahora quiero volver a casa.

—¿No puedo convencerte para que te quedes?

—¿Tienes alguna razón para que me quede? —siento que sus ojos me hacen otra pregunta diferente—. Contéstame, Axel.

—Yo…

—Ya te lo dije —continúa sin darme tiempo a pensar—. Mi vida es una ruina, pero aún quedan cosas que me importan. No puedo abandonarlo todo por ti sin una razón.

—¡Claro que hay una razón! —exclamo.

—¿Cuál? —sus ojos me taladran—. Yo te quiero, Axel, puede que no sea más que un montón de despojos, pero siento algo por ti.

—¡Deja de insultarte a ti misma! —grito—. Tú también eres importante para mí.

—Pero… ¿Me quieres? —insiste.

Enmudezco, buscando la respuesta. Intento reunir todos los sentimientos en mi boca para articular las palabras que sellaran por fin mi odisea con Selene, pero no lo consigo. Entreabro varias veces mis labios, pero es un esfuerzo en vano. No sé cómo querer, no sé cómo amar, no sé cómo expresarlo cuando debo hacerlo.

Selene exhala toda esperanza con un suspiro.

—No te preocupes, lo imaginaba —vuelve a apartarme de la puerta y esta vez no tengo voluntad para impedírselo—. Quizás, debería

sentirme agradecida por haber tenido la posibilidad de haber soñado contigo, pero aun así, esto sigue pareciéndome algo triste. No te preocupes por mí, estaré bien —esboza una sonrisa melancólica, una sonrisa valiente en una chica que ya no aguanta más—. Algún día me marcharé de Stella, algún día sacaré el billete que me alejará de esta ciudad. ¿Vendrás a despedirme?

No espera a que le dé una respuesta, simplemente se va sin escucharme.

Día 260 – Encuentro programado –

—¿Estás segura? —Gala parece planteárselo unos segundos—. Puede que se imagine algo, ya ha notado que no me tiene tan controlado como creía. Si vas a ver a Rous, puede que nos descubra.

—No lo hará, está convencida de que te odio —me asegura.

—¿No le tienes miedo?

—No. ¿Y tú?

Hago tamborilear los dedos en la superficie de una de las mesas del Old City. Este pub de alta categoría se ha convertido en el lugar de encuentros furtivos entre Gala y yo. Es cierto que Rous cree que nos odiamos, tampoco es que seamos amigos, pero cada vez le hago menos llamadas interesándome por su salud y evito más encontrarme con ella. Sabe que algo se le escapa y asegurar que me vigila es poco decir.

—De pequeño creía en los monstruos —comienzo a decir sin dejar de repicar con los dedos—. Me los imaginaba por las noches dentro de mi habitación, acechándome en la oscuridad. Mi refugio era esconderme debajo de las sábanas hasta que amanecía —Gala me escucha atentamente guardando silencio—. Mi abuela siempre me sonreía cuando se lo contaba. Ella me decía que los mayores monstruos se pueden ver a la luz del día, que tienen forma humana y una sonrisa torcida.

—Sí, le tienes miedo —comprende.

—Rous es capaz de todo.

—Lo sé.

—Gala… —me aclaro la garganta—. Ten cuidado.

Me mira con una expresión indescifrable, probablemente sorprendida de que me muestre preocupado por ella tan abiertamente. No me responde, sólo asiente con una mirada seria.

Día 272 – La revelación de Gala –

Cuando el teléfono suena en mi bolsillo y veo en la pantalla el nombre de Gala Prior, me doy cuenta de lo mucho que pueden cambiar las cosas en unos días. Descuelgo y me llevo el móvil a la oreja, percibiendo su voz musical incluso antes de que empiece a hablar.

—Estoy trabajando, Gala. No tengo mucho tiempo —le advierto a modo de saludo.

—Es importante —asegura.

—Está bien. Dime.

—He visto a Rous, respondió al mensaje que le dejé —hace una pequeña pausa para ordenarse las ideas—. Nos encontramos en las afueras de Stella, cerca de los almacenes que hay junto al río. Le dije que quería hablar sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Tenía que buscar alguna excusa —se justifica—, no podía citarla en el nombre de la vieja amistad o alguna chorrada parecida. Nos tratamos con cordialidad y se divirtió mucho cuando le comuniqué que me había enterado de que tú y ella volvíais a estar juntos. No lo negó, se entretuvo explicándome vuestra apasionada relación.

—¿Dijo alguna cosa importante? —inquiero ignorando la burla de su voz.

—Algunas… pero en especial una que creo que deberías saber.

—Adelante —la invito a continuar.

—Axel… Rous no tiene cáncer.

Día 273 – La trampa de Rous –

Mi cabeza se ha convertido en una especie de circuito cerrado donde no deja de dar vueltas la misma idea. Cada paso que doy en dirección al hogar de Rous se convierte en un latido de mi corazón, una palpitación que impulsa la sangre que hierve en mis venas por la furia. No puedo contenerme de exigirle una explicación, pero sé que debo medir mis actos y actuar con cautela.

Cuando alcanzo el portal de su casa, toco el timbre con impaciencia. Sus padres no deben de estar, como es habitual, y tengo que esperar varios minutos hasta escuchar como alguien baja las escaleras para abrirme la puerta. Rous me recibe con los ojos entornados y la boca abierta por la sorpresa. Está adormecida como si se acabara de despertar y no me sorprende, aunque ya deben de ser las once de la mañana.

—No te esperaba por aquí —me saluda restregándose los ojos—. Podrías haberme llamado si tenías intención de venir.

—Lo he decidido de improviso —miento sin dejar de mirarla—. Dentro de una hora empiezo a trabajar y quería verte, saber cómo estaba tu estado de salud.

—Oh —intento dedicarle mi sonrisa más dulce y ella me corresponde con otra, medio adormecida—. Estoy bien. La verdad es que no puedo quejarme dentro de lo que cabe. Cada vez siento que me canso más rápido y el otro día escupí algo de sangre… pero no puedo esperar nada mejor. Al menos, quiero poder vivir lo que dure sin dolores innecesarios.

Me repito varias veces que me está mintiendo y que sólo actúa para engañarme, me esfuerzo en que mi voluntad no flaquee ante su comedia. Gala me aseguró que Rous no tiene ninguna enfermedad, una treta improvisada para retenerme a su lado sin necesidad de

chantajearme por mi participación en la muerte de Marcos. He venido hasta aquí dispuesto a vengarme de ella, pero ahora que la tengo delante no sé cómo se supone que voy a hacerlo. Tengo que encontrar una manera de obligarla a admitir la verdad.

—Rous, de verdad que lo siento —me paso una mano por la frente —. Si las cosas hubieran ido de otra manera, quizás yo…

—Axel, no podrías haber hecho nada.

—Podríamos haber tenido una vida mejor, un futuro mejor —intento no impresionarme demasiado por mi propia hipocresía—. Ojalá hubiera alguna manera de curarte el cáncer, de tener una segunda oportunidad.

No dice nada, se queda en silencio con los labios fruncidos.

—¿Quieres pasar adentro? —me ofrece de repente.

—Creo que te he pillado en un mal momento —repongo observando las ojeras que enmarcan sus ojos—. Puedo pasar por aquí otra vez cuando acabe mi turno en el Awakening, si quieres.

—Axel, he bajado a abrirte la puerta en pijama —me hace notar con un movimiento de cejas sugerente—. Ya me has despertado, no me hagas quedarme aquí afuera o cogeré frío.

No se lo discuto y la acompaño hacia el interior atravesando el portal. La casa de Rous es bastante grande, cuenta con dos plantas muy amplias y un garaje. En vez de subir las escaleras hacia el primer piso, tuerce hacia la derecha conduciéndome a una amplia sala gris que parece el parking. Rous se acerca hasta una de las estanterías polvorientas que recubren una de las paredes y extrae una especie de caja del tamaño de mi antebrazo. Le saca el polvo de un soplido y se gira para mirarme con una sonrisa maliciosa.

—¿Que hacemos aquí, Rous? —inquiero.

—Improvisar un cambio de planes.

Alguien me tapa la boca con un pañuelo húmedo y me sujeta del cuello con fuerza para que no me resista mientras caigo en un sueño profundo de inconsciencia sin darme tiempo a comprender que

sucede.

Día 274 – Encerrado –

Cuando abro los ojos me duelen todo el cuerpo y no distingo bien donde estoy. La cabeza me da vueltas y me pesa como si tuviera resaca, pero es peor que eso, me siento como si me hubieran soldado dos kilos de titanio en la nuca. Poco a poco voy consiguiendo que mis ojos enfoquen y descubro que estoy en un cuarto muy espacioso de suelo cimentado y paredes grises. El ambiente huele a polvo y unas oberturas en las paredes a modo de ventanas están obstruidas con pedazos de lo que parecen tablones de madera. La poca luz que entra me permite ver que estoy en algún lugar abandonado y desconocido para mí, pero la forma del techo me permite deducir que estoy cerca de un tejado.

Cuando llevo varios minutos estando consciente, intento recordar que ocurrió antes de que me trajeran a este lugar, pero tengo la mente en blanco y demasiado embotada. Llevo la misma ropa que cuando vi a Rous, una camisa negra y unos tejanos oscuros ligeramente desgastados. No puede haber pasado mucho tiempo desde que me encerraron en este lugar, pero no tengo ninguna manera de saber qué hora es ni en qué momento del día estoy.

Trato de moverme y me doy cuenta de que algo atenaza mis muñecas. Giro la cabeza hacia un lado haciendo una mueca de dolor y veo que una gruesa cuerda me mantiene sujeto de rodillas al suelo a través de dos cáncamos. Tampoco puedo mover las piernas, pero soy incapaz de ver que me las inmoviliza. Tiro de un lado y del otro con todas mis fuerzas, pero no sirve de nada. Percibo el dolor en las muñecas por la rozadura de las cuerdas y el suelo áspero limándome el tejido del pantalón y las rodillas. El agotamiento y el malestar por la postura forzada también me atormentan, pero no tengo forma de aliviarlo.

Rous me tiene a su merced.

Día 275 – Lacayo –

Al despertarme es cuando me doy cuenta de que en algún momento me he quedado dormido. No sé cuánto tiempo llevo inmóvil, paralizado por las cuerdas atadas a mis muñecas y a mis tobillos, pero probablemente haya pasado ya más de un día. Supongo que el agotamiento debió vencerme y me permitió dormir, sumergirme en un fingido sueño donde todo iba bien y podía ver el rostro de Selene.

Cuando abro los ojos no es su rostro el que veo, sino el de un chico rubio que me escupe el humo de su cigarro a la cara con una sonrisa retorcida. Roy Otero me vigila ladeando la cabeza y deduzco que ya se habrá percatado de que estoy despierto, no servirá de nada fingir. Apenas puedo distinguir el brillo de sus ojos ambarinos, pero sé que no voy a encontrar en ellos ningún tipo de bondad.

—Ya te echaba de menos —le dijo con la garganta reseca.

Roy se ríe por lo bajo, el tipo de risa de alguien que cree que está en una posición superior.

—Creo que deliras o algo así, Rous no te ha metido tanta droga como para eso —da otra calada—. ¡Ah! Eres idiota de nacimiento, se me olvidaba.

—No te preocupes, yo he tenido el mismo fallo al no acordarme de que eres demasiado tonto para diferenciar una ironía.

Se acerca hasta mí y me coge del cuello obligándome a alzar el rostro. Los músculos del se me contraen ante su contacto y la presión que ejerce hace que me cueste respirar. Trato de aguantarle la mirada y tragar la bilis que me provoca su sonrisa torcida, pero estoy demasiado débil y me convierto en una marioneta en sus manos.

—Si por mi fuera ya te habría matado y lanzado tu cadáver al río Saeta, pero Rous te quiere vivo y medio consciente —me suelta y se pasa una mano por el jersey como si se hubiera ensuciado las manos al

tocarme—. ¿Cómo alguien tan inútil puede tener tanta suerte? No lo entiendo.

—Pensar nunca ha sido lo tuyo, Roy.

Casi siento el golpe antes de que me lo dé. El porrazo de su mano impacta en mi rostro como una onda de dolor, un tortazo que me hace girar la cara hacia un lado. Noto un hilillo de sangre emanando de mi nariz hasta mis labios, pero el dolor de haber movido el cuello tan bruscamente después de tanto tiempo en la misma postura, tapa cualquier otra percepción. Será mejor que deje de provocarlo si no quiero sufrir más, pero la impotencia que siento me obliga a atacarle con lo único que todavía no me han quitado, el habla.

—Deberías estar satisfecho, estoy seguro de que has sido tú el que me ha arrastrado hasta este lugar —comento tratando de obtener algún tipo de información.

—Arrastrar no es la palabra adecuada, más bien cargar —sacude la mano en el aire y veo que a él también le ha dolido el golpe, no vale ni para eso—. Al menos creía que serias capaz de reconocer este lugar.

—No he estado nunca aquí.

—Es el ático de la casa de Rous, una especie de trastero del tamaño de una planta —estira los brazos hacia ambos lados para señalar la extensión con cierto orgullo, como si algo de lo que hubiera allí le perteneciera—. Hace algunos años, queríamos reformar este piso y convertirlo en una especie de despacho privado, pero Gala y tú nos distraíais demasiado.

—Rous siempre ha necesitado a alguien que le haga el trabajo sucio.

—Es una colaboración —me dedica una sonrisa obscena.

—Yo creo que sólo eres su lacayo —toso y se me entrecorta la voz —. ¿Con que te paga? ¿Con drogas o con su cuerpo?

En vez de volver a pegarme, suelta una carcajada sonora.

—Me gusta lo retorcida que es, su estilo a la hora de llevar a cabo sus planes —su sonrisa se ensancha mostrando todos sus dientes—. Te

ha metido aquí teniéndolo ya todo preparado. No importa si gritas o forcejeas, nadie te va a oír, sólo disfrutaremos más del espectáculo.

—Una vez fuimos amigos —el recuerdo, aunque me es poco grato, toma color en mi mente—, ahora te diviertes contemplando mi ruina. Yo soy una marioneta sujeta por las cuerdas, pero tú sigues siéndolo incluso con los hilos cortados. Observas lo que Rous maquina mientras mueve los hilos para que te muevas a su compás —mis ojos y los de Roy se encuentran de una forma lejos de ser agradable—. No olvides que a ella le da igual si la marioneta se rompe mientras sea divertido.

—Yo no soy tú —escupe entre dientes—. No me compares contigo, yo no soy la marioneta de nadie.

Tal vez, tiempo atrás, habría podido ayudar a Roy, pero él no quiere salirse del mundo en el que se ha enredado. Razonar con él es una pérdida de tiempo, sólo hace falta esperar que Rous se canse de él.

—Cree lo que quieras, Roy.

—No soy yo quien se ha dejado engañar para acabar atado en este sitio —argumenta con las pupilas temblando en sus ojos—, tú eres el que se metió en un círculo sin saber donde ponía los pies.

—Hay pocas sensaciones tan desagradables como estar encerrado en una jaula, esa ausencia de libertad, de agobio, de malestar, de parálisis… —veo su satisfacción al creer que hablo de la situación en la que me encuentro—. De todas las jaulas que conozco, la peor es la de tu mente, Roy.

Cierro los ojos antes de que vuelva a golpearme al no tener nada inteligente que responderme.

Día 276 – Manipuladora –

Hace frío, noto los huesos como si fueran de hielo, y no dejo de tiritar mientras sigo vestido con la misma camisa negra y los mismos tejanos desgastados, un atuendo que no me guarecen de mucho en pleno mes marzo. Esperar que Roy me trajera una manta sería parecido a buscar el paraíso en un estercolero.

Desde que estoy confinado en esta buhardilla me ha desatado un par de veces para conducirme al baño, la mayoría de veces casi arrastrándome por la camisa. Estoy tan débil que incluso un niño de cinco años podría tumbarme con un dedo, así que no tengo manera de ofrecer resistencia cada vez que le apetece tratarme como si fuera un trapo. Me he dado cuenta de que el acceso al ático donde me retienen es mediante una trampilla a la que se llega con una escalera de mano que sólo está puesta cuando Roy se ha asegurado de que las cuerdas no me van a dejar huir. No podría saltar desde ahí sin lesionarme y eso complicaría mucho más la huida posterior.

Rous ha subido un par de veces a verme y aunque se ha mostrado excepcionalmente dulce, casi tímida, me he negado a articular ni una sola palabra en su presencia. Soportar a Roy es más sencillo, es estúpido y cruel, pero al menos tengo la satisfacción de entretenerme insultándolo; Rous se comporta como si me estuviera haciendo un favor en vez de torturarme, su nivel de cinismo es sobrecogedor.

No me he resistido a comer, aunque Roy ha preferido tirarme algo parecido a una sopa por encima cuando le he dicho que tiene cara de orangután. En realidad me ha hecho un favor, estaba caliente. No me resisto cuando me suministran la droga ya que mientras más tiempo duerma, menos tiempo tendré que estar consciente.

—Tendré que hablar con Roy sobre cómo te trata, mira como te ha dejado la cara de tantos golpes, creo que te ha torcido la nariz —chasquea la lengua con disgusto mientras me limpia el rostro con un

paño húmedo. El agua caliente sobre mi piel me parece lo más agradable que he disfrutado en años—. A veces se le olvida que eres mi invitado. He intentado convencerlo para que hagáis las paces, pero ninguno de los dos me lo ponéis fácil. La verdad es que me haría ilusión que os volvierais a llevar bien, ambos sois muy importantes para mí —me sonríe, una sonrisa que se podría describir como hermosa si no tuviera ganas de escupirle a la cara—. He pensado que cuando todo esto termine podríamos hacer un viaje juntos, incluso irnos a vivir a Londres con Roy.

—Estás loca —digo sin ser capaz de contenerme.

Rous entorna los ojos como si la hubiera ofendido, pero continúa lavándome la cara y enjuagándome el cabello que sigue pegajoso desde mi última riña con el carcelero de poca monta que ella me ha impuesto.

—Sólo es cuestión de tiempo, Axel.

—No puedes tenerme aquí encerrado para siempre.

—¡Claro que no! Esto es sólo parte de proceso, hacen falta unos cuantos días más para que te vuelvas adicto a la droga, entonces ya podré volver a soltarte —sus labios de color carmín, tan vistosos sobre su piel morena, me hipnotizan con su movimiento en cada palabra—. Entonces podremos ser felices, Axel. Te tendré para mí y será para siempre.

—¿De dónde has sacado la droga?

—Aprendí muchas cosas de Marcos, me enseñó cómo funcionaba su mundo y a cambio yo le ayudaba con todo lo que él que quería, pero a mí no siempre me gustaba lo que él quería —noto el contacto de sus dedos sobre mi piel maltrecha—. Marcos la llamaba "droga de la persuasión", era la que más a menudo me suministraba. Debilita el cuerpo las primeras veces hasta que no te acostumbras, nubla la mente y cuesta pensar con claridad. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? —noto como la cabeza me pesa más mientras la escucho y ella se ríe con alborozo—. Cuando hayas tomado las suficientes dosis, tu adicción será tan grande que no podrás vivir sin ella. Sólo yo podré

suministrártela... y tu amor por la droga se convertirá en amor por mí.

—Tiene que ser frustrante saber que la única forma que tienes de poder hacer que te necesite, sea drogándome.

—Yo sé que me amas, Axel.

—¿Cómo se puede querer a alguien que toda su vida te ha usado como una alfombra para sus planes? Ya no tienes palabras con las que pueda soñar, Rous, ni tampoco promesas que pueda creer —sus ojos oscuros parecen inmóviles mientras me observa con impasividad—. Siempre dices que no harás lo que más dispuesta estás a hacer. Estoy cansado de tus cuentos y de tus sentimientos fríos. Me iré, estaré lejos de ti en cuanto tenga la oportunidad.

—Ya te fuiste una vez y te encontré, lo volveré a hacer —me dice con un susurro amenazador.

—Me fui como el humo de la bala que le disparaste a Marcos —me cuesta hablar, pero no quiero callarme cuando ya he dado rienda suelta a mis emociones—, me fui mucho antes de que pudieras verme otra vez. Me levanté una mañana sin querer buscar nada que se pareciera a ti, tracé mi camino y te eché fuera de él, no eres ni serás bienvenida a mi vida. Conservo los recuerdos en los que apareces sólo para volverme más fuerte, asesinaste todo lo que sentía por ti con dolor, con tu perfecto veneno —los rasgos de Rous se tensan partiendo su fachada y dejando ver poco a poco su cólera creciente—. No podía odiarte porque cada uno de nuestros errores fue mi error, uno de mis sucios errores. Puede que esté enfermo de pecados de los que tú formas parte, y eso me irrita constantemente como una patada, la patada que tú te mereces. Pero sé esperar, sé que te aguarda algo mejor y que pondrá a prueba la resistencia que tienes a escaparte de todo lo que no está controlado por los garfios de tus manos —hago una pausa y cojo impulso para escupirle las últimas palabras—. No hay nada bueno en ti que no sea una ilusión, no tienes nada que darme ni nada que ofrecerme de tu alma corrupta.

Rous mantiene la compostura, digiere su propia ira hasta que un falso sosiego le permite actuar con su habitual astucia. Noto como sus

dedos recorren la línea de mi mandíbula hasta mi garganta y allí acaricia mi nuez. Me contempla con deseo y una sonrisa de suficiencia.

—No son más que palabras, Axel —dice en voz muy baja, como un velo agridulce que me restriega por la piel—. Al final soy yo la que gano, como siempre —me besa, apenas un ligero roce, pero me pasa la lengua por los labios antes de separarse y no reprimo un estremecimiento desagradable—. Te lo demostraré y lo haré muy pronto.

Día 277 – Maldad en cadena –

Sigo sufriendo por la postura a la que me obligan a mantenerme las cuerdas. Seguramente, Rous me habría dejado más libre si hubiera hecho una actuación apropiada en vez de decirle todo lo que pensaba. Tampoco me arrepiento, no tengo ganas de fingir ni de ganarme la compasión de mi captora.

Cada vez que Roy me fuerza a moverme, el dolor es aún peor que cuando estoy atado, incluso cuando me obliga a descender por las escaleras hasta el segundo piso, creo que voy a derrumbarme en cualquier momento. Notar como es Roy quien ha de cargar con parte de mi peso es tan denigrante como atormentador. Más de una vez me ha provocado algún traspié, él disfruta sintiéndose más fuerte que yo, algo que en condiciones normales no sería así.

Las siguientes veces que Rous ha subido a verme han sido más parecidas a las primeras, intrascendentes por mi parte. Aun así, cada una de sus miradas oculta un único pensamiento: me las hará pagar por mi insumisión. Está anocheciendo cuando sube una última vez y sólo con verla sé que se propone algo que no me va a gustar.

—Espero que estés haciendo progresos —me dice con un tono conciliador que me hace arrugar la nariz—. Cuando se me ocurrió esta idea, no tenía pensado tenerte aquí más de dos días, pensaba que eso sería suficiente. Estás resistiéndote demasiado.

—Yo no soy tan manejable como tu lacayo.

—Roy es un medio para un fin, pero no te pongas celoso, incluso siendo más tozudo que una mula, sigues gustándome más que él —se pasea frente a mí como si se exhibiera, recordándome el placer de poder caminar con libertad —. Si pusieras las cosas más fáciles, no tendría que haber recurrido a esto.

—¿Desde cuándo lo tenías planeado? —inquiero.

—Cuando tuve que mentirte y decirte que tenía cáncer para que no me cambiaras por la otra, tuve que buscar un plan alternativo para solucionarlo —deja de dar vueltas y se sienta frente a mí con las piernas cruzadas—. Si hubieras sido más dócil, puede que me lo hubiera ahorrado y te hubiera dicho la verdad.

—Ya sabía la verdad.

—Gala nunca podría tener la boca cerrada, ¿verdad? —su sonrisa está lustrosa de odio—. Es una traidora, siempre ha sido una traidora. Incluso odiándote, supuse que se las arreglaría para hablar contigo y enseñarte la grabación, por eso le pedí a Roy que se la enviara.

—Te arriesgaste demasiado.

—No, no lo hice —me asegura mofándose con la mirada de mi falta de información—. Gala está de mierda hasta el cuello, como todos nosotros. ¿No te conté nunca que Marcos y ella se habían liado? Sabía que tenía que vengarme, de ambos, pero Gala es muy escurridiza.

—Así que planeaste matar a Marcos.

—No, eso fue un accidente, nunca te he engañado con eso —ladea la cabeza hacia un lado—. Siempre lo planeo todo, no me gusta dejar cabos sueltos, pero a veces surgen imprevistos. Cuando nos colamos en la habitación de Marcos, se suponía que él estaba fuera de Stella y que no iba a volver hasta el día siguiente. Sabía que te dormirías cuando ingirieras el suficiente alcohol, de esa forma podría incriminarte en el caso —se ríe mientras algunos rizos le cubren parte de la cara—. Tenía pensado matar a Marcos más adelante y no de la manera que ocurrió, se presentó sin avisar y entró en la habitación. Roy estaba esperando fuera para advertirme si venía alguien en caso de emergencia, pero el muy idiota ni se enteró de que Marcos había entrado en la casa hasta minutos después, tuve que improvisar.

—Le disparaste.

—Marcos me había regalado un arma para defenderme, me tenía tan dominada que nunca habría imaginado que iba a matarlo con ella —se aparta el cabello de la cara y su expresión se endurece—. Le pedí a Roy que le disparara cuando Marcos se abalanzó sobre mí, pero no

tuvo el valor de hacerlo. Tuve que arrebatarle la pistola y hacerlo yo misma mientras Roy te sacaba de allí, ajeno a todo lo que ocurría.

—Y así es como mataste a quien una vez habías querido —dictamino con la quijada rígida al estar seguro de cual puede ser mi destino.

—¡Marcos no me quería, quería dejarme por Gala! —golpea el suelo dando una palmada mientras sus labios forman una mueca—. Mi mejor amiga no tuvo escrúpulos, me arrebato todo lo que tenía. Desde entonces estuve planeando como darle su merecido y quitarle lo que yo más deseaba y ella más quería: tú, Axel.

—Esa es tu gran justificación, venganza —cierro los ojos meditando en todo lo que he estado escuchándole decir desde que ha vuelto a subir—. Yo apenas conocía a Marcos, él no estaba interesado en tipos como yo. Tanto tú como Gala lo describís como una persona lo suficientemente corrupta como para que la policía ignorara el crimen y decidiera no investigar, pero… ¿Qué hay de mi?

—Gala, Selene… —recita sin ningún tipo de emoción—. Habrías escogido a cualquiera de ellas antes que a mí cuando yo era la única que te quería realmente y se enamoró de ti. Tenía que encontrar una manera de atarte para siempre.

—Así me convertiste en un personaje más del teatro de tu vida, siempre sentado en la última fila y esperando que me prestaras atención —Rous enarca una ceja como si esa comparación le pareciera acertada—. Eso no es lo que yo quiero.

—Creo que no te has dado cuenta todavía que lo que tú quieras, no importa —Roy comienza a subir las escaleras con la droga—. Es evidente que no sabes escoger bien lo que te conviene, por eso elegiré yo por ti a partir de ahora.

No me molesto en replicar, el semblante de Roy me preocupa mucho más. Tiene las comisuras de los labios curvadas en una mueca singular, la misma que pone siempre que sabe que va a ocurrir algo desagradable. En todo el tiempo que he pasado aquí encerrado, no le he visto adoptar ni una sola vez esa expresión hasta ahora y empiezo a

sentirme inquieto. Roy no suele ser delicado en casi ningún aspecto, no le importa contemplar el sufrimiento ajeno ni se pone nervioso cuando ve sangre como Kenzo.

La caja que le vi coger a Rous en garaje el día que me secuestro, es la misma que él le entrega y ella abre para extraer de su interior una jeringuilla y un pequeño frasco transparente que contiene un líquido turquesa. Observo como en esta ocasión la dosis de lo que me van a inyectar es mucho mayor, exageradamente mayor, y eso no puede augurar nada bueno.

No sé mucho de drogas, ni siquiera he probado nunca el tabaco a pesar de que mi antiguo compañero de piso es un fumador empedernido, pero tengo la percepción de que ese fluido no es algo que quiera tener corriendo por mis venas.

Día 278 – Deseo oscuro –

Percibo la presencia de Rous, pero el cansancio es tan extremo que no logro mantener los ojos abiertos por mucho que me empeñe en intentarlo. No sé si es de noche o si soy yo el que no consigue discernir si hay más o menos luz, pero todo me parece oscuro a través de mis párpados entrecerrados.

—¿Te diviertes contemplándome? —la interpelo sin saber exactamente donde está.

—Siempre he disfrutado contemplándote —hay un deje de admiración en su voz que me asombra y me asquea—. Saber que te tengo aquí y que eres mío me produce una satisfacción que no sé describir con palabras.

—Soy tu juguete preferido.

—Y yo soy una chica que está muy aburrida —oigo el ruido de sus pisadas avanzando en mi dirección—. Estoy sola en casa, hoy Roy no ha querido venir a verte.

—¿Dónde están tus padres, Rous?

—En París, atendiendo unos asuntos de negocios —la noto cada vez más cerca—. Ya sabes que siempre han trabajado mucho, le han dedicado toda su vida al trabajo, pero a mí me parece un desperdicio. Muchos días no llego ni a verlos, otros sólo logramos cenar juntos. De todos modos, lo prefiero así, no podría tenerte aquí si ellos estuvieran rondando por la casa.

—Eso significa que no hay nadie que te vigile.

—Lo que significa es que estamos solos —repone con una voz que no augura nada bueno—. Hay cosas que me encanta hacer cuando tú y yo estamos solos.

Se arrodillada muy lentamente hasta ponerse a mi altura y noto su

aliento en mi cara. El corazón me palpita con un retumbo cuando distingo sus pupilas examinándome tan de cerca, llenas de un deseo oscuro que me acobarda. El estomago se me contrae cuando sus rizos me hacen cosquillas en el mentón y comienza a besarme el cuello, una ráfaga de besos que me trastornan y, a diferencia de otras ocasiones, me incomodan. Sus manos se acomodan a la forma de mi cara y me besa con pasión, recibo su sabor y su lengua, pero no disfruto de la sensación. Nace en mí una repulsión que nunca antes había experimentado y trató de girar el cuello, pero ella no me suelta.

—¿No quieres que te bese? —me pregunta con una murmuro de anhelo.

—No, quiero que me sueltes.

—Que chico tan malo —se ríe.

Vuelve a besarme y me resisto moviéndome bruscamente, sacudiéndome a pesar del dolor que eso me acarrea. Rous me reprende con un mordisco que me hace sangrar el labio, un bocado que me hace daño y que me llena la boca de mi propio líquido rojo. Suelto un gemido que no logro retener, pero no es un gemido de placer, aunque a ella parece excitarle igualmente. El exceso de droga al que me sometió hace que me sienta como si estuviera sumergido en una pecera.

—Rous, para —le ordeno con la mayor firmeza de la que soy capaz.

—¿Cómo dices? —se burla.

—¡Digo que te estés quieta! —le grito alterándome.

Rous empieza a reírse a carcajadas y me abofetea, una risa sádica y demencial que me hiela la sangre y que me hace ignorar el dolor de su tortazo.

—¿Pero cómo te atreves? —me cuestiona con una diversión rabiosa —. Yo hago lo que quiero contigo, eres mi juguete, tú lo has dicho. Voy a divertirme contigo, me lo debes después de cómo me has insultado durante a todos estos días —veo como se comienza a quitar capas de ropa—. Ya lo creo que voy a divertirme.

No tengo tiempo de replicar antes de que empiece a desabrocharme la camisa botón a botón. Mi respiración se acelera y sé que debo impedírselo, intento resistirme en un acto reflejo, pero las cuerdas están demasiado apretadas para permitirme zafarme de ella, lacerándome la piel con cada tirón. Rous deja mi pecho al descubierto con un ronroneo y las bajas temperaturas hacen que se me erice el vello mientras ella suelta una risa baja y yo jadeo.

Empieza a besarme restregando su torso contra el mío, pero me parece un contacto áspero, una fricción que hace reaccionar perezosamente a mi cuerpo poco predispuesto. Sus manos acarician mi figura con las yemas de los dedos hasta llegar a mi trasero donde me clava la uñas haciéndome rugir de rabia. Mi respiración se acerca a la hiperventilación y noto como si los pulmones y el corazón me fuesen estallar, como si un martillo golpeara mi tambor interior pidiendo guerra. Los dientes me rechinan y trato de abalanzarme contra ella soltando bufidos, pero es inútil.

Rous se burla de mí sosteniéndome la mirada y pasándose un dedo por los labios gruesos. Ese gesto siempre me ha hecho enloquecer, pero ahora sólo tengo ganas de llorar por la impotencia de saber que no puedo impedirle nada de lo que se le antoje mientras juega con mi cuerpo sin mi consentimiento. Tantas veces he disfrutado de estar con Rous… y ahora sólo quiero que pare, que deje de tocarme, porque ella no me quiere ni me querrá nunca, sólo se regocija por poder demostrarme que puede hacer conmigo lo que desee.

Cuando empiezo a comprender que me está violando, mi desesperación y mi rabia aumentan hasta límites que nunca habría llegado a sospechar. Puedo asumir que Rous me haya engañado y utilizado, pero nunca de esta manera, no en una situación en la que yo debería tener el control. No puedo hacer nada cuando desabrocha mis pantalones y baja mis bóxers, no puedo hacer nada para taparme y dejar de estar desnudo antes sus ojos avariciosos. Gruño, porque no soy capaz de gritar, cuando sus manos frías empiezan a descender y al poco tiempo empiezo a sudar.

Alzo el rostro en dirección al cielo llorando sin lágrimas, rendido

ante la excitación que reina en mí como unas brasas que se apagan y se encienden, una tortura que me hace sentir miserable y degrada mi voluntad.

Día 279 – Amargura –

Despertar cada mañana atado, drogado y dolorido ya es suficiente infierno como para tener que degustar en mi boca la amargura de los abusos de Rous. Es como si mil alfileres se clavaran en mi mente, todos ellos esbozando su nombre en cada rincón de mi cabeza con placer y repulsión. Ni en el mundo de los sueños puedo encontrar ya la paz, ahora aparece Rous en ellos erizándome el bello con su voz.

Todo me da vueltas entre remordimientos y decadencia.

Nunca imaginé que algo así podría pasarme, me siento patético y débil, como un títere incapaz de razonar o de decidir. Me pregunto si Selene se debía sentir así cuando unas manos ajenas la tocaban, si debía recordar cada caricia y cada beso con asco mientras lloraba. La comprendo ahora mejor que nunca antes, entiendo la carga emocional que tuvo que soportar durante años, el peso de unos recuerdos que no quieres conservar, pero que no sabes cómo borrar…

Pensar en ello sólo me produce más amargura.

Día 280 – Liberación –

Un ruido sordo, como el de un peso rebotando sobre un suelo hueco, me despierta. Al principio estoy turbado por los efectos de la droga, pero al cabo de unos segundos, me doy cuenta de que hay mucho jaleo en piso de abajo. Intento prestar atención a pesar de que el dolor de cabeza me dificulta la tarea, pero no oigo nada más hasta el cabo de unos minutos cuando alguien parece estar arrastrando algo y dando golpes contra techo, justo en la zona en la que yo estoy postrado.

Me sorprendo al escuchar a alguien acercarse a la trampilla de acceso y comprendo que el ruido que oía era la escalera de mano al ser colocada. Deduzco que debe ser Roy y me preparo para visualizar su cabello rubio y su cara de rata estreñida. Cuando Gala se asoma y la reconozco con asombro, me doy cuenta de que sólo he acertado con el color de pelo. Sus ojos del color de la madera me localizan al instante y veo en ellos pánico y ansiedad.

—¿¡Axel!? —su voz se eleva varias octavas.

—No, Ambrosio.

No sé por qué tengo ganas de bromear, tal vez porque hacía días que no me alegraba tanto de ver a alguien. Evidentemente, Gala no le encuentra ninguna gracia, y sube los últimos peldaños precipitándose hacia mí.

—Eres idiota —se arrodilla con tanta brusquedad que creo que se habría desolladlo las rodillas si no llevara tejanos—. ¿Cómo pudiste venir a buscar a Rous sin avisarme? Te he estado buscando, rezando porque no te hubiera matado —me palpa el rostro con las manos y me pregunto cuándo fue la última vez que me toco—. ¡Dios santo, Axel, estás destrozado!

—He tenido días mejores.

—Tengo que sacarte de aquí —intenta desatar las cuerdas que me sujetan—, no tenemos mucho tiempo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —inquiero.

—Conozco a Rous. Me habló de unas golfas que quería remodelar y…

El estruendo de unas pisadas veloces corta la conversación y veo que Gala se altera hasta el punto de clavarse sus propias uñas al esforzarse por deshacer el último nudo. Se muerde el labio inferior y se apresura todo lo que puede soltando maldiciones en voz baja.

—Vine alguien —le advierto.

—Es Roy.

—¿Te ha dejado entrar? —la interpelo con incredulidad.

—Le he engañado para que me deje entrar —matiza.

—Pensar no es lo suyo —me mofo.

Mi sentido del humor se agria cuando el aludido llega hasta el ático y no vacila en coger a Gala por el cabello y arrastrarla lejos de mí mientras ella grita. La droga y el agotamiento físico no me permiten actuar con normalidad para socorrerla, pero trato de ponerme en pie mientras ella se revuelve y le muerde la mano con todas sus fuerzas. Roy grita y sus ojos se encienden de rabia, pero no la suelta. Trastabillo hacia él cuando se dispone a golpearla.

—Déjala —le ordeno.

Roy se detiene y me mira con indignación e incredulidad. Suelta a Gala y me embiste tirándome contra el suelo, pero me aferro a él y lo hago tropezar con mi peso mientras rodamos por el suelo. Acabo encima de Roy y dejo que me aporre hasta que alcanzo su cuello con una mano. No logra apartarme y lo agarro de la entrepierna con la otra mano antes de que sus dedos alcancen mis ojos.

—Oye, Roy —mi voz suena como si tuviera resaca—, yo ahora mismo no es que tenga mucha fuerza, pero no creo que me haga falta mucha para romperte cualquiera de las dos cosas que tengo entre las manos.

Me escupe y me insulta, pero no me muevo. Gala se ha puesto en pie y se acerca con pasos decididos. Antes de que pueda imaginarme lo que va hacer, le arrea una patada en la cara a Roy que me duele hasta de ver. Lo suelto cuando me doy cuenta de que se ha quedado inconsciente.

—Vaya cosas os enseñan en los desfiles —le digo incorporándome lentamente.

—Cierra el pico —su pecho sube y baja súbitamente por la tensión y el subidón de adrenalina. Tiene el cabello alborotado y el rostro enrojecido—. Vámonos de aquí antes de que venga Rous.

—Perfecto.

Día 281 – Intranquilidad –

Le pedí a Gala que llamara a Kenzo porque yo no estaba en condiciones de hacerlo. Hacía semanas que no hablábamos, pero sabía que podía contar con él. Se sorprendió cuando ella le abrió la puerta de mi piso y lo condujo hasta el sofá donde yo reposaba.

Lo primero que hice cuando le vi fue pedirle que me ayudara a darme una ducha.

Gala me ayudó a salir de casa de Rous como pudo y me condujo hasta su coche. Perdimos bastante tiempo debido a mi estado, pero Roy no nos persiguió y Rous no apareció por allí. Me desplomé en los asientos de atrás mientras Gala encendía el motor y ponía distancia entre mi pesadilla y yo. Se empeñó en llevarme a su casa en la zona comercial de Stella, pero le pedí que me llevara a mi hogar donde me sentiría más a gusto y lo comprendió.

Tenía varios motivos para pedirle a Kenzo que viniera, entre ellos la seguridad. No quiero estar solo ni que Gala corra peligro por haberme liberado, necesitamos a alguien que nos dé algo de tranquilidad. Una vez que mi amigo se presentó en casa, le dije a ella que podía marcharse si quería, pero se negó. Por una parte, creo que no quiere estar sola, pero la razón principal es que está preocupada por mí. No puedo menos que agradecer su ayuda, no es usual ver a la altiva y bella Gala preparando una cena en una cocina sencilla y pasando la noche en un sofá.

Kenzo me ha preguntado qué ha pasado y se lo he contado todo, incluso la violación que he sufrido a manos de Rous. Ha sido comprensivo conmigo y también afectuoso, la mezcla justa como para poder pasar gran parte de ese recuerdo. He preferido no mencionarle nada a Gala sobre eso, sé que no es algo que quiera saber.

Hoy me he despertado con dolor, pero ya me puedo mover con

bastante normalidad y la cabeza no me da tantas vueltas. Supongo que no le he cogido adicción a la "droga de la persuasión", porque lo único que me apetece es descansar, ni siquiera comer o hablar. Kenzo ha dormido conmigo en la cama y se ha despertado poco después que yo, se ha ido a acicalar y ha vuelto con la cara lavada y los ojos aún medio cerrados.

—¿Cómo estás? —me pregunta bostezando.

—Bien —bostezo yo también sintiendo unos leves pinchazos en el cuello—. Me siento como si todo hubiera sido un mal sueño y ahora me hubiera despertado.

—Eso es bueno, creo.

—¿Y Gala? —le pregunto.

—Sigue dormida en el sofá —frunce el ceño—. Creía que no la soportabas.

—No tenía muchas más opciones.

—¿Pero no era amiga de Rous y Roy? —me sigue cuestionando.

—Tienen cosas en común, pero Gala no es una mala persona y no miente —le miro a los ojos con fijeza—. Nunca miente.

—Es bueno saberlo.

—Quizás haya demasiadas cosas de Gala que no sepa y que di por sentado —contemplo el techo con los labios apretados—. Creía que sabía la clase de mundo en el que vivía, pero me he dado cuenta de que no es así.

—No creo que nadie vaya a culparte por eso, Axel —se tumba de nuevo a mi lado y su proximidad me reconforta, me da seguridad, aunque nunca se lo diría—. Ahora ya eres libre, no le debes nada a Rous, puedes estar tranquilo.

—No, no mientras ella campe por Stella a sus anchas —cierro los párpados con fuerza sumiéndome en un nuevo sueño—. Si Rous esta suelta, nadie puede estar tranquilo.

Día 282 – Alarma –

Me siento en el sofá y guardo silencio mientras Gala se apoya en la mesa con los brazos cruzados. Kenzo está más cerca de la puerta, silencioso, pero mucho más despreocupado que nosotros.

—¿Y ahora qué? —inquiere Gala.

—¿No podemos denunciarla? —sugiere Kenzo.

—Si lo hacemos habrá que explicar muchas cosas —sus ojos se posan en mí—. ¿Estás dispuesto, Axel?

—¿Y tú? No soy el único que tiene trapos sucios —aprieta los labios y entrecierra los ojos. Ponerme a discutir con Gala no es una buena idea—. Tampoco podemos evitarlo, habrá que decirlo todo tarde o temprano.

—Estoy de acuerdo con eso —manifiesta Kenzo.

—No importa. ¿Tú qué prefieres hacer, Gala?

Me dirige una mirada inquisidora, pero el que de nuevo la tenga en cuenta parece acabar de templar su ánimo. Medita unos segundos su respuesta manteniendo los brazos cruzados mientras Kenzo la observa con curiosidad y con mucha atención.

—Tú lo has dicho, ahora ya no importa —tiene el rostro levemente enrojecido, como si el rubor hubiera conquistado sus mejillas, pero sé que esa reacción se debe a que está nerviosa—. No quería participar en nada de esto, pero ya es demasiado tarde. Rous no va a quedarse de brazos cruzados y no habrá rincón de esta ciudad donde no me busque. Supongo que tendré que irme y si es así, prefiero que sea teniendo a Rous entre rejas.

—Hay algo que me preocupa —comento. Kenzo me mira expectante y Gala enarca una ceja—. Rous ya sabe que me has liberado, pero han pasado dos días desde entonces y no ha dado

señales de vida. No es normal en ella.

—Quizás esté asustada por las represalias que puedas tomar contra ella.

—Lo dudo —disiento.

—Está esperando el momento oportuno, probablemente nos estará vigilando o lo estará haciendo Roy en su lugar —dice ella con una expresión sombría—. Rous siempre tiene un plan alternativo cuando las cosas le salen mal, golpea donde más duele y sin tomarse la molestia de ser discreta.

Deduzco que parte de las palabras de Gala están haciendo alusión a la grabación y recuerdo que el propósito de esta no era solo fastidiar a Marcos, sino vengarse de Gala. Rous no se explayó mucho al explicarlo, pero probablemente se interesó en mí porque creía que yo era importante para Gala, querría arrebatarle lo que ella más valoraba.

Un sentimiento de alarma se apodera de mí al comprenderlo.

Me levanto precipitadamente, no sin sentir cierto dolor recorriéndome los músculos, y voy en busca de mi teléfono. Kenzo y Gala se sobresaltan con mi reacción y me preguntan qué sucede, pero no me entretengo en responderles mientras localizo el número de Selene. Es cerca de medianoche y sé que difícilmente va a descolgarme para hablarme, pero de inmediato salta su contestador y mi inquietud aumenta considerablemente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquiere Gala con el ceño fruncido.

—Quiere golpearme donde más me duele —le digo repitiendo sus palabras—. Esta es la tercera noche desde que me sacaste de allí, ha pasado demasiado tiempo, le he dado demasiado tiempo.

Gala pestañea sin comprender y Kenzo me contempla anonadado, sacudiendo la cabeza como si lo hubiera aturdido. Aunque es una completa locura y siento calambres en las piernas, me interno en mi habitación y abro el armario a toda prisa para colocarme una cazadora negra encima de la ropa que llevo puesta.

Kenzo se ha quedado paralizado en el comedor, probablemente llegando a la misma conclusión que yo, pero Gala me persigue hasta mi cuarto con pasos airados.

—¿Me puedes explicar qué pasa? —me espeta.

Se planta frente a mí, con su perfecto rostro a pocos centímetros del mío, impidiéndome el paso. Su proximidad me hace rememorar el tacto de su cabello sedoso, la suavidad de su piel, lo mucho que me encandilaban sus rabietas y lo graciosas que me parecían… Yo recuerdo todo eso y ahora sé que ella también, por eso sé que entenderá por donde quiere atacarme Rous.

—Quiere hacer daño a Selene.

Día 283 – Todo o nada –

Gala y Kenzo me siguen por las calles de Stella en dirección a casa de Selene, ella sin dejar de quejarse y él con una actitud mucho más colaboradora. Preferiría que me hubieran dejado ir solo, pero ninguno de los dos lo habría consentido. Debo reconocer que formamos un equipo bastante inusual, el chico fanático de los videojuegos del que tenía celos y mi ex novia, la modelo más prestigiosa de la ciudad.

Nuestros pasos resuenan sobre el pavimento mientras avanzamos a toda prisa. Gala lleva bien el ritmo, pero no hace más que resoplar y dirigirme una ráfaga de miradas de indignación. Siempre ha sido atlética, así que puedo dedicarme a ignorarla mientras Kenzo permanece en silencio.

—Estás preocupado —afirmo.

—No tanto como tú.

—¿Estáis seguros de esto? —Gala nos mira de manera extraña, entre inquieta y reticente—. Son más de las doce de la noche, no me parece muy normal presentarnos en casa de alguien que ni siquiera conozco.

—Hasta que no la vea no pararé —sentencio.

—Menudo héroe —se burla.

—No —niego con convicción—, no soy su héroe, soy su sol.

Arquea las cejas como si hubiera dibujado un jeroglífico, pero no dice nada más hasta que llegamos al portal de Selene. Había tormenta la única vez que estuve aquí junto a ella, no pude acompañarla hasta dentro por temor a que su padre se alterara, pero en esta ocasión hundo el dedo en el timbre sin importarme las consecuencias. Tarda unos minutos en abrir, pero me doy cuenta de lo rápido que late mi corazón cuando mis ojos roban la imagen de Selene y la llevan hasta

mi cerebro.

—¿Axel, qué haces aquí? —me pregunta desconcertada.

—Tu teléfono comunicaba, me ha saltado el contestador.

Entorna los ojos como si me hubiera vuelto loco y su mirada se desplaza hasta mis acompañantes. Gala tiene una actitud distante y permanece algo rezagada mientras Kenzo abre la boca sin decir nada en una clara muestra de alivio. Selene a cada instante parece más confundida y no sé cómo explicarle lo que he ido a hacer allí.

—¿Qué sucede, Selene? —inquiere una voz grave desde el interior de la casa.

—No es nada, papa —le contesta sin dejar de mirarme—. Alguien que se ha equivocado de puerta.

Hace ademan de cerrar, pero me adelanto un paso y la detengo presionando el portón con una mano. La tengo tan cerca que puedo notar su respiración sobre mi rostro. De repente se crispa cuando unos pasos detrás de ella se acercan y vislumbro a un hombre de aspecto bastante envejecido que me observa sin reparos. Por como va vestido, al igual que su hija, sé que no esperaban visitas, pero lo que capta toda mi atención es la escopeta que lleva en la mano izquierda.

—¿Quién eres tú? —me interpela.

—Un amigo —respondo tras vacilar unos segundos.

—Pues lárgate de aquí —me insta con un tono agraz y el ceño fruncido.

—He venido a hablar con Selene —repongo sin dejarme amedrentar.

—Me parece que ella no quiere hablar contigo —alza el arma en mi dirección y los latidos se me aceleran—. ¡Piérdete!

—Papa, tranquilo —lo reprende Selene con un tono conciliador y una sonrisa amable—. Axel es un buen chico y ya se iba. Vuelve dentro y ya cerraré yo la puerta.

Su padre no dice nada, pero tampoco se mueve. La situación se ha

vuelto bastante complicada, pero no soy capaz de marcharme ni de volverme para observar a Gala y Kenzo, mis ojos están puestos en Selene y en su hermoso rostro, en esas facciones llenas de dulzura y de todo lo bueno que puede haber en el mundo.

—Dame cinco minutos —le pido.

—No, Axel.

—¡He dicho cinco minutos! —grito.

El hombre reacciona acercando la escopeta hacia mi cara con decisión y en un acto reflejo, sujeto el arma por el cañón desviándola hacia arriba y se la arrebato dejándolo descolocado. Selene me mira con una expresión llena de alarma que me hace entrar en razón. Estoy demasiado tenso, estoy demasiado nervioso.

—El Axel que yo conocía no era así —murmura Selene con reticencia—, no era un animal agresivo.

—¿Este es quien te magullo? —inquiere su padre hirviendo de rabia.

—No, papa. Axel nunca me ha hecho daño.

Le tiendo la escopeta avergonzado y el hombre me la quita de las manos con desprecio. Me dirige una mirada furiosa y se dispone a apuntarme otra vez, pero Selene intercede acercándose a él y susurrándole algo al oído. Su padre hace una mueca, pero se da la vuelta para marcharse y me amenaza una última vez con la mirada. Cuando desaparece de mi vista, Selene me empuja hacia afuera y cierra la puerta tras de sí con un semblante impasible.

—Tienes tus cinco minutos —me anuncia con solemnidad.

—¿Qué le has dicho a tu padre?

—Que iba a despedirme de ti para no volverte a ver. Ha sido comprensivo con eso, pero sólo porque le he contado que tú me has protegido de Jeremy —ladea la cabeza observándome de manera suspicaz—. Ya puedes hablar tranquilo, mi padre tiene un serio problema de sordera y se ahorra lo de espiar detrás de las puertas.

—¿No le has contado cómo te hirió tu tío?

—No todo, pero no es un tema que me apetezca hablar delante de todo el mundo.

He olvidado por completo que Kenzo y Gala están pendientes de esta embarazosa situación, ella cada vez mas escondida entre las sombras y él rascándose la cabeza con una mano como si quisiera volverse transparente. Ambos permanecen en silencio, pero con una gama de expresiones muy variada.

—Axel, no deberías estar aquí —repite Selene una vez más.

—¿Eso es lo que quieres? —algo brilla en sus ojos, pero sigue mirándome con apatía—. ¿Quieres que me vaya de tu vida para siempre?

No sé qué respuesta esperar ni el efecto que eso va a tener en mí, pero Selene mira más allá de donde estoy, su mirada se pierde en la distancia. Me vuelvo para saber qué es lo que está mirando y veo a Gala retroceder varios pasos, desplazándose hacia atrás con una prudencia temerosa.

—Bien, esta es una buena forma de simplificar la faena.

Reconozco la voz de Roy y poco después logro verle a algunos metros de distancia con el pómulo derecho amoratado. Lleva una gabardina verde botella y una pistola en la mano que centellea a la luz de las farolas. Su atención está fija en Gala a la que acribilla con la mirada inmerso en una ira depravada, muy consciente de que fue ella quien lo pateo. Kenzo, aunque mantiene la compostura, no se mueve y ha adoptado un semblante parecido al mío.

Selene se ha quedado paralizada al ver el arma que Roy balancea en su mano derecha con letalidad. Su pecho sube y baja sin hacer ruido mientras trata de comprender la escena sin dar con ninguna explicación coherente. Debía de estar esperándonos, preparado para reunirnos a todos. Tengo que hacer algo.

—Entra en casa —le digo en voz baja.

Sé que me ha oído porque me mira, pero no parece capaz de reaccionar. Roy empieza a fijarse en mí y le dirijo una rápida mirada de apremio a Selene mientras me dispongo a entretenerlo tragando

saliva.

—Me gusta ese maquillaje que te has puesto —le insulto.

—¿Te crees muy divertido? —me apunta con el arma mientras avanzo hacia él muy despacio.

—¿También envidias mi sentido del humor?

—De rodillas —me ordena.

Mi propia respiración resuena en mis oídos mientras el aliento se me escapa por los labios abiertos. Hago lo que me pide, arrodillándome sobre la calzada de alquitrán negro y llevándome las manos a la nuca. Noto a los pocos segundos el cañón en mi frente sin ninguna muestra de vacilación por su parte y entiendo el deleite que siente por poder tenerme de nuevo a sus pies, esa clase de sentimiento que es la droga preferida tanto de Roy como de Rous.

Tengo la esperanza de que sea tan cobarde como siempre y no esté más que marcándose un farol, pero ese optimismo se evapora en cuento soy capaz de percibir su odio, tan negro que me estremece. Puede que Roy no tenga arrestos para matar a Gala ni tampoco a ninguno de los presentes, pero si puede matarme a mí, porque no hay nada que desee más que hacerme desaparecer.

Tengo tan cerca a Roy que estoy seguro de poder tumbarlo, pero el ruido de su dedo en el gatillo me causa demasiada impresión. Kenzo se ha deslizado sigilosamente hacia uno de sus flancos y entiendo lo que se propone. Miro fijamente a mi hostigador provocándole, abstrayendo su atención para que pase por alto su propia vigilancia.

Un disparo, con el estruendo de un trueno, derriba a Roy que termina muerto en el suelo. La impresión hace que la adrenalina se me dispare en las venas y mire hacia mi derecha donde veo a Rous acercándose a toda prisa desde las sombras con otra pistola en la mano. Se arrodilla junto a Roy llorando y tocando su cabello manchado de sangre, formando un drama tan estrambótico que me descoloca cualquier pensamiento.

—Tonto —dice entre sollozos—. ¿Por qué me has obligado a hacerlo? Sólo yo puedo matar a Axel y a esa zorra.

Sus palabras me parecen tan retorcidas que me entran ganas de vomitar. Lo ha matado, Rous ha matado a Roy delante de mis ojos sólo para no compartir la venganza que considera únicamente suya. Le ha dado en la cabeza causándole una muerte instantánea y dotándolo de una expresión grotesca.

Parte de la sangre ha salpicado a Kenzo que se encontraba demasiado cerca y lo ha sumido en un estado de shock. Tiene los ojos en blanco y tiembla violentamente, impactado tanto por la escena como por la sangre ajena que le ha ensuciado la ropa y la cara. Kenzo tiene hemofobia, su pulso aumenta y su rostro palidece hasta el punto de que creo que va a desmayarse. Él nunca antes había vivido un episodio parecido, pero incluso yo noto unas desagradables náuseas y tengo ganas de salir corriendo.

—Vaya… Qué asco —Rous se levanta y se restriega las manos manchadas sin soltar el arma—. Tendremos que buscar un sitio más limpio y menos habitado.

Casi con pereza, empuña la pistola y apunta. Tiene lágrimas secas en las mejillas y me sorprendo de lo capaz que es de sugestionarse a sí misma, el alcance de su desequilibrio mental. Llora por su propia víctima y luego se limpia su sangre con repugnancia, lo ensalza y después demuestra hastío por su muerte.

No me atrevo a moverme, nadie parece hacerlo, pero el hecho de que no sea a mí a quien está apuntando me despeja la mente. Me giro muy despacio, aún de rodillas en el suelo, y me percato con ansiedad de que Selene no ha entrado en su hogar. Está helada por el pavor y no reacciona, prácticamente igual que Gala que, a pesar de las circunstancias, mantiene un porte bastante digno.

—Tú serás la siguiente —decide señalándola con el arma.

—Rous —intercedo impulsado por un poderoso instinto de supervivencia—, aquí no. Vayámonos a otra parte.

—Sí, buena idea —me sonríe con una mirada oscura, tan perversa y llena de sadismo que se me revuelve el estomago otra vez—. Ponte en pie. Creo que ya se a donde podríamos ir, el puente viejo que cruza el

rio Saeta no está más allá de un par de calles, ¿qué te parece? —no contesto, pero hago lo que me dice mientras ella le hace un gesto a Gala y Selene—. Vosotras también venís, por supuesto. No podría desperdiciar una oportunidad como esta, es como un regalo caído del cielo.

Gala es la primera en moverse porque es la más valiente y yo miro a Selene intentando hacerla reaccionar. Si no se mueve la matará sin preámbulos. Algo en el fondo de ella parece conectar y se aleja de la puerta de su hogar con pasos tensos y casi mecánicos. Es como si hubieran aspirado la expresión de su rostro y fuese sólo una cascara donde una vez habitó la entusiasta Selene.

El tiro a retumbado por todas partes y Kenzo sigue temblando, contemplándome, pero sin verme en realidad. Rous no tiene interés en él, no tiene interés en pasar desapercibida, y eso quiere decir que es el fin. No puedo decirle nada sin que Rous se entere, pero deseo con todas mis fuerzas que Kenzo se reponga de su conmoción y sea capaz de llamar a la policía.

Mientras Gala y Selene caminan a mi lado, me rompo los sesos buscando alguna manera de ganar tiempo, de poder salvarlas, pero el puente Saeta cada vez está más cerca, al final de la calle de donde nos encontramos. Conozco demasiado a Gala como para no suponer que vaya a dejarse matar tan fácilmente, me pregunto cuando obtuvo el temple necesario para pensar con tanta frialdad como demuestra ahora mismo con su talante y su mirada. Rous también nos conoce igual de bien, camina por detrás de nosotros sin relajar el brazo con el que sostiene el arma que apunta directamente a nuestra espalda. Ella sabe que no somos simples chicos de la calle, no somos una presa igual de fácil que Selene.

Noto la atmosfera electrificada a mí alrededor y unas finas gotas de lluvia que me mojan el cabello. Lo que faltaba, un aguacero. Las gotas se escurren por mi cabello negro y sacudo la cabeza varias veces, algo que parece poner nerviosa a Rous. Gala cierra los ojos como si tomara consciencia de algo o disfrutara de por última vez del contacto del agua, como cuando éramos cercanos el uno con el otro y salíamos a

pasear bajo un cielo de chaparrones. Quiero alargar una mano y tocar a Selene, pero algo me dice que eso sería una provocación para Rous que no podría soportar. Parece como si la lluvia la traspasara, calara dentro de ella y la convirtiera en un pilar de hielo que camina.

Alguien debería haber escuchado el disparo, pero ni siquiera el padre de Selene ha salido antes de que nos marcháramos. Da igual lo mucho que piense e intente rebuscar en mi cabeza, Rous ha dejado un cadáver en medio de la calle porque pretende hacer esto rápido.

Cuando llegamos al puente veo porque Rous ha accedido a venir hasta aquí. Es un lugar dramático, el tipo de sitios que a ella le gustan, le hacen sentirse como si fuera la actriz principal de una película. El puente es estrecho y el agua pasa por debajo a gran velocidad, aumentando su caudal por la lluvia. Nos colocamos de espaldas a la baranda metálica de protección mientras Rous se apoya en la del lado contrario apuntándonos con la pistola.

—¿Qué ganas con esto, Rous? —la interpela Gala.

La pregunta parece divertir nuestra futura asesina que disfruta de alguna especie de chiste privado. De nuevo, Gala demuestra ser la más valiente, la que mejor sabe controlar el pánico. No se escucha nada, sólo la lluvia formando un torrente bajo nuestros pies.

Quizás, uno de nosotros pueda noquear a Rous cuando esta dispare, recorrer la estrecha distancia que nos separa en ese momento y salvarse. Yo podría hacerlo, Gala sería más rápida que yo y Selene... no reaccionaria, no sería capaz de hacerlo. La miro de reojo y veo que se está aguantando las ganas de llorar, se me parte al corazón al verlo, y no comprendo como una chica tan dulce y buena tiene que sufrir tanto.

—Gala, Gala, Gala… —la voz de Rous rompe el hilo de mis pensamientos—. Siempre has creído que el mundo estaba a tus pies y que podías hacer lo que te viniera en gana porque eres hermosa. Cuando te mate, sólo serás un cadáver.

—¿Y qué hay de ti, Rous? —me dirijo a ella intentando captar su atención—. Espero que la vida te reserve el peor de los destinos. Te

mereces un final tan miserable como lo eres tú.

—Mi final debería haber sido contigo —susurra con una voz aterciopelada. Tiene el rostro descompuesto por una pena tan trascendental que se me atraviesa en la garganta como un cuchillo—. Mi amor, yo te quería, te lo hice saber de todas las maneras posibles, pero me despreciaste por esas dos que están ahora a tu lado. Yo no seré jamás feliz sin ti, ¿qué hay peor destino que ese? Pero si no eres mío, no serás de nadie y lloraré tu muerte para siempre, conservaré tu recuerdo sabiendo que moriste perteneciéndome.

Rous pone el dedo en el gatillo y cierro los ojos. Sé que tiene puntería, ya lo ha demostrado, no hay salvación para mí, sólo un último pensamiento. Nunca fui ambicioso, sólo soñé con amar y ser amado, con un futuro lejos de Rous y la paz con Gala, soñé con ser simplemente feliz.

El disparo suena y abro los ojos al darme cuenta de que sigo vivo.

Selene cae a mi lado como un peso muerto, el sonido mi corazón al quebrarse como un reloj de cuco cuando su cuerpo toca el suelo. En un breve instante comprendo que ni Gala ni yo la estábamos distrayendo, Rous nos estaba distrayendo a nosotros del que había sido su objetivo desde el primer momento. No iba a matarme a mí, no antes de recordarme lo que siempre me ha dicho desde el día en que la conocí.

Sea cual sea el juego, ella siempre lo gana.

Algo se tuerce dentro de mí y da vueltas sobre sí mismo hasta rasgarme las entrañas. Los ojos se me llenan de lágrimas y una fuerza bruta que nunca había sentido acude a mis músculos. Ira, ira extrema. Me arrojo gritando contra Rous y ella no reacciona a tiempo antes de que la tire al suelo. Se revuelve debajo de mí e intenta incorporarse sujetándose a la baranda del puente, pero no tengo intención de dejarla escapar. La odio, siento un odio atroz por ella corroyéndome las venas, y no puedo soltarla y dejar de asfixiarla con las manos mientras la pistola rueda lejos de su alcance.

Oigo la voz de Gala, pero me parece lejana, sólo puedo ver los ojos

de Rous fijos en los míos, llenos de terror, de miedo. Deseo que sepa lo que me ha hecho sufrir, lo mucho que me ha atormentado, y vuelvo a vociferar al recordar a Selene.

Levanto la mano y la cierro en un puño.

—Una vez me besaste… —susurro arrastrando las palabras. Le golpeo en la boca partiéndole el labio mientras grita—. Una vez me deseaste... —la abofeteo con la otra mano incapaz de controlarme—. Una vez me lo distes todo…

Estoy a punto de darle un último golpe, pero me estiro para coger el arma que Rous ha usado antes y la sujeto por el cuello poniéndole el cañón sobre los labios rojos por el carmín y la sangre. Aparto de mí todo sentimiento de piedad mientras la lluvia me refresca y esconde mis lágrimas. Rous tiembla y sus ojos me traspasan con las emociones más sinceras que le he visto nunca.

—¡Axel!¡No! —chilla Gala.

—Rous, es nuestro momento, nuestro juego secreto, a ese que sólo tú y yo podemos jugar —le sonrío de manera desquiciada—. Tú eres la reina de las dagas de dulces palabras, la que se emborracha con sus propias lágrimas y lo quiere todo o nada. Toda la vida he sido un títere, pero ahora es tu turno. Quiero que me aplaudas desde esa butaca en la última fila de mi teatro.

No oigo nada, sólo mis propios latidos. Creo que Gala está tirando de mí, intentando hacerme entrar en razón con desesperación. Voy a matarla, voy acabar con la vida de quien ha arruinado la mía, con la asesina de Selene. ¿Qué pensaría ella si me viera haciendo esto? Creo que no le gustaría. Estoy haciendo lo mismo que haría Rous, ahora mismo soy un fragmento del reflejo en que se ve cada mañana. Toda la vida he sido oscuro, ¿qué me lo impide ahora?

Rompo en sollozos de impotencia sin lograr accionar el gatillo cuando las sirenas de la policía ya se oyen en la distancia.

Día 294 – La hora de la luz –

Cuando entro en la habitación del hospital, Selene está leyendo un libro que Kenzo le ha recomendado. Es una devoradora de páginas, apenas me da tiempo a encontrar uno nuevo que ya ha terminado el anterior. Al verme, cierra el libro y me dedica una sonrisa tierna que me funde. Se me hace extraño verla ahí tumbada entre sabanas blancas, tan pura e inocente, llena de luz.

—Axel, has venido a verme todos los días desde que me ingresaron —se ríe de forma encantadora—, deberías tomarte un respiro. Estoy bien.

—¿Sabes por qué vengo todos los días? —la interpelo sentándome en el borde de la cama.

—¿Por qué?

—Porque te quiero.

Me inclino para besarla en la frente y después, con una sonrisa tímida, en los labios. No es un beso como los que antes había dado o recibido por parte de Rous, es dulce y delicado, sabe a amor sazonado con zalamería. Apoyo mi frente en la suya y deslizo mis manos por su cabello negro.

—Es impresionante lo poco que te cuesta decirlo ahora —destaca.

—Creí que habías muerto, Selene —me esfuerzo por apartar el recuerdo de mi mente—. Algo se trastocó en mi interior cuando eso pasó y no supe controlarme. Estaba tan desesperado que no escuché los gritos de Gala diciéndome que estabas viva.

—Me desmaye… —su mirada se pierde en un mar lúgubre—. No podía más, sufrí un colapso emocional y mi cuerpo no lo soportó. Ya te lo dije una vez, yo no soy valiente, no soy como tú.

—Pues a mí me pareces muy valiente —la punta de nuestra nariz se

toca—. Por una vez, tuvimos suerte. Te desmayaste justo cuando Rous fue a disparar y la bala apenas te rozo el hombro.

—¿Crees que nos harán mas preguntas?

—¿Sobre todo lo que ocurrió? No, no lo creo. Gala tiene razón, la policía no está muy interesada en el caso de Marcos y en sus trapos sucios. Tampoco creo que importe mucho, él está muerto, Roy también y Rous en prisión… como tu hermano.

—James…

—No quiero deprimirte hablando de eso —me separo un poco de ella—. Sé que eso te preocupa mucho, pero ya no puedes hacer nada.

—Todo se entremezcla en mis sueños —murmura dejando caer la cabeza sobre la almohada—. A veces, veo a Jeremy intentando forzarme, otras escucho el ruido de un disparo y veo la sangre de Roy.

—No deberías haber visto nada de eso —me lamento.

—No soy una niña, Axel —al decirlo se pone de morros y me lo parece más que nunca, pero evito decírselo—. No me apetece ver morir a nadie, pero ya se me parará. En cuanto a James, eso es ahora asunto de mi padre. Le caes bien desde que le ayudaste a amenazar a Jeremy.

—Creo que los dos teníamos un deseo en común… Matarlo.

—¡Y dale con matar!

Me echo a reír y ella también. Tiene razón, ya no habrá más muertes ni nada más por lo que sufrir, ahora somos libres de nuestro pasado. Aunque Selene haya decidido no denunciar a su tío, nos hemos asegurado de que no vuelva a molestarla y de que tenga una actitud colaboradora.

—Espero que su testimonio ayude a tu hermano —le digo serenándome un poco.

—Que sea lo que tenga que ser.

—Puede que lleve tiempo, pero al final todos acabamos en nuestro lugar, ya sea para bien o para mal.

—¿Crees que Rous de verdad se creía la mitad de las cosas que decía?

—Ella… —su imagen acude a mi mente y se me llena la boca de un sabor amargo—. Bueno, quien sabe que hay en su mente realmente. Puede que no haya tenido una vida fácil, como casi todo el mundo, pero sólo sirvió para que se volviera más cruel de lo que ya era.

—¿Por qué los malos se creen menos malos y los buenos menos buenos? —Selene sacude la cabeza—. Las personas malas siempre le restan importancia a lo que hacen y las personas buenas se mortifican hasta por los pequeños detalles. Es increíble de lo que se puede llegar a dar cuenta uno.

—Veo que no soy el único que ha descubierto cosas en estos trescientos días.

—Los tengo bien contados —me asegura con una sonrisa radiante —. Ya falta poco para que se cumpla el plazo. Me gustaría hacer algo especial para ese último día que tendremos.

—No será el ultimo —la corrijo entrelazando una mano con la suya —, pero entiendo a lo que te refieres y tengo una idea para ese día.

—¿En qué has pensado?

Me inclino hacia su oreja y le susurro:

—Marchémonos de Stella.

Selene me contempla estupefacta como si no se pudiera creer lo que le he dicho. Examina mi semblante tratando de averiguar si le estoy gastando una broma, pero se da cuenta de que no es así y poco a poco su rostro se transforma hasta adoptar una bella expresión llena de luz.

La he hecho feliz.

Día 295 – Un final digno –

Cuando voy a salir de la habitación de Selene, me topo de morros con Gala que primero se sobresalta y luego me dedica una sonrisa nerviosa. Va vestida con ese toque glamuroso y elegante que realzan su belleza y su figura. No es la chica que existe en los recuerdos de mi pasado, pero tampoco es la mujer superficial en la que creí que se convertiría.

—Venía a ver a Selene —me dice a modo de saludo.

—Muy cortés por tu parte —frunce el ceño y me doy cuenta de que ha sonado demasiado irónico—. De verdad, Gala, gracias por venir.

—¿No está en la habitación?

—Ha salido a caminar un rato por el hospital —le explico.

—Me alegro de que se esté recuperando tan bien —se introduce en el cuarto y deja el bolso que lleva colgado sobre la cama—. He oído que mañana le dan el alta.

—Esa es la idea.

—También he oído que os marcháis de Stella —añade sin mirarme.

—¿Ya te lo ha dicho Kenzo? Creo últimamente pasáis mucho tiempo juntos.

—Yo lo llamaría coincidencia —repone con una sonrisa porfiada—. Es un buen tío, pero no es mi tipo. Olvídate de que muestre interés por alguien así.

—Genio y figura —me burlo.

—Volviendo al tema de antes… ¿Entonces es cierto?

—Esta ciudad está demasiado llena de recuerdos que quiero olvidar y a Selene le pasa lo mismo —intento sonreír, pero ni siquiera a mí me parece muy convincente.

—Quieres alejarte de Rous, de su presencia que impregna cada uno de los lugares que conoces o has visitado —deduce mucho más deprisa de lo que a mí me gustaría.

—Es así, no voy a negarlo —me encojo de hombros—. En Stella ya no queda nada para mí. Echaré de menos algunas personas y al Awakening. No podré olvidarme de Irene ni de Ángel, Kenzo no estará ya cada mañana en el bar sermoneándome y… también te echare de menos a ti —Gala abre mucho los ojos y parece quedarse sin palabras —. Creía que tu también querías marcharte.

—Sí, bueno… —niega con la cabeza, recomponiéndose de lo que le he dicho—. Tengo que quedarme aquí, tengo asuntos pendientes que atender. Quizás algún día pueda marcharme, pero ahora no.

—Hay más sobre la muerte de Marcos, ¿verdad? Tenías más relación con ese príncipe de la droga de lo que me dijo Rous.

—No creo que sea algo que debas saber —esta vez no es cortante al decirlo—, averiguarlo te quitaría la libertad que ahora tienes y no creo que eso sea lo que quieras.

—Está bien, prefiero vivir en la ignorancia.

Gala se pasea con los brazos cruzados sobre el pecho, nerviosa como si tuviera algo más que decir pero no supiera cómo. La observo con curiosidad hasta que decide apoyarse contra una pared.

—Creo que nunca te he dado las gracias —le digo retomando la conversación.

—¿Por qué tendrías que dármelas?

—Sin ti probablemente nada habría salido bien —reconozco.

—Bueno, fuiste tú quien tuvo el valor de venir a buscarme.

—No fue una cuestión de valor. Hacía meses que escuchaba tu nombre y había demasiado en lo que pensar —soy incapaz de mirarla a los ojos—. Me preguntaba que había hecho mal, si habría algún tipo de futuro para nosotros, pero cada vez que nos encontrábamos era como golpearme contra un muro.

—Seguro que podríamos haberlo hecho mejor —concuerda.

—Pero teníamos demasiado orgullo y siempre hemos sabido que nadie es imprescindible. Con el tiempo encontraremos a alguien más adecuado, más afín a nuestros mundos.

—Así que sentías algo por mí…

—Eso ya lo sabías, lo has sabido siempre —asevero.

—Me sabrá mal que te vayas, Axel. Me quedan pocos viejos amigos, pero supongo que así es la vida, un camino de idas y venidas —recoge el bolso y se dirige hacia mí extrayendo algo de este—. Puede que no la quieras, pero es la única foto que me queda donde salgamos juntos. No eres el único que quiso desprenderse de todos sus recuerdos materiales.

Acepto la foto que me ofrece y compruebo con asombro que reconozco el lugar y el momento. Fue uno de los días que hicimos novillos en el instituto, en aquel lugar junto al rio que descubrió Gala y que después Rous inmortalizó con otros sucesos. Soy yo quien hace la foto, sostengo la cámara con Gala a un lado y Rous en el otro, incluso Roy aparece, aunque no se le ve entero. No puedo seguir mirándola sin que se despierte en mí cierta melancolía al pensar que los viejos amigos se convirtieron en enemigos.

—Gracias —me limito a decir.

—El olvido es la depuradora del cerebro, pero… —sólo es un instante, pero logro ver a una Gala vulnerable, una Gala que siente mucho más de lo que nadie sabe—. Por favor, Axel, no lo olvides todo.

Permanece cabizbaja unos segundos hasta que adopta una resolución y alza las barbilla con solemnidad. Avanza varios pasos hasta salir por la puerta, pero se detiene cuando carraspeo y nuestros ojos se encuentran.

—Creo que yo también debería darte algo —le digo.

—No quiero nada tuyo. Tener algo que me recuerde a ti, seria admitir que te puedo olvidar.

Sus palabras resuenan en mi mente incluso varios segundos después de que se vaya. Comprendo que seguimos caminos distintos y que ha

llegado el momento de decirnos adiós, pero al menos me alegro de haber tenido un final digno con Gala.

Al fin y al cabo, sé que no había venido a ver a Selene.

Día 300 – Fin de plazo –

Hubo una vez una época en la que Stella era toda mi vida. La ciudad donde nací tiene una magia oculta que no todos pueden ver, hay algo excepcional en sus calles y sus decorados, un ambiente electrizante del que forma parte su submundo oscuro. Siempre supe que algún día me marcharía, pero nunca habría imaginado que sería en un momento como este ni trescientos días después de conocer a Selene.

A la mayoría les ha parecido una decisión precipitada, pero la han respetado. No puedo menos que decir que es una aventura, un viaje hacia a una nueva vida en la cual tendré la mejor compañía.

Selene me empuja por la terminal del tren aunque llegamos mucho antes de tiempo. Está entusiasmada con la idea de irse y no parece preocuparse en exceso por nada. Somos un par de jóvenes sin dinero, pero con mucha voluntad. Probablemente tendremos que volver de vez en cuando a Stella, el padre de mi chica no está muy feliz con la idea de perderla de vista ni aunque sea conmigo. Mis propios padres tampoco quieren tenerme demasiado lejos, sobre todo después de descubrir una porción de mi última odisea con Rous.

De todos modos, puede pasar mucho tiempo antes que podamos volver.

—Deja de empujarme —protesto.

—No quiero llegar tarde.

—Aún faltan varios minutos para que llegue tren —le aseguro—. Podemos sentarnos y a ver si así te lo tomas con algo más de calma.

Me doy cuenta de que está tan nerviosa que más vale que vaya olvidándome de la idea de sentarme. Se ha vestido con ropa de entretiempo, aunque para mi gusto sigue haciendo un poco de fresco. Arrastra con ella una maleta con ruedas de color granate que va a

juego con su chaqueta del mismo color. La observo sin reparos y me doy cuenta de que Selene se ve mayor, más madura y más mujer. Me pregunto si a mí me habrá sucedido lo mismo.

—Me sorprende que vayas tan llamativo —me dice mirando mi camiseta.

—Dijiste que cualquier color me quedaría bien —le recuerdo.

—El negro tiene un pase, pero… ¿el naranja? —suelta una carcajada al ver la expresión que adopta mi cara—. Es broma, estás guapo vayas como vayas.

—No más naranja, me ha quedado claro.

—¡Te he dicho que era broma!

Ahora soy yo quien se ríe de ella y no resisto la tentación de pellizcarle las mejillas para chincharla más porque sé que eso la pone muy nerviosa.

—¿Te has despedido de Kenzo? —me pregunta cuando nos serenamos.

—Sí, le echaré de menos.

—Yo también.

—Me he dado cuenta de que todos tenemos nuestro propio reflejo en cielo —me dice mirando hacia arriba—. Tú eres como el sol, das luz y energía a los que hay cerca de ti; Gala es como un atardecer, hermosa, pero condenada al ocaso; Rous es como la noche, fría, oscura y salvaje; Roy era como un cometa, una vez tuvo su propia estrella, pero se cayó del cielo; Kenzo es como la aurora, tiene matices de muchos colores en un mundo de hielo; yo soy como la luna, vivo pendiente del sol para reflejar su luz.

—Tú tienes tu propia luz, Selene.

—Tenemos luz —me sonríe mirándome con un cálido regocijo.

El tren anuncia su llegada y se detiene en el andén, a unos pocos metros de donde nos encontramos. Sus puertas se abren y se que ya no me quedan más instantes a los que aferrarme, todo termina aquí para

empezar algo absolutamente nuevo. Selene me coge de la mano cuando acabo de ajustarme la mochila que llevo colgada a la espalda.

—¿Y si nos perdemos? —me pregunta de repente.

—Eres una mujer, confío en que no te dará vergüenza preguntar.

Se enfurruña conmigo y no puedo evitar reírme.

—Cuando me viste en el Awakening por primera vez yo ya te conocía, me encapriche de ti mucho antes que tú supieras ni siquiera que existía —tiro de su mano para conducirla al interior del vagón—. Te recuerdo en la puerta del bar, vestido de negro y con mirada ausente, había algo en ti que me encandilo. Fuiste mi motivación para tomar decisiones, para conseguir un trabajo y así poder verte cada día.

—¿Ves? No sabes lo que es la vergüenza.

—¡Axel! —protesta.

—Selene, te quiero.

Ella enmudece de repente como si esas palabras que tanto me habían costado pronunciar la descolocaran. Kenzo Payne tenía razón, todos nos podemos volver a enamorar. Selene bufa y sonríe con timidez, olvidando todo lo demás.

—Yo también te quiero —me responde.

Nos desplazamos por el interior de color crema del tren hasta llegar a un vagón donde hay poca gente. Nos acomodamos en los asientos rojos de terciopelo y cuando veo que nos ponemos en marcha en dirección a la siguiente estación, saco una libreta y un bolígrafo. Selene apoya la cabeza en mi hombro y observa con atención lo que empiezo a escribir.

"*Ya no puedo tocar fondo en la ruina ni alcanzar el cielo en la gloria. Ya no lo tengo miedo a la noche porque sé que siempre hay un nuevo día. Imagino la vida, imagino a Selene siempre junto a mí, y no soporto que nadie diga que eso puede tener fin. Ahora espero a la luna cada noche, cada noche de mi vida, porque sé que ella no hará que tenga pesadillas. Ahora sé lo que significa amar, tan distinto a todo lo anterior, porque el sol se reafirma en que la luna nunca le fallará, que el atardecer traicionará*

cada velada con un nuevo amanecer, y jamás habrá más oscuridad".

Fin

Agradecimientos

Gracias a mis padres, Antonio y Loli, por tratarme siempre con mucho cariño y respeto durante toda mi vida, también por aconsejarme en todos mis proyectos.

Gracias a mi alocada y divertida amiga, Keila, por su apoyo incondicional desde que era sólo un niño y nadie me tomaba en serio.

Gracias a mi perspicaz y apasionada publicista, Dama N. Prayton, mi mejor crítica, por enseñarme que los sueños se alcanzan de la misma forma que se superan las dificultades, con voluntad.

Gracias a mis hermanos postizos, Lara e Iván, por conocerlos y demostrarme que todavía hay gente buena en el mundo.

Quiero agradecerles a mis amigos y a la gente que me ha apoyado, la paciencia que han tenido conmigo al escucharme hablar tanto sobre *300 Días* y otros planes respecto al mundo de la literatura. Creo que se merecen una mención especial todos escritores y lectores que me han dado estímulo, consejo y han alimentado mi inspiración. Entre ellos se encuentran: Ana, Dana, Eric, Eva, Hayat, Jared, Jenny, Laura, Marc, Melisa, Mónica, Naara, Pili y muchos otros más con los que podría llenar páginas enteras.

Gracias a todos.

Leo Williams ha recibido formación en el ámbito de Humanidades, entre los cuales figuran estudios de literatura castellana y universal. Ha colaborado en cursos de escritura y ejercido de corrector literario.

Twitter: @_LeoWilliams_

Facebook: facebook.com/LeoWilliamsWriter